This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA1612.21

HARVARD COLLEGE LIBRARY

CUBAN COLLECTION

BOUGHT FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF

JOSÉ AUGUSTO ESCOTO

OF MATANZAS, CUBA

SOLA Y LIBRE

Cuba Independiente

POR

ENRIQUE COLLAZO

HABANA

IMPRENTA Y LIBRERIA

La Moderna Poesía

OBISPO 133 Y 135

1900

US

CUBA INDEPENDIENTE

POR

Enrique Collazo

HABANA
IMP. Y LIBRERIA. "LA MODERNA POESIA," OBISPO 133 Y 135
1900

A mi mujer y á mis hijos:

A ustedes á quienes por servir á mi patria dejé criminalmente en tierra extrangera, sin recursos y sin amigos, condenándolos á la miseria y á la orfandad.

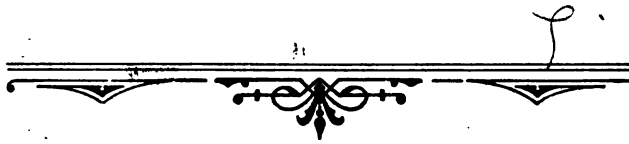
Dedico este trabajo como acto justo de desagravio.

Enrique Collazo.

SA 1612.21

HARVARD COLLEGE LIBRARY
MAY 3 1917
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND

218-46
6



PROLOGO

Parece ilógico é improcedente publicar en la época actual y durante el régimen establecido en Cuba por la Intervención Americana, un trabajo con el título que encabeza éste:

Cuba independiente

Y me parece necesario adelantarme á las preguntas que esto pudiera sugerir á mis lectores.

Cuba independiente parece ser hoy un sarcasmo: viviendo en este ambiente saturado de desengaños, de desconfianzas y de miserias.

Pero creo que precisamente en las épocas desgraciadas y de decaimiento moral, es cuando debe hablársele á los pueblos de sus épocas de gloria y engrandecimiento; de los héroes que cayeron en la jornada épica y de los que han sobrevivido para las luchas del porvenir.

Además, este trabajo solo se concreta á las labores preparatorias para el advenimiento de la República de Cuba; y del tiempo que ésta vivió por el esfuerzo de sus hijos, como nación libre é independiente; porque era dueña de la mayor parte de su territorio, con leyes propias; imponiendo contribuciones, sosteniendo un ejército bastante fuerte para arrollar en todo el término de su tierra á un poderoso ejército europeo y llamar la atención del mundo entero sobre sus heroicos hijos.

Voy á narrar hechos y á dar á conocer en parte y á la ligera los hombres, las causas de su desgracia actual y la desaparición de la naciente República de Cuba, no muerta por debilidad ó falta de decisión de sus defensores; sino desaparecida por la falacia del Gobierno americano; que esta vez ha burlado las aspiraciones de su noble pueblo; dejando en tela de juicio su honradez política, y al pueblo cubano torpe y vilmente engañado hasta ahora.

O bien por la ceguedad y torpeza (siendo benignos) de los hombres en que el pueblo de Cuba depositó su confianza, dándoles su gobierno y representación.

La intervención americana no existiría hoy si ambos factores no hubieran concurrido al engaño, como lo comprobaremos al terminar este trabajo, publicando los documentos necesarios.

El ejército cubano no podía dudar del ejército

americano á quien recibía como aliado, cunado conocía las negociaciones existentes con el general Miles, y que él noblemente ha confesado en su Report Oficial, como General en Jefe del Ejército americano, y del cual extractamos:

En la página 16, de su informe anual á la Secretaría de la Guerra, correspondiente á 1898 *(Annual Report of the Major General Commanding the Army to the Secretary of War)* dice el general Miles como sigue:

«Debe observarse que el general García consideró como órdenes mis instrucciones y que inmediatamente dió los pasos necesarios para poner en ejecución el plan de operaciones. *Envió 3.000 hombres* á oponerse á cualquier movimiento de los 12.000 españoles concentrados en Holguin. Una parte de esta última fuerza emprendió marcha para auxiliar á la guarnición de Santiago, pero fué con éxito contenida y obligada á retroceder por las fuerzas cubanas á las órdenes del general Feria. *También envió* el general García *2.000 hombres* al mando de Pérez, á oponerse á 6.000 españoles que había en Guantánamo, y obtuvieron éxito en su empresa. *Envió así mismo 1.000 hombres*, mandados por Rios, contra los 6.000 que había en Manzanillo. De esta guarnición salieron 3.500 para reforzar la de Santiago, y tuvieron que sostener no menos de *treinta combates* con los cubanos, en su marcha, antes de llegar á Santiago, Y HUBIERAN SIDO DETENIDOS SI SE HUBIERA CONCEDIDO LO QUE PIDIERA EN 27 DE JUNIO EL GENERAL GARCIA. *Con una fuerza adicional de 5.000 hombres*, el mismo General García sitió la guarnición de Santiago, tomó una fuerte posición del lado oeste y muy próxima al puerto y después recibió al general Shafter y al almirante Sampsom en su campamento cerca de aquel lugar. *Tenía tropas suyas á retaguardia, lo mismo que á ambos lados de la guarnición de Santiago antes de la llegada de las nuestras.*

Más adelante publicaremos la comunicación oficial que el general Miles remitió al general García, y que trajo el coronel Charles Hernández.

No podía dudar cuando el general Shafter, durante el sitio de Santiago, hacía manifestaciones diarias y el 15 de Julio escribía la siguiente carta:

Julio 15.

Querido General García:

Yo creo que el fin se aproxima; los jefes españoles no consentirán la marcha de 24.000 soldados para España, de donde no volverían, sino estuvieran determinados á dejar á Cuba. Yo espero pronto poder saludar la hermana República de Cuba en plena posesión.

Mientras tanto, querido General, conserve estrecha vigilancia sobre el norte para evitar cualquiera sorpresa.

Con verdadero respeto, queda de usted,

W. R. Shafter.

Y mucho menos podía desconfiar, cuando de su gobierno y de los hombres de su confiaza, tanto en el interior de la República como en el exterior, recibía órdenes y comunicaciones como la que vá á continuación.

El Consejo de Gobierno, en sesión celebrada el dia diez del corriente, acordó sancionar el compromiso que el Sr. Tomás Estrada Palma, en su caracter de representante autorizado de nuestra República, ha contraído con el Presidente de los E.E. U.U. de América, Sr. William Mc. Kinley, y que consiste en que los Generales americanos en campaña tengan el mando manteniendo nuestro ejército su organización propia: pero dispuesto siempre á ocupar las posiciones y prestar los servicios que aquellos determinen; á cuyo efecto el Consejo acordó también que por esta Secretaría se diesen—como ahora se hace—órdenes al General en Jefe y á Vd. á fin de que ajusten su conducta á lo espuesto.

Lo que traslado á usted para su más exacto cumplimiento y para que dicte á su vez las órdenes conducentes á que se ponga en

ejecución lo dispuesto, significándole que el Delegado Plenipotenciario ha indicado al Presidente Mc. Kinley la conveniencia de que la Escuadra Americana tome ciertos puertos para descargar por ellos, armas y municiones de guerra y boca para ambos ejércitos.—De Vd. con toda consideración.—Sebastopol, Mayo 12 de 1998.

El Secretario de la Guerra int°, *Domingo Méndez Capote.*—Al Mayor General Calixto García, Lugarteniente General del E. L.

Solamente así, con datos como los que anteceden, y que ampliaremos más tarde, pudieron el pueblo en armas y el Ejército de Cuba llegar mansamente á la situación actual, después de tantos sacrificios, de tanta ruina y de tanta sangre derramada.

Esclarecer los hechos es mi propósito para que el pueblo cubano aprenda en su pasado á trazarse su línea de conducta para lo porvenir.

El Autor.

La conspiración

Terminada la guerra que inició Cárlos Manuel de Céspedes en la Demajagua (Manzanillo) con el convenio del Zanjón, y rendidas las fuerzas de Oriente que habían protestado en Baraguá, prolongando la lucha algunos meses, había quedado el país falto de fuerza vital, abatido el ánimo; pero latente el fuego de la Revolución, y multitud de sus hombres resueltos á combatir de nuevo.

En Oriente, cuna y último baluarte de las revoluciones cubanas, era donde había más personal apto y dispuesto á la lucha; algunos en las Villas á cuyo frente estaba Francisco Carrillo.

La parte occidental que había permanecido indiferente y hasta hostil, conservaba sus riquezas y sus esclavos, aumentados con los que de Oriente se llevaron á esas fincas.

En el extrangero pululaban los Jefes, entre una emigración escasa en número, pobre y dividida; pero se conservaba en New York un centro donde existía el propósito firme de emprender la obra de nuevo.

La llegada á este punto de Calixto García, que acababa de ser puesto en libertad en España, reanimó el espíritu y se emprendieron los trabajos que secundaban desde Jamaica, Benítez y Maceo, apoyados por aquella emigración; se iniciaron trabajos de propaganda en la Habana por Martí y Juan Gualberto Gómez, que mal dirigidos y poco prácticos, dejaron ver pronto la trama al General Blanco, dando lugar á varias prisiones en la Habana y Santiago de Cuba, donde se ensañaba en demostrar su ferocidad el general Polavieja.

Escasa de recursos, falta de dirección y con poca cohesión, nació la que en Cuba se llamó la *Guerra chiquita.*

José Maceo y Quintin Bandera (26 de Agosto de 1879) arrastran á Guillermo Moncada, y casi puede decirse que se lo llevan desde las calles de Santiago de Cuba; secundan el movimiento Jiguaní y Bayamo; los sigue Tunas aunque con flojedad; fracasa casi el movimiento en Guantánamo, y poco después

desembarca Gregorio Benítez en Bayamo con ánimo de pasar y sublevar al Camagüey.

En las Villas se sublevan Carrillo y Serafin Sánchez, y los secunda Emilio Núñez.

Mientras tanto en el extrangero se movía Calixto García con poco éxito, y tropezando con grandes inconvenientes que retardaban su llegada al campo; perdiendo con esto el movimiento la cohesión que era necesaria para aprovechar el entusiasmo de los primeros momentos.

José Maceo, Guillermo Moncada, y Rabí, nunca se pudieron poner de acuerdo, y faltaba el Jefe por todos reconocido.

Antonio Maceo desde Jamaica nada hizo, y la Revolución se debilitaba diariamente, mientras Polavieja, en Cuba, se bañaba en sangre cubana, y Pando desde las Tunas trataba de atraerse á Belisario Peralta que se había levantado en Holguín.

Por fin logra Calixto García (en Abril de 1880), acompañado de un escaso número de hombres, salir de Jamaica y desembarcar en la costa de Manzanillo, internándose en la sierra y aproximándose á Bayamo.

Gregorio Benítez se había internado y llegó al Camagüey, en el que no pudo quedarse en vista de la falta de apoyo y la manifiesta hostilidad conque fué recibido, retornando hacia Bayamo.

Nunca pudo ponerse Calixto García en relación

con los otros Jefes de Oriente que flaqueaban ya á su llegada y á quienes tendía la celada en que debían caer, el falso é innoble Polavieja.

Simultáneamente fueron capitulando unos tras otros, colmados de promesas y distinciones, ofreciéndoles ser trasladados al extrangero al entregar las armas.

Pronto vió el engaño la mayoría de ellos, que fueron á poblar los presidios africanos que se llenaban de cubanos.

Mientras tanto Calixto García había quedado casi solo con dos compañeros; los otros habían caído parcialmente muertos en la montaña, como José Medina y Jhonson, ó fusilados como Benítez, Pio Posada y Ramón Gutiérrez, y él vagaba errante por los alrededores de Bayamo, haciendo una vida horrible, llena de privaciones y en la mayor de las incertidumbres, sin noticias de nadie y sin saber el giro que habían tomado los acontecimientos.

Por conducto de Esteban Estrada, de Bayamo, se enteró de los sucesos y se puso al habla con el General Varela (dominicano) y poco después salía para España.

Carrillo y Nuñez habían capitulado enl as Villas y así terminó la Guerra chiquita, quesirvió á Polavieja y á Pando para derramar mucha sangre cubana, y llenar los presidios de Africa de patriotas cubanos como muestra de su falta de caballerosidad y buena fé.

El país, que en su mayor parte se había mostrado indiferente al movimiento, quedó postrado y casi convencido de su impotencia para conseguir la libertad.

Los Jefes cubanos que quedaron en libertad se agruparon al lado de Marco A. Soto, á la sazón presidente de Honduras, que los acojió y colocó en los mejores puestos. Gómez, Antonio Maceo, Rafael Rodríguez y otros más, encontraron en él un protector decidido y eficaz.

Lentamente empezaron á volver á Cuba algunos Jefes; otros se escapaban de los presidios y acudían á reforzar las emigraciones.

La paz parecía asegurada: el país desangrado y pobre, parecía desesperanzado de mejores días, y el entonces partido liberal empezaba su trabajo de españolizar á los cubanos prometiendo una era de paz y de justicia.

Tímidos los liberales no supieron aprovecharse de los primeros momentos en que la guerra de los diez años había hecho comprender á España la fuerza vital de Cuba y la facilidad que existía de perderla; y nada habían logrado promesas y reformas falsas, sin consecuencias provechosas para el país.

El fracaso del movimiento de 1880 hizo perder la fé á muchos cubanos, y los españoles creyeron que el país estaba completamente vencido y que podía hacerse de él teatro de todos los crímenes y

de todas las concupiscencias; cayeron las caretas; dejaron ver el desprecio que les inspiraban los liberales y establecieron el robo como base de la administración y el favor para cubrir los destinos públicos, inundando á Cuba de empleados, testaferros de los ministros con quienes compartían sus robos.

El Banco Hispano Colonial y la deuda de Cuba fueron los dos manantiales de donde debían formarse grandes fortunas en España. La situación económica de Cuba había llegado á ser desesperada; la abolición de la esclavitud vino á remachar su pobreza; la riqueza que estaba en poder de los cubanos el año 1868 había pasado á poder de los españoles; el país yacía agobiado con presupuestos de 42 ó 40.000,000 de pesos, y se vivía del crédito.

El país estaba verdaderamente aniquilado, y se podía contar con algunos años de paz y de tranquilidad.

Las fincas de Occidente daban más azúcar; Camagüey se reconstruía y en Oriente se empezaba á vivir; el Gobierno estaba convencido de su dominio cierto; y algunos desgraciados volvieron de los presidios de Africa á su tierra natal.

Llega el año 1884; Gómez y Maceo, alentados con algún dinero que consiguen en Honduras, van á los Estados Unidos; se unen en New York con Martí, y empiezan á mover la opinión en el extrangero; Key West los recibe como siempre y el en-

tusiasmo de afuera los anima; Antonio Maceo con el Dr. Eusebio Hernández, va á Sur América y se empiezan los trabajos en la Isla.

El país estaba completamente muerto. Las tentativas revolucionarias fueron inútiles, pronto empezó á escasear el dinero; vinieron las desavenencias más tarde; Martí abandonó á Gómez y Maceo, y el movimiento iniciado murió sin eco en el país y sin otro resultado que el gasto del dinero reunido.

Las esperanzas se perdieron por completo; en el interior nadie pensaba en nuevas guerras, y en el exterior quedaron solo algunos impenitentes como el «Club de los Independientes» que casi sin personal sostuvo siempre su existencia, pobre y precaria; pero siempre con algo de vida.

Tan visible era la paz y la tranquilidad del país que el Gobierno de España abrió la mano y los tímidos liberales se atrevieron á declararse autonomistas, á pesar del cacareo de la masa inconsciente que formaba el partido conservador.

Los Jefes cubanos parecían condenados á morirse de miseria, y en el Canal de Panamá fueron á buscar trabajo en gran número.

Se había perdido la fé casi por completo, el partido revolucionario parecía muerto, tanto en el interior del país como en el extrangero, y el desorden en Cuba tomó mayor vuelo aún si era posi-

ble; la ley era una farsa y las elecciones eran una burla cruel á las aspiraciones de los cubanos.

Los Capitanes Generales y los altos empleados se enriquecían rápidamente, sin ocultar sus fraudes, que eran apoyados por los ministros en Madrid. El pueblo agobiado y convencido de su impotencia, sufría y callaba, entreteniendo su espíritu en las reuniones políticas de los autonomistas, que envalentonados con la pasividad del Gobierno, iba dando notas cubanas en busca de aplausos y popularidad; sin darse cuenta de que lo que hacían era preparar al país para la Revolución que no esperaban y á la que combatían.

Resueltos á apoyar al Gobierno Español, jamás fueron creídos y sus pueriles protestas de patriotismo, nunca produjeron efecto alguno; la conducta ambigua que seguían era la causa real; enemigos de la revolución, vestían sus colores, y en sus discursos y trabajos dejaban entrever al pueblo un más allá que los hacía populares.

Aquí no hubo nunca más autonomistas que los directores; las masas populares siempre fueron separatistas, aunque el temor á la guerra por un lado y la falta de recursos por otro, las obligaba á ocultar sus deseos; los autonomistas inconscientes trabajaron por la Revolución que, de buena fé trataron de combatir y matar; ciegos, olvidaban la historia de España y esperaban de ella justicia: ó cobardes,

estaban dispuestos á sufrirlo todo antes que arrostrar los peligros de la guerra.

Pero el malestar era tan grande, la injusticia tan notoria y tal era el estado de desmoralización, que obligaba á la Metrópoli á hacer alardes de liberalismo y ensayar reformas políticas.

Los capitanes generales se sucedían unos á otros sin que variara la situación política del país. Blanco, Polavieja, Chinchilla, Salamanca, Calleja, reemplazábanse sin otro resultado que dar algunas muestras de honradez aparente, poniendo de manifiesto la gangrena social que corrompía á la población cubana. Podía decirse sin exagerar que la desmoralización había germinado de tal manera, que tenía pervertido el sentido moral del pueblo. Asumían la representación de Cuba, no los más aptos y meritorios, sino los más audaces ó los más cínicos La defraudación al Estado, que no se ocultaba, era normal, haciéndose gala de ella. El contrabando era cosa tan corriente que lo realizaban aún aquellos mismos á quienes repugnaba. Los capitales se hacían en grande escala por medio de desfalcos enormes en el ejército, en la marina, en las aduanas y en la célebre Junta de la Deuda.

La Administración del General Salamanca removió el cieno, conmoviendo esta sociedad de ladrones con empleo; pero su muerte prematura paralizó su acción; y pudieron muchos continuar sus

antiguas fechorías. La necesidad de las reformas era tal que se decidieron en la Metrópoli á emprender algo, y Maura se encargó de ello. Sus reformas raquíticas y mezquinas, eran una verdadera farsa política; pero aún así fueron bastante á exaltar el sentimiento de los conservadores, que le hicieron una oposición sistemática y tenáz evitando su planteamiento.

Los cubanos, por el contrario, que solo aspiraban á obtener algo, fundaban en ellas sus esperanzas, y el fracaso fué una decepción más, que exasperando los ánimos, los acercó á la Revolución; la fuerza de ésta aún latente se presentía ya, y en el extrangero se empezaba á sentir una pequeña agitación, tomando nuevas formas á impulso de sus nuevos directores.

II

José Martí

El malestar que se sentía en el país había repercutido en el extrangero, y la idea, que parecía muerta ya, empezaba á tomar cuerpo en el «Club de los Independientes» á cuyo frente estaba Juan Fraga; iniciábase, aunque lentamente una nueva vida para el Club, y aumentaban sus socios; los emigrados que desde Key West habían cambiado su residencia por Tampa, se agrupaban de nuevo, y en Key West renacía la idea revolucionaria y aumentaba el entusiasmo. Llamado Martí á Tampa, habla y comienza á congregar dispersos; acude á la cita que desde Key West le hacen algunos jóvenes, entre ellos Gualterio García, y es acojido con entusiasmo. Comienza á surgir la idea del «Partido Revolucionario Cubano», que va á formar el nuevo apóstol.

En New York habla Martí en el «Club de los Independientes», dá nueva vida á la idea y pronto inaugúrase una era de trabajos preliminares para la gran empresa.

Constitúyense los clubs revolucionarios y se dan á luz las bases del nuevo partido, siendo aprobadas por todas las emigraciones, sobre las cuales en poco tiempo había adquirido Martí gran ascendiente.

Las bases propuestas por la emigración de Key West y aceptadas por todas las emigraciones son las siguientes:

ARTICULO 1º—El partido revolucionario cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la isla de Cuba y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

ART. 2º—El Partido Revolucionario Cubano, no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar á toda costa al país á un movimiento mal dispuesto y discorde, sino ordenar de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve encaminada á asegurar la paz y el trabajo en la Isla de Cuba.

ART. 3º—El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolución hoy existentes y allegará sin compromisos inmorales con pueblo ú hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, á fin de formar en Cnba por una guerra de espíritu y métodos republicanos, una nación capaz de asegu-

rar la dicha durable de sus hijos, y de cumplir en la vida histórica del Continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala.

ART. 4º—El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas ó con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y leal de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

ART. 5º—El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la patria una, sagaz y cordial que desde sus trabajos de preparación y en cada uno de ellos vaya disponiéndose para salvarse de los peligros externos é internos que la amenacen y sustituir el desorden económico en que agoniza con un sistema de Hacienda pública que abra al país inmediatamente á la actividad diversa de sus habitantes.

ART. 6º—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar á Cuba una agrupación victoriosa que considere la isla como su presa y dominio, sino preparar con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extrangero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de los cubanos, y entregar á todo el país la patria libre.

ART. 7º—El Partido Revolucionario Cubano cuidará de no atraerse, con hecho ó declaración alguna indiscreta, durante su propaganda, la malevolencia ó suspicacia de los pueblos con quienes la

prudencia ó el afecto, aconseja ó impone el mantenimiento de relaciones cordiales.

El Partido Revolucionario Cubano, tiene por propósitos concretos los siguientes:

1º Unir en un esfuerzo continuo y común la acción de todos los cubanos residentes en el extrangero.

2º Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y á la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que después de ella se funden, y deben ir en gérmen en ella.

3º Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la Revolución y congregar á los habitantes de la isla, en un ánimo favorable á su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en peligro las vidas cubanas.

4º Allegar fondos de acción para la realización de su programa, á la vez que abrir recursos contínuos y númerosos para la guerra.

5º Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan á acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la nueva república indispensable al equilibrio americano.

6º El Partido Republicano Cubano se regirá conforme á los Estatutos secretos que acuerden las organizaciones que lo formen.»

Con entusiasmo y rapidez surgió el nuevo partido con una organización completa; en todas partes se

crean clubs regidos por los cuerpos de consejo de las localidades; se empiezan á organizar colectas, se establece una contribución fija y se nombran los que han de dirigirlo, siendo electos: Delegado, José Martí.—Tesorero, Benjamin Guerra y Secretario, Gonzalo de Quesada.

Tan rápida é imprevista fué la organización que en los primeros momentos se le dió poca importancia al hecho; juzgándolo la mayoría como un acto manifiesto de locura.

Martí se multiplica, á todas partes acude y su palabra fácil gana sectarios y voluntades que le obedecían ciegamente, y sin preguntar el uso de los fondos ni la índole de los trabajos. El hombre personificaba la empresa, y la confianza en él puesta por la emigración era ilimitada.

Salen Gerardo Castellano y otros á recorrer la isla, llevando la buena nueva y á esplorar los ánimos.

Los primeros resultados fueron poco satisfactorios: había algunos elementos dispuestos; pero exigían se pusieran al frente jefes de la pasada Revolución, especialmente Máximo Gómez, ó en algunos puntos Maceo; entre el elemento revolucionario que había quedado en la isla, Martí era poco conocido y poco simpático por sus antecedentes, juzgándosele mal; se sabía que con edad suficiente y maltratado por el gobierno español, al salir de presidio, se había ido

á Méjico en lugar de tomar parte en la guerra de los diez años; su actitud en Madrid en esa época era poco conocida; sus trabajos en la Habana el año 1880 dieron poco resultado, y los fracasos anteriores en New York le habían dado poca notoriedad; su conducta con los generales Gómez y Maceo en New York el año 1884, y su retirada de ese movimiento en los momentos en que la realizó, lo hacían poco simpático para los jefes de la Revolución de 1868.

El, por su parte tenía contra ese elemento sus prevenciones, y los juicios que hizo en su trato con ellos, le obligaron á pensar que debía dejarlos á un lado.

Con Roloff y Serafin Sánchez se puso de acuerdo en Key West, y en Oriente con los hermanos Sartorius, Angel Guerra, Miró y otros á quienes la impaciencia y falta de práctica, precipitaba, y sin base alguna, querían adelantar los sucesos.

Era Martí un hombre notable y de condiciones excepcionales y poco comunes, tenía alientos para concluir como loco ó como héroe y terminó mejor que como él había soñado: como héroe y soldado, cayendo en medio del combate, en el fragor de la pelea y con el ruído que sirve de salva á los héroes y á los buenos. Su apoteosis la harán los cubanos más tarde, conservando su efigie y su memoria entre sus grandes hombres. Cuando todos desmayaban,

Martí levantó de nuevo el pabellón; de un grupo de cubanos dispersos en la emigración creó un pueblo entusiasta, y dió vida á la nueva Revolución que debiera llevar á la práctica el General Máximo Gómez.

Era Martí pequeño de cuerpo, delgado; tenía en su ser encarnado el movimiento; era vario y grande su talento, veía pronto y alcanzaba mucho su cerebro; fino por temperamento, luchador inteligente y tenáz, que había viajado mucho, conocía el mundo y los hombres; siendo excesivamente irascible y absolutista, dominaba siempre su caracter, convirtiéndose en un hombre amable, cariñoso, atento, dispuesto siempre á sufrir por los demás, apoyo del débil, maestro del ignorante, protector y padre generoso de los que sufrían; aristócrata por sus gustos, hábitos y costumbres, llevó su democracia hasta el límite; dominaba su caracter de tal modo que sus sentimientos y sus hechos estaban muchas veces en contraposición; apostol de la redención de la patria logró su objeto.

Al terminar el año 1892 el Partido Revolucionario y la propaganda de Martí habían adquirido fuerza tal que puso en cuidado al Gobierno español. Ya en Key West, en sus primeros discursos, había puesto Martí de manifiesto su política y sus propósitos; para todas las clases sociales de Cuba estuvo atrayente y benévolo; solo para el elemento

de la guerra anterior, juzgado con ligereza y apasionamiento, estuvo agresivo y duro; y su pensamiento lo condensó en la frase: «Los pinos nuevos y los pinos viejos».

A consecuencia de ese discurso escribió Collazo á Martí una carta rechazando lo injusto del cargo y rebatiendo sus argumentos con dureza; el incidente, que tomó caracter personal, terminó en los preliminares.

Asi como en el extrangero el desarrollo de la revolución había sido sorprendente y rápido, en el interior de la isla era lento y poco efectivo, pues el elemento que se movía inspiraba poca confianza; de Holguín había salido Angel Guerra, comisionado por los que allí conspiraban y se había visto con Martí en el Cayo; las impaciencias de aquel y el carácter de Martí hicieron esta unión poco efectiva, y Guerra tuvo que irse á Sur América desesperanzado y desacreditado.

En las Villas, emisarios dirigidos por Serafin Sánchez, recorrian el territorio con poco éxito, produciendo excitación; pero ningún trabajo práctico; en el Camagüey había tenido poca resonancia y en la parte occidental no existía casi nada real, fuera de un pequeño grupo que por iniciativa propia había empezado á trabajar en Matanzas y Jagüey Grande.

A fines del año 1893, hizo Martí un viaje á Santo

Domingo, y puesto de acuerdo con Gómez, publicó una carta de éste dando su conformidad al movimiento; desde ese momento el antiguo elemento revolucionario empezó á tener fé.

Reunidos en el «Hotel Roma» Pedro Betancourt, Domínguez, Joaquin Pedroso, Juan Gualberto Gómez y Enrique Collazo, resolvieron mandar al primero á New York para que se avistase con Martí, darle aviso de lo hecho en Matanzas y obtener recursos para darle mayor impulso, á la vez que entrar en el movimiento general que se iniciaba bajo una nueva faz.

Bentancourt volvió de su comisión, con ofertas de Martí y con instrucciones para aquel grupo que desde entonces entraba en el concierto general, y reanudó sus trabajos de acuerdo con el Dr. Marrero que los efectuaba en Jagüey Grande.

La labor revolucionaria iba tomando incremento y Martí la explotaba; su falta de conocimiento real de las cosas, las noticias axageradas de los exaltados y el deseo y malestar general, dieron lugar á la intentona de los hermanos Sartorius en Purnio (Holguín) á quienes un falso aviso remitido desde Sancti-Spíritus por un emisario de Martí, precipitó un fracaso inútil y que por fortuna fué poco sangriento.

Los informes exagerados y las impaciencias de Zayas y la gente de Cienfuegos, hicieron á Martí

mandar á Esquerra y dos comisionados más á Cruces, donde se agitaba una masa de gente dispuesta, y se decía era indispensable el alzamiento; efectuado éste por Zayas, murió al nacer falto de recursos y de vida.

Estos ensayos y fracasos, y la poca importancia de los movimientos, así como la falta de correspondencia en otros puntos de la isla, convencían al Gobierno español de la impotencia y escasés de recursos del elemento revolucionario, envalentonándolo para seguir el camino de la explotación del país, que veía completamente sojuzgado y muerto.

El partido Liberal se creía dueño de la opinión cubana, y esos fracasos los atribuía á su gestión españolizante, queriendo que el gobierno los tomara como servicios suyos y diera al país alguna migaja de libertad y justicia.

Martí, que apoyaba estas intentonas, hijas de la poca experiencia, negaba luego haber tenido participación en ellas, y fueron sirviendo de provechosa lección para lo sucesivo, moderando á los impacientes y á los exaltados.

Entre los liberales cada fracaso era un consuelo, pues les parecía una garantía de su futuro predominio y de futuras influencias con el Gobierno español.

Martí supo aprovechar estas circunstancias para no despertar las sospechas en la isla; á la vez que

conservar la fé en las emigraciones, en las que cada fracaso hacía despertar mayor entusiasmo y deseo.

El Gobierno español hacía inconscientemente todo lo que podía por ayudarlo con su política torpe, á la que como siempre cegaba la avaricia, teniendo por consecuencia la corrupción tanto en la justicia como en la administración; haciendo sentir su peso abrumador sobre el pueblo cubano, y agravando la situación y el malestar económico del país, matando la industria azucarera, destruyendo la del tabaco, que, á pesar de su gran vitalidad y riqueza, se arruinaba en manos de la Administración.

El partido liberal única agrupación cubana que hubiera podido ejercer alguna influencia sobre el gobierno español, era mirado por este con desconfianza y hasta con desprecio, á pesar de sus contínuas protestas de españolismo y sus repetidas pruebas de fidelidad y sumisión á los Poderes Metropolíticos. Influían en esto la conducta de sus hombres, la ambigüedad de sus declaraciones, la timidez conque procedía ante los abusos de las autoridades, la pasividad conque toleraba la ultrajante omnipotencia del partido llamado español; cosas todas que lo incapacitaban para todo empeño grande y generoso. Así veía agonizar su personalidad á pesar de sus esfuerzos por vivir, sin conseguir qne lo compraran no obstante sus ardientes deseos de venderse. Los recelos que inspiraba al gobier-

no lo desconcertaban cada vez que intentaba realizar algo en favor del país.

Componía la Junta Central del partido liberal un grupo de hombres inteligentes é ilustrados; pero en su mayoría sin capital. Necesitaban por consiguiente vivir del Gobierno, y sacaban de este lo que podían, sin perder su caracter de antigubernamentales. Los que poseían alguna fortuna solicitaban cargos gratuitos que halagaban su vanidad.

A pesar de su talento, aquellos hombres cometieron un error muy grave: para hacer sus ideas y su conducta más simpáticas al país se fingían cubanos de corazón, y tanto como el Gobierno español se lo permitía, señalaban los errores de la Metrópoli; empleaban en sus discursos frases ambiguas que exaltaban el entusiasmo de las masas inconscientes. Pretendian enseñar al pueblo cubano el camino que ya había recorrido y franqueado la Revolución de 1868. En sus reuniones públicas usaban los colores cubanos, y cada vez que querían obtener un aplauso de sus oyentes, fingían un arranque revolucionario. Creían al país tan postrado, que no concebían la Revolución, y esa política de engaño para con los españoles y de doblez para con los cubanos les permitía medrar entre los primeros y hacerse populares entre los segundos.

Sin darse cuenta de ello y contra su voluntad, fueron auxiliares eficaces de una Revolución que

odiaban y temían y que más tarde había de conducirlos á la triste y desairada situación en que se vieron. Mal vistos por los cubanos y por los españoles, fueron, ante los primeros, responsables de la sangre cubana derramada desde Noviembre de 1898 en que se prestaron á servir de juguete al Gobierno español, aceptando la irrisoria autonomía conque aquel creía eludir parte de la responsabilidad de sus crímenes cometidos en Cuba; y ante los segundos porque con sus engaños y falsas promesas no hicieron otra cosa que prolongar la lucha esterilmente, haciendo mayor y más inevitable la catástrofe final y la ruina del poder colonial de España.

Mientras que en el extranjero, las emigraciones adquirían fuerza y cohesión, el descontento y la incertidumbre aumentaban el malestar de los cubanos en la Isla. La lucha provocada por las raquiticas reformas de Maura y su fracaso, había convencido al pueblo de que nada debía esperarse ya de España. La deuda abrumadora cuyos intereses pagaba Cuba exclusivamente, la situación creada por la inoportuna y disparatada recogida del Billete del Banco Español de la Habana, los enormes fraudes que se cometían en todos los ramos de la Administración pública, determinaban un malestar y una creciente miseria que debían ser poco tranquilizadores para los habitantes de la Isla.

A principios del año 1894, el General Máximo

Gómez, llamado por Martí, abandonaba su residencia de Monte Cristi (Santo Domingo) para conferenciar en New-York. En Abril del mismo año, y ya de acuerdo ambos personajes, se ponía el general Gómez al frente de los trabajos militares de la conspiración; poniendose en comunicación con los jefes de la pasada guerra, que deberían iniciar en sus respectivas localidades el movimiento á su debido tiempo.

Los generales Roloff y Serafin Sánchez, desde Key West se entendían con los hombres de las Villas. Maceo y Flor Crombet, desde Costa Rica, se ponían al habla con la gente de Oriente. En Santiagò de Cuba, mandado por Martí, se hallaba Rafael Portuondo; y el general Gómez se comunicaría oportunamete con Massó y Guillermo Moncada. Holguín y Tunas se entendían con los jefes de Bayamo y Manzanillo. En Camagüey se establecían comunicaciones con Salvador Cisneros, Emilio Luaces y Enrique Mola.

Las órdenes que se publican á continuación fueron traidas á la Habana en el mes de Mayo de 1894 por Charles Hernández, quien portaba tambien las de Puerto Príncipe que fueron llevadas á este punto y entregadas personalmente por José María Treviño que retornó á la Habana con las precauciones que eran del caso.

Dicen así esos documentos:

"Central Valley, Abril 12 de 1894.

Sr. Enrique Collazo.

Mi querido Enriqne: Mi silencio de tan largo tiempo hasta ahora, y que tal vez á raíz de tanta labor revolucionaria, no tuviere explicación satisfactoria para tí, no lo dudes, era intencional. Tu me conoces y sabes que yo sé ocupar mi puesto, llegada la hora, y debía dejar á Martí que él sin obstáculos ni estorbos realizara la obra estupenda de unificación y concordia de los elementos dispersos de fuera, que deben en un momento dado unirse con el elemento sano y dispuesto de dentro, para salvar á Cuba. A mi entender este trabajo está ya terminado, y urge que entremos en el terreno de los hechos positivos.

Así, pués, Enrique, la Revolución (y ésta es mi opinión) cuenta con dos hombres en primer término para Occidente, de los que se encuentran en esas comarcas, que son tú y Carrillo.

Está P . . . . (1) pero como yo conozco su carácter exaltado, sería expuesto para él mismo decirle una palabra la víspera, y no debes, pues, sino comunicarte en absoluto con Carrillo. Pocas palabras. Arreglen y combinen todo lo que puedan.

Si necesitan armas pídelas ó mándalas á buscar, pues como ustedes son los que deben asumir la responsabilidad de la introducción, es á quienes toca estudiar y prever todo para ese caso. O si tu crees que puedes conseguir algunas ahí mismo, aunque costasen más caro, hazlo porque de ese modo queda más garantida su seguridad. Tu avisarás de la

(1) José María Aguirre.

suma que necesites y del modo ó conducto de hacerla llegar á tus manos.

Oye bien, pues esto es lo más importante. De ningún modo deben ustedes mover una paja en Occidente, mientras los fuegos del Centro y Oriente, que yo mismo personalmente pienso dirijir, no les quite mucho enemigo de encima. Pero ¿cómo nos salvaremos del peligro personal que conocemos, por más quietos que nos propongamos estar con esa situación encima? De un modo sencillísimo: como en tu plan y organización debe estar préviamente previsto ese caso, debes tener preparados tres ó cuatro hombres de confianza, bien armados, para que en el momento dado, se oculten en el campo, aunque para ello tengas que unirte á Manuel García. Esa situación de espera, que bien entiendo te sería angustiosa, debe ser poco duradera y el estado de la comarca hará conocer la hora ó el momento de hacer sentir tu presencia en el campo. Tomada esa actitud, ya lo demás tu sabes como se hace; mucho daño al enemigo procurando recibir el menos posible.

En cuanto á los métodos y modos, ni una palabra tengo que decirte; conozco muy á fondo tu honradez y pundonor, para que puedas tolerarte ningún acto que quite honra y prestigio á la Revolución y manche nuestro nombre.

A otra cosa: un día, no lo olvidaré jamás, en horas tristísimas de mi vida, me tendiste tu mano amiga, hoy sé que estás más pobre que entónces, allá pués te mando $400. Tu familia, cuando quieras y de un modo hábil para que su salida no te haga sospechoso, haz si quieres, que se traslade

á Cayo Hueso, pues allí habrá órdenes y medios de atenderla.

Y cerrando ésta con un abrazo, te quiere tu viejo General.

M. Gómez.

Necesito que me acuses recibo de ésta carta. Cambia la letra y firma "Aguas Verdes." Serafin Sánchez en Cayo Hueso es buen conducto.

Yo estoy muy vijilado fuera.

Gómez."

"Sr. Enrique Collazo.

Mi muy estimado amigo: con alegría grande, cumplo hoy por medio de la carta adjunta, los avisos que de tiempo en tiempo, he enviado á usted en estricto acuerdo, con el desarrollo del plan; seguro á la vez que, vigilante de sucesos que sabía yo bien que á la hora precisa, la de la acción cercana, sin demasiada preparación posible, habían de pasar por sus manos. De mi particular gusto en ello, y aun diré que de mi parte en ello, usted tiene ya pruebas bastantes, aunque no llegue tal vez á entender todo el afecto y especial cariño conque veo ésta por principal puesta en usted. "Yo le diré que usted es como nosotros" me dijo una vez el General Gómez hablando sobre usted. Usted lo ha sentido ya y vé en mi un hermano.

Cuanto dijese sobre otras cosas sería redundante; y vá explicado en la carta adjunta, escrita de acuerdo con la Delegación y por ésta suscrita y confirmada. Debo solo regocijarme de que sea usted

hoy, ya la certeza de ese sistema de prudencia, concordia y división de trabajo conque en tan breve tiempo hemos llegado de tan poco á tanto.

Tenía usted razón por los engaños y cobardías de la época pasada, en temer que yo en mi humilde parte, no fuese el hombre de verdad y sencillez que soy, sino un llena páginas, ambicioso y sin riñón: ó que era yo víctima del patriotismo inactivo y de miedos literarios, á la obra fecunda y sana que hay que hacer. Pero vea ahora la fuerza y terminará conque se unen sin un solo embozo, ni semilla de separación futura, los elementos necesarios y que á usted mismo pudieran parecer opuestos de la Revolución.

Ni en espíritu, ni en detalle me separo un ápice del vigor y la nobleza del General Gómez. Así le envié á decir al anunciante, para calmar su duda natural la situación próxima que hoy le vá la prueba. Con la fuerza de lo hecho puedo asegurarle que me empleo ahora mismo cuidando, por la Isla y el mismo respeto á las vidas en ella que he demostrado hasta hoy. Sigo viaje á cubrir mi trabajo verdadero, y hacer de camino parte de él. Pero antes voy al Cayo á esperar respuesta de usted, que me puede ir por el portador de ésta y aguardo con la natural impaciencia.

Por otra mano remití á usted los 400 pesos que le anuncia el General y aquí incluyo órden al portador por 75 pesos para que sin el peligro á que estaría hoy expuesta cualquier comunicación mía, por portador al Camagüey envie usted por mano en primera vía, esa carta del General y mía al Marqués. Aquí he aguardado hasta dar con hom-

bre totalmente seguro. Pero esto no tiene razón natural para seguir al Príncipe. Usted escogerá allí bien su mensajero.

Para mayor tranquilidad de usted y para el éxito de sus labores debo decir á usted que de ningún modo intervendré; ni en cosas de acción, armas etc. me he permitido intervención anterior en la organización que ahí desea usted darse. Las personas todas que á mi hayan venido, recibirán recado de ponerse á las órdenes de usted y solo daré ese recado á gente de toda seguridad. De Matanzas D. y B. (1) piden sin cesar armas, sin que hasta hoy vea yo modo cierto de su arribo, ni creo deba obrar en esto aparte de usted, lo cual les dirá usted que los conoce, si le parece bien decírselo por que yo no usaré con ellos el nombre de usted si usted no me autoriza. Usted está ahí y usted conoce mejor los peligros que hay que obviar. Pero desearía repuesta sobre lo de Matanzas, ó que usted los acalle para que no crean desden ó debilidad lo que no es más que órden y disciplina. Deseo tambien su autoridad para hablar de usted á J. G. G. (2).

Para el miércoles próximo de la entrante semana habré llegado al Cayo y allí desearía hallar respuesta de usted al General y á mí, para seguir viaje. Solo me queda espacio para felicitarlo con calor por su publicacion última que tan eficazmente contribuye á echar por tierra en el instante de la arremetida, al único enemigo que verdaderamente tiene la felicidad de nuestra patria, la soberbia incapaz de esos hombres tímidos.

(1) Dominguez y Bettancourt.
(2) Juan Gualberto Gómez.

Aguarda impaciente y cariñoso noticias de usted su amigo.

José Martí.

En vista de éstas órdenes se avisó á Francisco Carrillo que estaba en Remedios y vino á la Habana. Reunidos éste, José María Aguirre y Enrique Collazo se pusieron de acuerdo para dar cumplimiento á las órdenes recibidas y activar los trabajos preliminares del ya próximo alzamiento.

Por conducto de Eduardo H. Gato, de Key West, se recibieron dos mil pesos oro americano, que fueron repartidos en tres partes iguales y cada cual marchó á su puesto, retornando Carrillo inmediatamente á Remedios, debiendo Aguirre trabajar en Matanzas y Enrique Collazo en la Habana y Vuelta Abajo.

Puestos de acuerdo con Juan Gualberto Gómez y Pedro Betancourt, se empezó á activar la compra de armas y municiones, empleándose en Matanzas á López Coloma y los Acebedo que debían entenderse con el doctor Martín Marrero; Aguirre hizo dos viajes á Cienfuegos para preparar el terreno, y se prosiguieron los trabajos en la Habana y Vuelta Abajo; mandando emisarios á Pinar del Rio, Viñales, Bahía Honda y Cabañas, donde había elementos dispuestos á concurrir á la obra general.

La situación era tan transparente que en todas partes se hablaba del movimiento próximo; se ha-

cían las cosas tan á las claras que no parecía lógico suponer que fuera cierto; la policía perseguía á los más señalados pero, en vano, pues no encontraba rastro alguno; no había reuniones, ni juntas, ni lista que denunciara; varias veces el General Calleja intentó hacer algunas prisiones; pero no encontraba ningún hecho real en que basarlas.

No había en la Habana ninguna persona de posición que juzgara la cosa con seriedad, y los que tenían que hacerlo eran acojidos con burla ó menosprecio, tomándolos como locos ó especuladores que explotaban la idea como medio de vivir.

Con objeto de poner en conocimiento de la Junta Central del Partido Autonomista, para cumplir las órdenes del General Gómez, para propagar y ultimar la Revolución en la Habana, que la Revolución se efectuaría con ó sin el concurso del Partido Autonomista, que el objeto no era comprometerlos ni exijir su concurso; que únicamente, y atendiendo su condición de cubanos, se pretendía que acto de tanta trascendencia, no se verificase sin su conocimiento. Que si estaban conformes se les tendría al tanto de los progresos de la Revolución para que ellos acentuando su política, y aprovechando los contínuos atropellos del Gobierno Español buscaran el medio de que los encontrara disueltos, ayudando así indirectamente á la Revolución y salvando ellos una situación difícil.

Aplazada la contestación para ocho días más tarde, la dió Govín afirmativa, y el periódico "El País" en esos días, en su sección de fondo, aprovechando la destitución del Alcalde de Cartagena se expresaba en los términos convenidos.

Se creyó que podíamos marchar de acuerdo, lo que hubiera sido ventaja grande para el país y para los Autonomistas; pero por desgracia no fué así. En los editoriales siguientes de "El País" se acentuó de manera clara y terminante su política contraria; dejando ver no solo que no permanecerían neutrales, sino que harían á la Revolución una guerra dura y activa.

Aclarada la situación; el periódico "La Igualdad" que dirijía Juan Gualberto Gómez y "La Protesta", abrieron la campaña contra los autonomistas poniendo de manifiesto su cubanísmo de doublé y su españolísmo de ocasión, sus prácticas y sus reuniones, desautorizando sus actos, haciendo ver sus falsos ídolos y poniendo e . claro su política falsa é inmoral, basada en el engaño y el dolo, pues no eran ni cubanos de veras, ni españoles sinceros.

Se empezó á producir una agitación general y constante que sostenía al país en sobreescitación perenne y no se hablaba de otra cosa que del movimiento próximo.

Disputas acaloradas, artículos incendiarios, eran la comidilla del día; revolucionarios de abolengo,

combatían en el periódico y con la palabra, de manera dura, el movimiento considerado por la mayoría como locura insigne ó mala fé marcada.

Realmente en la población de la Habana entre la gente de posición, la Revolución no sólo no encontró apoyo, sino manifiesta hostilidad, mientras que la juventud esperaba con ansia la señal y la gente del campo estaba á la espectativa esperando el momento, aunque con desconfianza. Mientras tanto en el extrangero crecia el entusiasmo y aumentaba la fé en el éxito; y el hombre que la representaba para ellos era Martí; el obrero se quitaba el pan de la boca para aumentar el caudal revolucionario, sin quejas y sin preguntar su inversión ni el camino andado. El trabajo se hacía en el mayor sigilo y casi puede decirse que solo Martí lo conocía y á nadie daba cuenta.

En el més de Septiembre llevaba Gato á la Habana cinco mil pesos, que en la Redacción de "La Igualdad" se le entregaron á Domínguez y Betancourt en presencia de Gato, Juan Gualberto Gómez y Enrique Collazo, dando éste último recibo á Gato; tenían por objeto activar el movimiento en Matanzas.

De acuerdo con J. G. Gomez se procedió á la compra y remisión de armas y pertrechos que se embarcaban por el ferrocarril de Bahía como efectos de ferretería.

Para Vuelta-Abajo se compraron algunos armamentos y pertrechos que se mandaron á Santiago de las Vegas, la Güira y Bahía Honda; entendiéndose con J. G. Gómez que se movía en su esfera de acción con la buena fé y talento que él sabe tener siempre.

Para mandar algunos armamentos á Camagüey aprovechó Martí el viaje de Enrique Loynaz del Castillo á New-York y preparar una buena combinación.

Loynaz llegó al Camagüey con sus armas y parque felizmente; pero las personas de quienes se confiara para su desembarco, unos por impericia, otros por miedo y otros por mala fé, se unieron para perder aquel armamento ya salvado; la alarma que produjo este hecho fué grande; era la primera manifestación real de la tormenta próxima; la traición y el odio á la Revolución se encubrió con el deseo de salvar á Loynaz el que después de muchas peripecias y disgustos logró escapar al extrangero.

La opinión en Camagüey, estaba perfectamente dividida y definida; la juventud, como en todas partes, esperaba la señal con impaciencia; pero los sabios de la localidad, algunos poseedores de vacas, y los dueños de los dos ingenios de la provicia veían la Revolución como un crímen para el cual no había castigo suficiente.

Alarmados ya á fines de Agosto y con pretexto de

acabar con el bandolerismo vinieron Fabio Freire y Antonio Aguilera á la Habana para obtener del Capitán General reforzase aquellas guarniciones con objeto de amilanar al pueblo y matar en gérmen la Revolución que suponían en estado naciente, haciendo que se recojieran los armamentos que el General Gasco había dado anteriormente para la persecución de los bandoleros.

La escitación en Occidente era grande y creciente; la tranquila Vuelta-Abajo, el antiguo continente negro, quería borrar su pasado, como lo ha hecho, llegando en el sufrimiento hasta el límite del desinterés y la abnegación y en valor hasta el heroismo épico.

En Oriente el fuego era latente, pero seguro y en calma; era donde se sentían menos impaciencias y con tranquila resolución se esperaba la órden; las Villas reflejaban el estado de Oriente, y en Matanzas, como conspiradores noveles, mostraban una impaciencia é imprevisión capaces de echar á rodar por completo todo lo edificado.

La situación para el Gobierno Español, era crítica y difícil. Se presentía la revolución, pero no había una causa real que justificara medidas de rigor; los trabajos no pasaban en apariencia de meras habladurías y conversaciones de café.

Los robos de la administración puestos en claro y con escándalo por el General Salamanca, la falta

de crédito, las torpezas cometidas al hacer los tratados internacionales que mataron la industria del azúcar y el tabaco, y la crísis monetaria como última gota, pusieron tan de manifiesto la necesidad de traer algo nuevo que sirviera de consuelo ó de esperanza á aquel pueblo rico hasta entonces y que no veía más porvenir que la miseria, que se habían lanzado al viento "Las Reformas de Maura" que en realidad no eran más que una farsa que nada bueno ni útil podían traer; pero sin embargo trajeron dos cosas: halagó á los liberales que querían hacer creer que eran ventajas obtenidas por ellos, y fraccionaron á los españoles en reformistas y conservadores.

Verdaderamente las reformas hubieran sido un juguete que hubiera engañado un poco más las esperanzas de los cubanos, y hubieran retardado la Revolución, pero como España, ó mejor dicho sus Gobiernos han estado siempre á gran distancia de la lógica, disputaron á los cubanos esas migajas de libertad, y con sus escarceos lograron aumentar el número de los descontentos y dar mayor fuerza al elemento revolucionario.

Transcurria el tiempo, crecía la exitación y casi se fijaba la época del movimiento; estábamos en Octubre y los de Matanzas apuraban haciendo presente que se veían en peligro y hacían presión para precipitar el movimiento; Moncada desde Cuba ha-

cía ver lo difícil de su situación; pero decía que esperaba hasta recibir la órden.

La situación era tan trasparente que el Capitán General interino Arderius; reunió en junta en Palacio á Jefes caracterizados como separatistas; dándoles carácter y condición social, pues con escepción de Calvar, Ramírez y Marcos Garcia, no tenian los demás otra condición que su historia revolucionaria. Habló sobre el estado de los negocios del país; casi todos expresaron su opinión con franqueza. Juan Ramírez habló largo de asuntos generales y propios, y Marcos García después de exponer el justificado descontento del país, concluyó con estas frases: "Mi lealtad me obliga á esta franqueza; creo que realmente no hay más que dos caminos, ó las reformas tan ámplias como el país las necesita, ó la revolución inevitablemente".

A la llegada del General Calleja, por invitación del General Arderius fueron los mismos llamados á Palacio y repitieron con pequeñas variantes lo dicho anteriormente á Arderíus; ni una ni otra reunión dieron resultado alguno, ni fueron nada positivas, únicamente ante la opinión los separatistas ganaban la representación que el mismo Gobierno les daba.

La situación económica empeoraba; las malas zafras y la falta de mercados llevaban al país á la ruína; el remedio no se encontraba y la revolución

iba ganando terreno en los ánimos, pues unos la empleaban como amenaza poco probable, otros como ideal de sus deseos y los menos como deber ineludible.

Al empezar el mes de Noviembre se creía por los conspiradores que ya no se podía esperar más tiempo sin que el Gobierno español empezara á prender algunos de los comprometidos; de Jagüey llegaron algunos á pedir se precipitara el movimiento; los de Matanzas, capitaneados por P. Betancourt y Dominguez, apremiaban á Juan Gualberto Gómez que los contenia, y fué preciso para evitar la desconfianza que empezaban á inspirar las dilaciones anteriores, fijar como fecha improrrogable el 30 de Noviembre de 1894.

Lacret salió para Santiago de Cuba llevando la noticia y la orden para el movimiento definitivo.

Los rumores que venían del Camagüey eran alarmantes; se supo que Alejandro Rodríguez había salido comisionado para Santo Domingo, á ver al General Gómez y manifestarle que el país era refractario á la Revolución, y se le pedía no emprendiese nada; asegurábase que el general no se movería si realmente el país en masa no pedía la guerra.

Por indicaciones de José Mª Aguirre y Enrique Collazo acababa de ser nombrado Jefe de Occidente el general Julio Sanguily, y en vista de las circunstancias decidieron, saliera Enrique Collazo á ver

al General Gómez, enterarlo de la verdadera situación á fin de que apresurara el movimiento, cuya demora creaba una situación insostenible, que arriesgaba el éxito de la empresa.

Los trabajos antirevolucionarios de la gente del Camagüey hacían temer que el General Gómez dudase del éxito, y, no creyendo interpretar los deseos del país, al traer la guerra, desistiera de sus propósitos. De Manzanillo había llegado Calvar con varios amos de ingenios, pidiendo el retardo del plazo marcado de 30 de Noviembre que se juzgaba prematuro.

Por otro lado las distintas prórrogas dadas por Martí á las fechas indicadas, sembraban aquí la duda, y la incertidumbre de lo que resolviera el General Gómez marcaba un malestar profundo; la escaséz de recursos y el pequeño número de armas compradas era motivo de disgusto. Al mismo tiempo se esperaba de un momento á otro que empezaran las prisiones. Se sabía que el general Calleja había consultado dos veces á Madrid para hacer algunas detenciones en la Habana y Holguín, y se habían ocultado para no declarar al país en estado de guerra y producir alarmas antes de tiempo, provocando por el pánico, el aumento de los revolucionarios. La Revolución se presagiaba, pero aún era impalpable; ninguna prueba efectiva habíanse podido coger hasta entonces.

El día 15 de Noviembre se embarcaba Collazo rumbo á New York para que, viendo á Gómez y á Martí, pintara á ambos la verdadera situación y adelantaran el momento de la revolución, que creían imposible retardar sin ser presos, á la vez que demostrarles la necesidad de remitir dinero á Cuba donde podrían conseguir el armamento y municiones con mayor seguridad y prontitud aunque á más costo.

En Santiago de Cuba la espera era difícil á pesar de la calma y aparente actitud de Moncada, que con astucia é inteligencia sobrellevaba con éxito la situación en Manzanillo. El apresuramiento de algunos á vender sus ganados había llamado la atención. Camagüey decía claramente que era reacio á la Revolución; el Gobierno realmente fiaba en él, creyéndolo la llave del movimiento; la única entidad revolucionaria allí era el marqués de Santa Lucía; las Villas aparentemente en calma, pero resueltas; sostenido el espíritu allí por la presencia de Serafin Sánchez, Roloff y Carrillo. En Matanzas algunos alardes belicosos, aunque poca fuerza y entusiasmo reales. Vuelta Abajo en espera, y dispuesto para cooperar al movimiento.

Este era el estado real de la Revolución á la salida de Collazo para los Estados Unidos. Este pasó por Key West y Tampa, encontrando á Martí en Filadelfia donde había ido é esperar al comisionado de Cuba.

El estado de la Revolución en el exterior revestía un caracter original y especial: nadie sabía nada, eran muy pocos los que creían en ella; pero la masa obrera daba, sin preguntar, su óbolo con absoluta confianza y con fanatismo ciego por su ídolo Martí.

Collazo no conocía á Martí; su entrevista en la estación de Filadelfia fué cordial, y un abrazo leal de ambos fué la línea de conducta para lo porvenir.

Martí era un hombre ardilla; quería andar tan deprisa como su pensamiento, lo que no era posible; pero cansaba á cualquiera. Subía y bajaba escaleras como quien no tiene pulmones. Vivía errante, sin casa, sin baúl y sin ropa; dormía en el hotel más cercano del punto donde lo cojía el sueño; comía donde fuera mejor y más barato; ordenaba una comida como nadie; comía poco ó casi nada; dias enteros se pasaba con vino Mariani; conocía á los Estados Unidos y á los americanos como ningún cubano; quería agradar á todos y aparecía con todos compasivo y benévolo; tenía la manía de hacer conversiones, así es que no le faltaban sus desengaños.

Era un hombre de gran corazón que necesitaba un rincón donde querer y donde ser querido. Tratándole se le cobraba cariño, á pesar de ser extraordinariamente absorbente.

Era la única persona que representaba la Revolución naciente; los demás eran instrumentos que el movía; Benjamin Guerra era la caja; Gonzalo de

Quesada era parte de su cerebro y de su corazón; pero en realidad era su discípulo. Martí lo era todo, y ese fué su error, pues por más que se multiplicaba era imposible que lo hiciera todo él solo. Dormía poco, comía menos y se movía mucho; y sin embargo el tiempo le era corto. Se puede concretar diciendo que el partido revolucionario era MARTI.

Collazo, según sus instrucciones, debía seguir á Santo Domingo para ponerse al habla con el General Gómez; pero se esperaba en esos días un mensajero que enviaba el General desde Santo Domingo. A su tiempo llegó éste con poderes amplios del General Gómez. Era el brigadier José Mª Rodríguez. Con él vino la seguridad de que, á pesar de la llegada de Alejandro Rodríguez, comisionado de Camagüey, el General estaba dispuesto á la revolución y que José Mª Rodríguez estaba autorizado para determinar y representarlo en todo.

A la salida de Collazo de Cuba, se convino que por conducto de Juan Gualberto Gomez, con quien estaba en relación directa Martí, se comunicarían José Mª Aguirre y Julio Sanguily, á quien últimamente se le había indicado el estado de la Revolución, y á quien el General Gómez había mandado el nombramiento de Jefe de Occidente, debiendo ponerse al frente del movimiento en Matanzas. A la llegada de Rodriguez y Collazo á New York, nada pudieron averiguar del estado real de la conspira-

cion, pues se concretaron á oir lo que Martí les quiso decir, que fué bien poco ó nada. Respecto del dinero, menos aún; pues la caja revolucionaria era un pozo donde caía el dinero, sin que, fuera de Benjamin Guerra, nadie haya sabido el montante de lo ingresado ni de lo que se gastaba.

En los meses de Diciembre y Enero se movió Martí con rapidez inusitada. De noche no dormía, sino viajaba. De Cuba las correspondencias, cada día más exigentes, apremiaban el movimiento y pedíanse recursos; especialmente las cartas de Julio Sanguily, que parecían escritas por un loco, y cuyas correspondencias no podían armonizarse con las noticias de Aguirre y Juan Gualberto Gómez, sensatas y claras.

Reservada.—Viernes. Cerro Enero 1/95.

Sr. Aguas Verdes.—Tampa.

Querido amigo y compañero: Hace dos ó tres dias que me dice Miguel Angel que se piensa ir mañana para Tampa. Yo le he dicho que bueno y que antes de resolver nada definitivo me vea esta noche por si recibo el *telegrama.*

Caso de que yo no reciba nada lo autorizaré para que él se vaya y él será el portador de ésta.

Es buen chico y puede uno confiarse de él para todo. La ida de él te probará que se van cansando de esperar y que solo mi proposición es salvadora. Ahora bien, hasta para la proposición se va pasando el tiempo: *que anden pronto sino todo está perdido.*

En estos momentos se deja todo á un lado por atender la medida *salvadora. La medida única salvadora es la proposición.*

A lo único según me decía Nell (1) ayer, que está sorprendido. lo mismo que Jole que no hayan aceptado ya—á que puedan poner obstáculos, es á la llegada aquí - que yo exijo—del viejo, quince dias despues de la cosa. Eso dice Nell que yo debí indicar que ocho ó diez dias más no importaba. Y aqui asi lo hago constar. Esta carta es para los tres, para M, Mayía y para ti y tambien será ya mi última, instándoles á que acepten mi proposición.

Ayer me decía Nell que no concebía que no se hubieran ustedes apresurado á aceptar con alegría eso. Además en la última de M. que hace ya tres ó cuatro correos que no escribe, nos decía que le contestáramos enseguida, si queríamos esperar á mejores tiempos, ó hacer la cosa enseguida como así lo esperábamos—en el correo anterior había ido mi proposición—es decir que antes de recibir su carta ya le habíamos contestado. La gente aquí se desespera cuando le contestamos: «Esperemos». La situación es insostenible. Pronto empezarán las prisiones; tengan eso en cuenta y resuelvan.

Azcuy á quien se le ha dado una porción de armas, aún no se sabe que hayan llegado á su destino. Y de Mata había de recibir más que fueron en una goleta y no estuvo á tiempo. El capitán siguió con ellas hasta San Cayetano para entregarlas con otras que llevaba á José Azcuy, y éste se resistió á recibirlas. Asi es que lo que yo pronostiqué sucederá: que si no caen en manos de los españoles caerán al

(1) Juan Gualberto Gómez.

agua, pues el capitán las tirará como es lógico; por eso he pedido la dirección suprema. A Azcuy lo vigilan segun el mismo dice, y que sabe tratan de prenderlo, y yo también lo creo pues por su modo de ser debe haberse hecho sospechoso y sobre todo por su lengua.

J. de Mata fué á unirse á Paco Maza; se le dieron doce centenes para el viaje, porque decía que en Calabazar lo vigilaban y pensaban prenderlo. Allá no fué á tiempo á recojer las armas, sino se metió en el campo, y aunque el bueno del capitán español salió á caballo en busca suya no lo encontró y cuando supo que lo buscaban entonces fué, pero ya el capitán se había marchado. Vino aquí á dar cuenta, y se le facilitó modo de volver para que se viese con el capitán. Dice que cuando llegó lo detuvieron y lo hicieron salir. Paco Maza se metió según dice en la montaña,con once hombres armados para *esperar*; pero ya están en el Calabazar donde decían que los iban á prender. Dice Maza que los once hombres los mandó diez leguas de allí á esperar.

El según me dice Nell estaba con Cárlos Socarrás—creo.

Sé positivamente que en estos días se trató de matarme por eso ando con cuatro ojos, y que deter minen una cosa ú otra.

Se me dice que el Gobierno sabe de quien eran las armas. También me dicen que Rafael Acosta ha desaparacido de su casa, eso me lo ha dicho un amigo suyo—Mola—sobrino de Enrique, y creo se ha embarcado. Si llega allá deben atenderlo, es un gran cubano. Ayer me decía Nell que debíamos levantarnos nosotros buscándonos recursos; le dije que

no lo hacía sino conforme á mi proposición. El sabe que de otro modo no puede ser.

Tenemos vigilantes que no me asustan; pero le temo á la deportación.

Dice Nell que el cree que M. no mande el telegrama diciendo que acepta, sino que me mandará el comisionado directamente como lo indicaba yo. Yo lo que creo es que no aceptará mi proposición; el cree que sí.

Si acaso la aceptan acuérdate de la familia para buscarle una casita, y mi recado á Teodoro, porque dado el estado de cosas, si aceptan me parece que no se pasan seis días sin que ya la cosa esté andando y serán tantas las cosas que yo tenga en la cabeza que no podré escribir por falta de tiempo.

A Miguel Angel le recomendé que vea á tus hermanas antes de irse, y á tu madre para que te lleve noticias de ellas. También le avisaré á Nell y á Jole, aunque tengo la esperanza de que mañana venga el comisionado con las órdenes y el dinero.

Te advierto que debes, si aceptan la proposición, mandarme una dirección telegráfica á Tampa, el Cayo y New York, de M. por si tengo algo urgente que comunicar. Que la dirección sea nombre inglés; yo entonces firmaré Smith.

Dale un abrazo á M. que debe el pobre estar abrumado, otro á Maria, y cariñosos recuerdos á tu familia.

Un abrazo de tu affmo.

Gomez. (1)

---

1 Julio Sanguily

7 de la mañana. Sábado,

Ayer cité á Miguel Angel para acá temprano ya dispuesto para irse. Sino recibimos el comisionado luego se irá para allá. Yo tengo cita con Nell á las once para él escribir también.

Conste, querido compañero, que esta es mi última carta pidiéndoles que acepten mi proposición. Si no la aceptan entonces den por terminado aquí todo. No se que será de nosotros entonces. Espero ansioso pues, la determinación de M.

Affmo. amigo y compañero.

Gener.

«Esta es solo para tí y para Martí.

Reservada.-Lunes.-Cerro.-Enero 28.-1895

Muy querido Aguas Verdes: Hace un momento me mandó Nell tu carta desde Tampa, fecha 25 del corriente.

Son las 8 y media de la noche. Aunque ésta no irá al correo hasta el Miércoles 30, empiezo á escribirte desde hoy para que no se me quede nada en el tintero de lo que tengo que decirte, que es mucho.

Yo supongo que tú le habrás escrito á Nell también. Veré esa carta mañana. Hace dos días que no salgo de mi casa. Iré mañana solo por ver tu carta y saber algunas noticias. No he salido por esperar el telegrama que al aprobar mi proposición M. debía mandarme. Yo desesperaba ya de recibirlo; pero tu carta me dá nuevas esperanzas, pûesto que me dices que no has visto á M. y una de las condicio-

nes que yo le ponía sobre mi proposición era que fuese aprobada, no tan solo por él sino por tí y por Mayía, y al aceptarla me pusiese un telegrama en estos términos—Mercedes de Armas—Falgueras 24.—Cerro.—Estoy enfermo.—Panchito.

Si al recibirlo yo, no había variado en nada mi proyecto, mejor dicho, mi proposición, le contestaría —Flinted.—Para Armas.—New York.—Que enfermedad tienes.—Mercedes. Para cuyo efecto debía avisar á Panchito de Armas en casa de Flint & Co 68 Broad St N. York, que ese telegrama era una contraseña entre M. y yo, que se lo mandara enseguida.

Como pudiera suceder que él esté en Tampa cuando tú recibas ésta, y me ponga él desde allí el telegrama convenido, entonces que no se ocupe mucho de mi contestación, pués hoy más que nunca hago buena mi proposición.

Están completamente de acuerdo conmigo Jole y Nell. Creen como yo que es lo único salvador.

La proposición es la siguiente: que se mande *enseguida* la orden para sublevarse *firmadas* por él, Mayía, como representante apoderado del viejo, y tu. Una en particular para Guillermo, otra particular para Carrillo, otra particular para Camagüey y otra particular para Massó en Manzanillo, diciéndole á todos que yo les señalaría el día. Además una órden general para que todos los otros Jefes me obedeciesen. Yo respondo que á más tardar *doce días* después estamos aquí peleando, y solo así encontrarían ustedes cuantos recursos necesiten para venir, y también así la atención del Gobierno, que hoy está fija en ustedes, se distraería. También

exijo que quince días después de estar nosotros peleando venga el viejo; *quince días á más tardar.*

Si aceptan, entonces pondrán el telegrama á Mercedes, entendiéndose que el viejo ha de estar aquí quince días después de estar nosotros peleando, esa es la llave de todo. Tan pronto yo reciba esas órdenes, mando emisarios á llevar las mías, fijando yo el día, que comunicaré á M., y yo me voy enseguida al campo á preparar las cosas.

Al aceptar mi proposición, que no deben saber más que ustedes tres, me ponen el telegrama, el de Mercedes y en el *primer vapor* me mandan un comisionado que me traiga las *órdenes* y que me vea en mi casa á mi solo, y ese mismo día que regrese á la una, en el mismo vapor. Con él escribiré y que sea de mucha confianza. Eso que propongo es lo único que salva la situación, si no la aceptan se acaba por mucho tiempo la revolución en Cuba.

La gente está desesperada, quieren una cosa ú otra.

Y eso que propongo ha de ser muy pronto resuelto, de lo contrario será tarde. Ya desde que la hice se ha pasado mucho tiempo. Si no aceptan, que me contesten pronto; es necesario; esta situación de espera es insostenible para todos y se pierde el entusiasmo y se separan, y esos serán enemigos.

Gener.

Enero 30/95.—Miércoles.

Ayer creí que me moría con un dolor que me dió en un costado y una jaqueca feroz.—Pancho Zayas, el Dr. vino dos veces. He pasado una noche de perros, He amanecido mejor. Sé que Nell no recibió carta. El sigue mejor. Son las

8 y media de la mañana y á cada momento que entra alguien, me parece que debe ser mandado por M. en el vapor de hoy, si no resuelven mi proposición favorablemente entonces *dénlo todo por terminado.* Ya sabes lo que propongo: que me manden con un comisionado las órdenes para J. M. C. y Camagüey y una órden general para todos los otros Jefes, Que venga todo con un comisionado, derecho á mi casa para despacharlo en el mismo vapor.

Con él escribo y digo el *dia.* A los *doce* días á más tardar de recibir las órdenes y el dinero estamos *luchando.* Quince días después *debe* estar aquí el viejo. Ya ves que tiene 27 días para prepararse.

Debe ser cuanto antes, pues de lo contrario estamos mal. La vigilancia es grande. Yo necesito saberlo cuanto antes para resolver. Si deciden que sea, háblale á J, y á F. que me tomen una casita limpia y bonita para Matilde y que le recuerden sobre todo á Teodoro su compromiso conmigo. Matilde está muy delicada. Dicen Jole y Nell que si ustedes no aceptan es porque son egoistas y perderán la única oportunidad. Matilde y Merceditas te mandan recuerdos como también á tu familia. Dáselos de mi parte. Espero ansioso esa resolución. Muy tuyo.

Gener.

Febrero 2/95.

Mi querido amigo Aguas Verdes: en mi poder su carta la que entregué á Gener, como usted me

pedía. La situaeión ha variado poco desde mi última. He estado enfermo, y no me he ocupado gran cosa del negocio en esta semana última, por hallarme en cama. Pero urge que ustedes resuelvan la situación. Aquí no se pueden demorar las compras, sopena de ir cada día á un fracaso como el de 16, 6, 40, 23, 6, 24, 2, donde como usted sabrá se 17, 18, 30, 18, 6, 34, 18, 6, 34, 18, 35, 10, 21, 28, 2, 41 cogieron armas.

Es preciso pués, que ustedes nos ayuden á vencer solos las dificaltades, para lo cual, y con objeto de aprovechar los trabajos ya hechos, lo importante es mandar las órdenes para que todas las compras sean simultáneas y los demás corresponsales de acuerdo con nosotros, procedan á la operación el mismo día.

Gener nos ha informado de proposiciones que ha hecho, y con las que estamos aquí todos conformes, puesto que según lo que de ellas sé, se trata de hacer pronto las compras que es lo esencial. Si éste ó aquel detalle de esas proposiciones, que desconozco, podria no parecer á ustedes acertado, todo sería cuestión de modificarlo, conservando lo esencial que es la necesidad de hacerlo todo pronto. Si ustedes no encuentran aceptable lo de Gener, hay que decirlo francamente. Si no pueden ayudar á nuestra iniciativa también hay que decirlo para ver lo que hacemos los de la 23, 22, 32, 10 (isla) que tenemos ahora que velar por dos cosas que conviene conciliar, la seguridad 32, 6, 40, 30, 18, 29, 2, 32 (personal) y la salvación de la 17, 2, 42, 30, 2 (causa) cosas ambas que han de peligrar si se 18, 6, 34, 26, 21, 15 (demora) la solución.

De lo suyo en particular las noticias solo son regulares. Entregué á N. (1) 70 tercios (rifles) y $14.000 torcidos (tiros).

De esa cantidad 40 tercios con 8.000, están seguros; pero el resto, precisamente lo destinado á B. H. no llegó á su destino por falta de quien debía recibirlos que no estuvieron á tiempo en el sitio de recibo. De donde resulta que después de heber pagado yo 60 pesos de flete y de haber dado más de cien á varios emisarios, por negligencia se ha dejado que los 30 y los 6.000 destinados á B. H. estén todavía paseando por esos mundos y lo que es más grave, en poder de un 19,.22, 38, 10, 17, 30, 13 (español, pariente de N. muy bueno y todo lo que se quiera, pero, al cabo, que no está en el negocio.

Ahora me preocupo de esa situación; pero no tengo un real para moverme. Es preciso escribir á Williams 21, 2, 42, 26 (Gato) de mi parte—yo no lo hago porque no tengo clave con él—diciéndole que me mande los $400 que restaban; pues aparte de que los gastos han superado á lo que calculamos, resulta que por orden de 28,2,40,31,10 (Martí) que ofreció reponerla más tarde, se dispusieron de $500 de la suma que él me dejó, y este déficit de $900 no lo puedo soportar. Al proveedor de 15,21,34,10,22 (armas) solamente debo más de $300. Procure que aunque sean los $400 que debe Williams, lleguen pronto á mi poder, pues no tengo ni con qué mandar un recado urgente.

Adios mi amigo. Crea siempre en mi sincero afecto y ayude allá á su amigo que lo quiere.

Nell.

(1) Nemesío Azcuy.

Si puede comuníquele noticias de ésta á 28,2,40, 31,10 (Martí) pues yo no le escribo hoy por esperar contestación á dos cartas mías,

Las anteriores cartas reflejan bien claramente el estado de los ánimos en la Habana. Todas las comunicaciones que recibíamos de otros puntos de la Isla expresaban del mismo modo la mayor incertidumbre é impaciencia.

Aislados y casi siempre escondidos, Rodríguez y Collazo permanecían en New York, sin saber una palabra de lo que ocurria fuera, pues Martí, aunque cada día se movía más, cada día se mostraba menos comunicativo.

Dispuestos como si fuéramos á salir de un momento á otro, acudíamos, sin resultado, á frecuentes citas que se nos daba, siempre esperando el día de la partida, que no acababa de llegar.

Conociendo como conocíamos el estado real de las cosas en Cuba no queríamos precipitar una explicación con Martí, que nervioso y sin un día ni una noche de reposo, veíasele constantemente taciturno y preocupado. Parecíanos increible que los sucesos no se hubieran precipitado en Cuba. Hasta entonces no se nos habia sorprendido una sola correspondencia, y ni una sola indiscreción de nuestros hombres había puesto sobre la pista á la numerosa policía que tanto en la Isla como en el extranjero sostenía el gobierno español.

No teníamos con quien enterarnos de la marcha de la conspiración. Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada nada sabían en realidad; aunque aparentaban que no querían hablar. El resto de la emigracion esperaba y confiaba en Martí. Mayía Rodríguez y Collazo, si de algo pecaron, fué de sufridos y prudentes. Sabían lo que buenamente se quería que supieran; nada preguntaban y dejaban pasar el tiempo sufriendo resignados el aislamiento á que los tenía sometidos Martí, que á veces parecía un loco, víctima de un delirio de persecución, que lo hacía ver espías y *detectives* por todas partes.

Aun no se sentía escases de dinero. La Revolución tenía cuatro nucleos importantes en el exterior; uno en New York, dirigido personalmente por Martí, otro en Key West con Roloff y Serafín Sanchez, otro en Costa Rica con Maceo y Flor Crombet y el último en Santo Domingo con el general Gómez. Cada uno de estos centros se comunicaba directamente con Martí.

A fines del mes de Diciembre salieron Rodriguez y Collazo de New York con dirección á Jacksonville, recibiendo orden de permanecer ocultos, hospedándose con nombre supuesto en el hotel "Duval" hasta la llegada de Martí, que debía ser en la mañana del domingo próximo. Allí permanecieron seis días, y en el fijado se presentó Martí, quien les dijo que enía muy malas noticias que comunicarles.

En efecto, á las once de la mañana llegó al hotel Charles Hernández, enviado por Martí para decirles que todo había fracasado, y que tanto él como los que le rodeaban estaban expuestos á todo género de peligros, que más que nunca se hacía necesaria una gran prudencia y que permanecieran en su habitación hasta la noche en que se verían en el hotel "Travellers", en que se hospedaba Martí, donde también se hallaban Hernández, Enrique Loynaz y Tomás Collazo.

Ante la noticia de aquel fracaso de algo que, escepto Martí, todos ignoraban, Mayía Rodríguez y Collazo lamentaron amargamente su anterior prudencia que, de un modo indirecto los hacía en parte responsables de lo ocurrido. Nada habían preguntado hasta entonces, pero comprendían que había llegado el momento de las explicaciones. En su consecuencia se dirigieron, acompañados de Hernández, al hotel "Travellers". Allí encontraron á Martí presa de una extraordinaria excitación nerviosa. Revolvíase como un loco en el pequeño espacio que le permitía la estrecha habitación. Su escaso pelo estaba erizado, sus ojos, hundidos, parecían próximos á llorar.

De sus labios no salían más que estas palabras repetidas con tenáz insistencia: «¡Yo no tengo la culpa!» «¡Yo no tengo la culpa!»

A la vista de Mayía, que entraba en la habitación

con el rostro alterado y duro, Martí corrió hacia él y se echó en sus brazos. Aquel dolor tan profundamente retratado en su fisonomía desarmó á los que, momentos antes, querían exigirle explicaciones claras y concretas de su conducta. Todos comprendieron que algo muy grave había ocurrido, y que aquel fracaso, de que se había hablado hacía un instante, era desgraciadamente cierto.

Sin pretender averiguar nada, Mayía y Collazo se limitaron á tranquilizar á Martí, asegurándole su más completa adhesión. No había que perder la esperanza. Por rudo que fuera el golpe sufrido, era preciso seguir adelante y sin desmayar ni decaer un momento. Algo más tranquilo Martí con aquellas muestras de simpatía y respeto que de todos los presentes recibía, declaró que aun cuando todo se había perdido, aun cuando no había un real para continuar los trabajos revolucionarios, no era posible abandonar la empresa acometida con tanta decisión y entusiasmo.

Horacio Rubens, el buen amigo de los cubanos y Gonzalo de Quesada, que llegaron en aquellos momentos, contribuyeron con su presencia á reanimar los abatidos espíritus. Quesada, en nombre de su señora madre política ofreció dar todas las fianzas que se necesitasen. Rubens puso á disposición de Martí sus servicios como abogado.

Preocupaba también á Martí lo que el general

Máximo Gómez pudiera pensar de lo ocurrido, y demostraba con frases llenas de sentimiento el temor que sentía de que el general se negara á ir á Cuba en circunstancias tan desfavorables.

Tanto Rodríguez como Collazo aseguraron á Martí que Gómez, á quien conocían muy bien, iría á Cuba cualesquiera que fuesen las condiciones en que lo hiciera. Era preciso pensar en buscar pronto remedio al daño sufrido, en vez de abatirse y desconfiar tan pronto del éxito de la empresa.

Todos los presentes hicieron á Martí ardientes protestas de su lealtad y adhesión incondicional.

No habia transcurrido una hora desde la llegada de Rubens y Quesada, y el estado de los ánimos había cambiado por completo. Al abatimiento producido por el golpe del fracaso tremendo é inesperado, había sucedido la fé que conforta y la resolución enérgica de seguir luchando hata conseguir el éxito.

No había dinero, pero Quesada confiaba obtenerlo de las emigraciones de Sur América. Martí tenía seguridad de conseguirlo en Méjico. Pero para ello se necesitaban tres ó cuatro meses, y los hombres de Cuba no querían ó no podían esperar más tiempo, y por otra parte era imposible explicarles la verdadera situación del Partido Revolucionario, porque ello traería, como consecuencia inevitable, la ruina total del proyecto.

Por lo pronto lo más preciso era burlar á la po-

licía que olfateaba el rastro de los conspiradores; y más tarde sacar á Manuel Mantilla y á Patricio Corona que estaban á bordo del «Lagonda» cuando fué sorprendido el barco, y á quienes Charles Hernández había escondido preventivamente en casa de un americano amigo suyo.

Entre tanto la policía practicaba registros en algunas casas cubanas, más por fortuna nadie conocía en Jacksonville ni á Martí, ni á sus compañeros, que por otra parte figuraban con nombres supuestos en los libros de los hoteles.

III

El plan de Fernandina

Pocas veces en la historia de las Revoluciones se combinó un plán más vasto ni más secretamente elaborado que el que titulamos «Plan de Fernandina.»

El momento histórico no podía ser más propicio. Nunca el Gobierno Español había estado más confiado en la debilidad é inercia del pueblo cubano. Los trabajos revolucionarios en el extranjero inspiraban á las autoridades españolas más bien desprecio que temor. Para el gobierno, en el esfuerzo de los tabaqueros de Key West y Tampa, no había otra cosa que un engaño para robarles el producto de su trabajo; Martí no pasaba de ser un farsante ó un loco, y Gómez un viejo ambicioso á quien la edad incapacitaba para toda empresa militar.

El despertar hubiera sido terrible si la suerte nos hubiese sido propicia. La Revolución, que fué impelida á paso de carga por el talento militar del general Máximo Gómez, sin el fracaso del «Plan de Fernandina», hubiera sido un huracan, un torrente devastador que habría hecho tremolar el pabellón cubano en toda la Isla, antes que España se hubiese dado cuenta de su desgracia.

He aquí el proyecto tal como se conoció después de su fracaso:

Consistía en primer término en invadir la Isla, con pocos días de diferencia, por tres puntos distintos con gente y armamento sobrados para ayudar á los que dentro del territorio debían llevar á cabo el movimiento preparado.

Contando en Oriente con Guillermo Moncada y Bartolomé Massó unidos á las fuerzas de Holguín, desembarcaría en la costa Norte de Santiago de Cuba una expedición mandada por Antonio Maceo y Flor Crombet, llevando un nutrido grupo de Jefes Orientales.

El general Gómez con doscientos ó trescientos hombres saldría de Santo Domingo y desembarcaría en Santa Cruz del Sur, en la provincia de Puerto Príncipe; en tanto que Roloff y Serafín Sánchez debían desembarcar en las Villas, sublevándose Cienfuegos, Jagüey Grande y Matánzas, á las ódenes de José María Aguirre y Julio Sanguily.

Para llevar á cabo este proyecto, Martí se había puesto al habla con Mr. Borden, de Fernandina, quien por sus condiciones en el comercio era el hombre indicado, puesto que podía transportar armas y municiones en línea propia y en carros fletados hasta su propio embarcadero, en Fernandina; sitio aislado, y de muy poca importancia por su escasa población. Además Mr. Borden en su calidad de comerciante podía realizar fletamentos de barcos sin despertar sospechas, como lo hizo.

Habíanse tomado todas las precauciones del caso. Nada hacía sospechar ni temer un fracaso. Los barcos estaban listos, la carga en el muelle y los hombres esperando la primera señal. Todo hacía suponer que el éxito coronaría la empresa.

Para llevar el cargamento á Costa Rica, el general Maceo había designado al coronel Patricio Corona, quien hacía muy pocos días que había llegado á New York.

Roloff y Serafín Sánchez, para la compra de armas y su conducción, habían indicado á Fernando López de Queralta.

El barco que había de ir á Santo Domingo debía llevar á Martí, José María Rodríguez y Enrique Collazo.

Se tenían fletados tres vapores, el «Amadís», el «Lagonda» y el «Baracoa», y atendiendo á las circunstancias del lugar y tiempo, el primero que de-

bía hacerse á la mar era el «Lagonda» y en su consecuencia Martí despachó desde el Norte á Manuel Mantilla (*Mr. Mantells*) y á Patricio Corona para que, como dueños ó fletadores del barco fueran á tomar su carga á Fernandina.

Entre tanto Martí se había avistado con López Queralta, comisionado por los que debían salir de Key West.

Los contratos estaban redactados en una forma perfectamente legal. Los barcos saldrían fletados por un més para recoger trabajadores en cualquiera de las Antillas, y llevarlos al puerto que se les indicara. Una vez los espedicionarios á bordo y el barco en alta mar, el jefe de cada espedición debería entregar mil pesos al capitán á condición de que condujera la espedición á las costas de Cuba. Caso de que se negase á aceptar el capitán, se le obligaría por la fuerza.

Explicado este plán á López Queralta, esperó este á los últimos momentos para contestar que no lo creía bueno, y que él no emprendía el viaje en tales condiciones. Añadió que tenía un capitán que, conociendo el plán en todos sus pormenores, lo llevaría directamente á Cuba, con tal de que se le pagasen cien pesos diarios. Contestóle Martí que lo creía difícil y peligroso, pués se hacía sabedor á un extraño de un secreto que él había guardado tanto; mas en vista de las seguridades que le dió Queralta,

acalló sus temores y convino en que al siguiente día celebraría una conferencia con el capitán indicado.

Conducido Martí á una oficina de corredores de buques, á quienes Queralta había enterado del asunto en todos sus detalles, haciéndoles saber la índole y propósito del negocio, así como lo que se proyectaba sobre Cuba, comprendió desde el primer momento, que la empresa había fracasado. Uno de los corredores había intervenido en el fletamento del «Lagonda», por parte del comprador. Este dió aviso al dueño del barco, quien á su vez hizo reclamación á Washington. La Compañía de Seguros hizo otro tanto; llegando así el proyecto á conocimiento del Representante de España, que hasta entonces había estado ignorante de todo.

El «Lagonda» estaba ya cargado en Fernandina, cuando recibió la órden de detención y registro. Los que se hallaban á bordo, al ver llegar á los oficiales de Aduanas, echaron al agua parte del cargamento; entre tanto que el «Amadis» y el «Baracoa», que debían llegar de un momento á otro, considerados como barcos sospechosos, recibieron orden de confiscación, haciendo más completo y terrible el fracaso.

La magnitud de la empresa dejó asombrado al Gobierno español, que hasta entonces había considerado á los cubanos incapaces de nada práctico,

é infundió nuevo ánimo á los revolucionarios que no midieron la importancia del fracaso, sino la grandeza del esfuerzo.

Para la emigración, lo ocurrido en Fernandina, vinó á demostrar que las privaciones y sacrificios que se imponían hacía tiempo, empezaban á dar sus resultados, y que la Revolución era un hecho.

Los enemigos de Martí, como Enrique Trujillo y otros, entendieron que había llegado el momento de hacer un cambio de frente, y comenzaron á dar sus primeros pasos en sentido revolucionario.

Desde entonces la situación para los jefes de la conspiración fué verdaderamente angustiosa. No había dinero ni forma de conseguirlo en cantidad suficiente para las primeras necesidades. Era preciso esperar, y entre tanto dar conocimiento al general Gómez de lo ocurrido, y levantar nuevos fondos, para lo cual conceptuaba Martí necesario por lo menos tres meses.

Desde el siguiente día se ocupó Rubens de dar los pasos necesarios para salvar el cargamento embargado por las autoridades americanas. Se acordó que salieran de Jacksonville Rubens, Quesada, Martí y Mayía Rodríguez con rumbo á New York, y Collazo (Enrique y Tomás) Loynaz y Charles Hernández con dirección á Tampa.

En aquellos días parecía que todo el edificio revolucionario había venido á tierra. Los recursos

estaban agotados y los que pudieran adquirirse en los primeros momentos no bastarían á cubrir los gastos judiciales que ocasionaría levantar el embargo del cargamento depositado y detenido en los almacenes de Mr. Borden. Era de temerse que aquel gran fracaso desanimara á las emigraciones é hiciera perder toda esperanza á los comprometidos en la Isla.

Mantilla y Corona salieron ocultamente para el Norte; Martí buscó refugio en casa de Quesada. Las dificaltades en las comunicaciones con Santo Domingo retardaban el aviso á Gomez, y por consiguiente la contestación de éste.

La policía americana buscaba en Jacksonville el rastro de los comprometidos en la empresa, y la prensa dando á la publicidad los pocos detalles que conocía, abultaba las cosas, empeorando la situación.

La sorpresa producida en Cuba por las noticias que se recibían de Fernandina, produjo un resultado favorable. Se creyó á los revolucionarios más fuertes de lo que realmente eran, y, sobre todo, más ricos; lo que en vez de abatir el espíritu de los simpatizadores lo exaltó más aún.

En Oriente continuaron en su actitud pasiva y resuelta. En Camagüey, reacios siempre, se escusaban con la falta de armas y municiones. Los de Matanzas y Jagüey Grande, por lo contrario, con

impaciencias de noveles revolucionarios, declaraban en todas sus comunicaciones que no podían esperar más tiempo, y que temían ser presos de un momento á otro. En los últimos días de Enero se recibieron cartas de Juan Gualberto Gómez en las que manifestaba que no obstante sus esfuerzos no le era posible contener á los impacientes que se disponían á celebrar una junta que le constaba no tenía otro objeto que acordar sublevarse en el mes de Febrero, aunque nadie los secundase.

Julio Sanguily enviaba carta sobre carta, encareciendo lo difícil de la situación, y exigiendo la orden de sublevarse, pues de lo contrario lo haría él sólo, y hasta fijaba la forma en que deberían ir estendidas las órdenes y por quien habrían de ser firmadas.

Los trabajos antirrevolucionarios de los liberales de Cuba se hacían cada día más activos, llegando casi hasta disimuladas delaciones contra los más comprometidos; difamándolos en la mejor forma que les era posible, á fin de quitar fuerza al movimiento que veían cercano. Solicitaban el apoyo de revolucionarios caracterizados, tales como Marcos García y Manuel Sanguily, para desviar la opinión pública, en tanto que el Gobierno procuraba atraerse á algunos de los que suponía complicados, por medio de ofertas y dádivas.

Collazo, que se hallaba en Tampa, fué llamado

por Martí desde New York á donde llegó el 30 de Enero, y aquella misma noche, unidos ambos á Mayía Rodríguez en casa de Gonzalo de Quesada, expuso Martí la situación de Cuba y de la conspiración en los términos más claros y precisos.

Las correspondencias de la Isla ponían de manifiesto que los esfuerzos de Juan Gualberto Gómez para contener á los impacientes de Matanzas eran ya infructuosos, declarándose incapaz para imponer su voluntad. Julio Sanguily exigía un levantamiento inmediato, y las cartas de Costa Rica expresaban una impaciencia muy marcada. Se carecía de recursos para emprender algo serio; y mucho menos para lanzar á los comprometidos á un prematuro movimiento, sin poderlos auxiliar con la necesaria rapidez y sin conocer el criterio del general Gómez. Por otra parte, si se iniciaba el movimiento en la provincia de Matanzas sin que fuese secundado por el resto de la Isla, vendría, como inevitable consecuencia, el fracaso total de la revolución, anulando las energías del país para muchos años.

Como se vé el estado de las cosas exigía que aquella misma noche se adoptase una resolución, por grave y trascendental que fuese.

Casi á la madrugada, puestos de acuerdo los cuatro conferenciantes se resolvió dar la orden y el aviso en toda la Isla para el movimiento, dejando á Juan

G. Gómez y á Sauguily que fijaran, de acuerdo con la gente de Matanzas, el día definitivo del alzamiento, debiendo señalar la fecha á todos los comprometidos, al mismo tiempo que se hicieran circular las órdenes, comunicándolo á Martí para que desde New York se pasara aviso á Santo Domingo.

La fecha no debería ser anterior á la segunda quincena de Febrero.

En su consecuencia Martí y Collazo redactaron las correspondientes órdenes que fueron dirigidas una á Guillermo Moncada, en Santiago de Cuba, otra al Marqués de Santa Lucía en Puerto Príncipe, otra á Francisco Carrillo en Remadios y otra á Juan G. Gómez para que la comunicara á Sanguily y Aguirre.

He aquí una de las copias de la referida orden:

Al C. Juan Gualberto Gómez y en él á todos los grupos de Occidente.

En vista de la situación propicia y ordenada de los elementos Revolucionarios de Cuba, de la demanda perentoria de algunos y el aviso reiterado de peligros de la mayoria de ellos y de las medidas tomadas por el esterior para su concurrencia inmediata y ayuda suficiente, y luego de pesar los detalles todos de la situación, á fin de no provocar por una parte con esperanzas engañosas ó ánimo débil una rebelión que después fuera abandonada ó mal servida, ni contribuir por la otra con resoluciones tardías á la explosión desordenada de la rebe-

lión inevitable, los que suscriben, en representación el uno del Partido Revolucionario Cubano, y el otro con autoridad y poder expresos del General Máximo Gómez, para acordar y comunicar en su nombre desde New York, todas las medidas necesarias de cuyo poder y autoridad dá fé el comandante Enrique Collazo, que también suscribe; acuerdan comunicar á usted las resoluciones siguientes:

I. Se autoriza el alzamiento simultáneo ó con la mayor simultaneidad posible, de las regiones comprometidas, para la fecha en que la conjunción con la acción del Esterior será ya fácil y favorable, que es durante la segunda quincena y no antes, del mes de Febrero.

II. Se considera peligroso, y de ningún modo recomendable, todo alzamiento en Occidente que no se efectúe á la vez que los de Oriente, y con los mayores acuerdos posibles en Camagüey y Las Villas.

III. Se asegura el concurso inmediato de los valiosos recursos ya adquiridos y la ayuda contínua é incansable del esterior, de que los firmantes son actores ó testigos, y de que con su honor dan fé, en la certidumbre de que la emigración entusiasta y compacta, tiene hoy la voluntad y capacidad de contribuir á que la guerra sea activa y breve.

Actuando desde este instante en acuerdo con estas resoluciones, tomadas en virtud de las demandas expresas y urgentes de la Isla, del conocimiento de las condiciones revolucionarias de dentro y fuera del país y de la determinación de no consentir engaño ó ilusión en medidas á que ha de presidir la más desinteresada vigilancia por las vidas

de nuestros compatriotas y la oportunidad de sus sacrificios; firmamos reunidos estas resoluciones en New York en 29 de Enero de 1895.

En nombre del general Gómez — El Delegado del P. R. C.

José María Rodríguez — *José Martí*

Enrique Collazo.

Al siguiente dia deberían embarcar á bordo del vapor *Atlas* con rumbo á Cayo Haitiano, Martí, Rodríguez y Collazo. Gonzalo de Quesada se dirigiría á Tampa y Key West donde recogería dos mil pesos que por cable debía girar al Dr. Dellunde en Cabo Haitiano. Eran los únicos recursos conque se contaba para comenzar los trabajos en Santo Domingo.

La salida de Martí de los Estados Unidos dejaba huérfano de representación en aquel país al partido revolucionario, si bien él entendía que todos los emigrados aceptarían á Quesada como su sustituto y representante.

Y no se equivocó. La emigración de Florida no le preguntó á su llegada con qué derecho se dirigía á ella; lejos de eso, abrió su bolsa, lo recibió como buen mensajero, y Marti y sus compañeros encontraron en Cabo Haitiano el dinero que se les había ofrecido.

El dia seis de Febrero llegaron á Santo Domingo embarcándose inmediatamente en una lancha que

los llevó á Monte Cristi, donde encontraron al general Máximo Gómez. El viejo general había sufrido durante este periodo, con la incertidumbre, las mayores torturas. Hallábase resuelto á marchar á Cuba aunque fuese en un bote. Conservaba íntegro el dinero que en distintas partidas le había enviado Martí desde New York, lo que se agregó á los dos mil pesos que se habían recibido de la Florida.

Gómez aprobó en todas sus partes la determinación tomada el 30 de Enero, y dióse principio desde ese momento á los trabajos necesarios para salir en momento oportuno, es decir, tan pronto como se recibiera de New York noticia de la fecha fijada por los de Cuba para la sublevación.

Pocos dias después salió Mayía Rodríguez para la capital con órdenes especiales del general Gómez, al mismo tiempo que llegaban á Monte Cristi los generales Francisco Borrero y Angel Guerra.

A mediados de Febrero se recibió la ansìada noticia de que el dia fijado para el levantamiento era el 24 del mismo mes; que todas las órdenes se habían entregado y que se había recibido en New York un cablegrama de Juan G. Gómez que decía: «*Giros aceptados*», lo que significaba que todo estaba dispuesto.

El conductor de las órdenes á Bartolomé Massó y Guillermo Moncada había sido Manuel de la Cruz,

á quien se las había enviado Gonzalo de Quesada desde Key West.

El general Gómez envió á Pablo Borrero á Santiago de Cuba con pliegos en que ratificaba la orden y la fecha para el levantamiento. Pablo Borrero fué preso por las autoridades españolas á su llegada á la isla.

El dia 25 regresó á Monte Cristi Mayía Rodríguez con la noticia de que el dia antes había estallado en Cuba la Revolución.

La embarcación estaba comprada. Era una pequeña goleta de poco calado, conducida por un negro de las islas Turcas. Habíanse conseguido un corto número de armas y algunas municiones, parte en Santo Domingo y parte en Cabo Haitiano á donde había vuelto Martí por tierra desde Monte Cristi.

Proponíase el general Gómez, marchar inmediatamente á Cuba acompañado de Borrero, Rodríguez, Guerra y Collazo, con ocho ó diez hombres más, en tanto que Martí con M. Mantilla regresaría á los Estados Unidos á agitar la opinión entre los emigrados, organizando una gran expedición que podría llevar él mismo más tarde.

Oponíase á éste plan Martí, á quien su amor propio inspiraba la idea de acompañar á Gómez y desembarcar con él en las costas de Cuba.

La llegada de Mayía Rodríguez y las noticias que llevaba de la capital de Santo Domingo, vinieron á

reforzar las razones del general Gómez y á quebrantar la tenaz oposición de Martí. En su consecuencia, se celebró una junta en la que se resolvió la salida de Martí para los Estados Unidos.

Desgraciadamente aquel mismo día se recibieron noticias de New York. El *Herald* de aquella ciudad publicaba un telegrama de la Florida, firmado por Fernando Figueredo, en que se aseguraba que Gómez, Martí y Collazo irían inmediatamente á Cuba. Ese telegrama echó por tierrra el plan de Gómez y desde ese momento fué imposible detener á Martí.

El general dió orden á Mayía Rodríguez para que se dirigiera enseguida á la capital con el fin de preparar la salida. Collazo acompañado de M. Mantílla saldría para New York; el primero marcharía más tarde á Cuba, desembarcando en Vuelta Abajo; y el segundo, puesto á las órdenes de Roloff y Serafin Sánchez, llevaría á éstos á la Isla.

Embarcáronse en el vapor *Clyde*, que los dejó en el puerto de New York el dia 27 de Marzo de 1895.

En ausencia de Martí quedaba falto de dirección el partido Revolucionario Cubano, pues el único miembro electo era Benjamin Guerra, quien ni por su caracter ni por su inteligencia podía reemplazar al Maestro. Por otra parte Gonzalo de Quesada, aunque era casi el designado por Martí, encontraba la tenaz oposición del Tesorero, que lo conceptuaba

(recurso torpe) demasiado joven para un puesto de tanta responsabilidad.

Mantilla fué despachado inmediatamente por Guerra para Key West á cumplimentar la orden recibida en Monte Cristi. Collazo, á su vez, marchó á Tampa llevando el nombramiento oportuno y la orden precisa de sublevar la Vuelta Abajo.

He aquí esa orden:

Monte Cristi 10 de Marzo de 1895.

Sr. Comandante Enrique Collazo.

Comandante:

Como á raiz de la ligera y reparable interrupción de los movibles y preparados auxilios para la Revolución de Cuba, ha surgido ya el levantamiento prevenido, muy urgente es y necesario, volar, como se pueda del modo mejor en auxilio de nuestros compañeros ya en armas en los campos de la Patria. Y siendo V. uno de los jefes prominentes designados para dirigir y ordenar el movimiento en la parte Occidental de la Isla, y aqui en desempeño de comisión especial, de parte de los conjurados se encuentra V. fuera; se hace preciso que á la mayor brevedad posible y lo mejor armado que se pueda conforme á los Recursos que la Tesorería del Partido ha de poner inmediatamente á su disposición, marche V. á ponerse de acuerdo con los jefes sublevados y con el carácter de jefe de operaciones en cualquiera zona de las comarcas Occidentales.

Las dotes militares justificadas en su hoja de

servicios prestados en la guerra de los diez años, su discreción y prudencia, y sobre todo su patriotismo y valor probados, hacen esperar á esta Jefatura con fundamento, que mientras no le sea á V. posible ponerse al frente, ó en comunicación directa con ella, allá, en los mismos campos de la lucha, hará V. la guerra, fuerte y enérgica segun las fuerzas de que pueda disponer y organizar, pero guerra humana con los vencidos, y respetuosa y salvadora á la vez para con todas las entidades leales, ó que puedan serlo é intereses radicados en la Isla cruelmente lastimados por el poder opresor de la Colonia.

Esta línea de conducta militar y politica, que sé que está muy al alcance de su propio criterio y en harmonía con nuestras altas miras revolucionarias, para el éxito del momento y la ventura futura de Cuba independiente, cuidese muy mucho de inculcarlas en la mente de todos sus subordinados; haciendo de todo ello base inquebrantable de órden y disciplina, sin la cual la victoria sería dudosa, perdidos nuestros esfuerzos y sin gloria alcanzada para nuestra reputacióu y nombre.

Es tan limitado el tiempo de que podemos disponer, para acudir presurosos al reclamo que de todas partes de la Isla se nos hace, nos es por tanto, tan sumamente preciso obrar con tanta actividad, que es por lo que concluyo aqui mis instrucciones, seguro ademas que su inteligencia y propia iniciativa, suplirán todo lo que á mí en estos instantes supremos no me es dado prevenir.

Con Patria y Libertad.

Gral. Jefe.—*Máximo Gómez.*

La noticia del alzamiento había producido en el extranjero un entusiasmo loco; los pobres tabaqueros, los que habían tenido fé en Martí y en los destinos de la patria, estaban orgullosos porque no habían depositado mal su confianza. Sus esperanzas de triunfo se aumentaban cada día, pareciendoles pocos los sacrificios hechos hasta entonces.

Las listas de expedicionarios aumentaban diariamente, y la precipitación por llegar al teatro de la guerra era general; jóvenes y viejos se encontraban aptos para la lucha.

La mujer cubana figuraba á la cabeza de aquel movimiento de entusiasmo. La madre veía marchar con orgullo á sus hijos á cumplir con su deber; la esposa al marido, la hermana al hermano, y la novia al elejido de su alma; mientras ellas con la miseria como porvenir y la soledad como única esperanza, se esforzaban en trabajar cada una en su esfera, para llevar su óbolo á la obra comun.

De la Isla empezaban á salir los incrédulos; unos por temor, otros por vergüenza, algunos por patriotismo; pero aun les quedaba la duda; ¿moriría en germen como los anteriores aquel nuevo intento? Los jefes principales, Gomez, Martí y Maceo aun estaban fuera. ¿Llegarían á tiempo para dar vida al movimiento? ¿Podrían vencer los obstáculos que á su paso oponía el Gobierno de España con actividad extraordinaria y con decisión sin ejemplo?

La duda abatía el espíritu de los débiles; multitud de rumores circulaban á diario segun el optimismo ó pesimismo del noticiero; noticias contradictorias publicaban á diario los periódicos y los hechos más absurdos se comentaban, de mil maneras distintas.

En España el alzamiento produjo un movimiento, primero de sorpresa, luego de indignación inmensa. El entusiasmo para concluir en breve tiempo la guerra se despertó violento, y gran número de hombres y dinero surjieron de momento avivados por Cánovas que se veía secundado admirablemente por el entusiasmo popular.

Acabar pronto, antes que tomara cuerpo la Revolución, era su programa; circuscribirla á Oriente era su objetivo; y ganar tiempo antes que Gómez y Maceo pudieran desembarcar en Cuba.

Cuarenta barcos para la custodia de las costas fueron comprados con rapidez y á cualquier precio.

Su mejor General, Martínez Campos, fué mandado á Cuba y el General Azcárraga, Ministro de la Guerra, haciendo prodigios de organización, alistaba cien mil hombres que llegaban al teatro de la guerra con pasmosa celeridad.

En el extranjero semejantes prodigios no disminuian el entusiasmo cubano; la fé era inmensa; pero en Cuba á la mayoría le parecía imposible la victoria, y que la revolución no muriera aplastada

ante aquel enorme alarde de soldados y recursos de guerra.

Los cubanos esperaban con ansia la llegada de Gómez, Martí y Maceo con los cuales creian asegurado el éxito.

Maceo y Flor Crombet pugnaban por salir de Costa Rica; Gómez y Martí luchaban en vano con los obstáculos que presentaba su salida de Sto. Domingo; y Roloff y Serafín Sanchez estaban aun detenidos en Key West.

El Gobierno americano empezó á guardar desde los primeros momentos la mas extricta neutralidad, y los inconvenientes para salir espediciones de los Estados Unidos eran costosos y difíciles de vencer.

IV

La Revolución

Las órdenes escritas en New York, fueron remitidas por Gonzalo de Quesada desde Key West á la Habana, dirijidas á Juan Gualberto Gómez; el que debía darles curso, recojer la conformidad, fijar la fecha exacta y avisar al esterior; conviniendo se pusiera un cable: *giros aceptados*, una vez de acuerdo todos.

Pocos días después ponía Juan Gualberto Gómez el cable convenido y fijaba la fecha de 24 de Febrero para el alzamiento.

Era imposible que la situación del país pasara inadvertida al general Calleja. Las imprudencias no faltaban, y la policía se movía sin cesar. En la noche del 23 de Febrero el capitán General publicaba un Bando poniendo en vigor la Ley de Orden Público de 23 de Abril de 1870, y cuatro días más tarde declaraba en estado de sitio las provincias de Santiago de Cuba y Matanzas.

En Santiago de Cuba desde el día 23 el Gobernador Capriles esperaba el movimiento.

Eduardo Yero y veinte jóvenes más que desde el día 20 habian salido al campo pedían permiso para salir en el vapor que iba á Santo Domingo, y asimismo Urbano y Francisco Sánchez Hechevarría dejaban á Cuba con rumbo al extrangero; Guillermo Moncada estaba escondido.

Llegó por fin el 24 de Febrero. En la Habana son presos Julio Sanguily y José María Aguirre, cuando se preparaban á salir al campo; Juan Gualberto Gómez con López Coloma y catorce individuos más se subleva en Ibarra. La noche anterior había sido muerto Manuel García, que con cuarenta hombres armados estaba sublevado ya, y disuelta la partida; Joaquín Pedroso y varios jóvenes habaneros se unen á Matagás en los alrededores de la Ciénega de Zapata. El Dr. Marrero se subleva con 30 ó 40 hombres en Jagüey Grande.

En Oriente, en la fecha indicada, y en su finca de Manzanillo se levanta Bartolomé Massó, acompañado de Celedonio Rodríguez y su hijo, de Dimás Zamora, Lorenzo Vega, Pascual Mendoza, José Miró, Enrique Céspedes y Amador Guerra, apoyados por gran número de hombres.

En Santiago de Cuba Guillermo Moncada, secundado por Rafael Portuondo, arrastra á muchos al grito de Independencia.

En Guantánamo se alzan Pedro Pérez y Enrique Brooks; en el Cobre lo hacen Quintin Bandera y Alfonso Goulet y en Holguin los Sartorius.

En Camagüey solamente Francisco Recio y Mauricio Montejo se alzan al frente de grupos insignificantes.

Las Villas y Vuelta-Abajo permanecían tranquilas esperando el movimiento.

La revolución parecía nacer muerta; pocos días después desaparecían los grupos de Matanzas; las prisiones de Sanguily y Aguirre habían quitado fuerza al movimiento; el quietísmo de muchos de los comprometidos parecía augurar el fracaso del nuevo esfuerzo por la libertad y la justicia.

Los grupos formados en Ibarra, Jagüey y Colon desaparecen unos tras otros en pocos días, quedando solo Matagás, viviendo como lo había hecho antes de la Revolución.

En las Villas nada había dado resultado. La prisión de Carrillo en Remedios había evitado todo intento. En Camagüey se podía decir que nada había; la juventud estaba sujeta por los mismos que debieran guiarla.

En Oriente todos los pueblos habían respondido. Las Tunas, Manzanillo, Bayamo, Holguin, Cuba, Guantánamo y Baracoa estaban llenas de partidas numerosas é indisciplinadas y casi sin armamentos,

que iban y venían en todas direcciones, recogiendo armas y excitando al pueblo todo.

Pero en ese primer periodo, que era el que debía aprovecharse para coger al enemigo desprevenido y debil, nada podía hacerse; harto grave era la empresa que se llevaba á cabo, con lograr dar vida al movimiento verificado en circunstancias tan desfavorables.

Guillermo Moncada, en Cuba, poco podía hacer; era un moribundo que venía, en cumplimiento de su palabra, y guiado por su patriotismo á morir á la sombra de su bandera.

Los que se habían alzado en Jiguaní y Baire á las ordenes de Rabí y Lora, aparecían en una actitud dudosa. Acampados en el potrero Las Yeguas en Baire, habían levantado la bandera de la Autonomía que enarbolaron en su campamento; una bandera española cruzada por dos franjas blancas que se cortaban perpendicularmente en su centro.

En el resto de Oriente las fuerzas cubanas en estado naciente, levantaban el entusiasmo; pero no estaban en condiciones de hacer nada práctico.

Los grupos que más representación tenían eran los de Bayamo y Mazanillo á cuyo frente estaba Bartolomé Massó, al que por sus condiciones y caracter reconocieron todos en Oriente como Jefe.

El mes de Marzo abría un parentesis de tonos sombríos para la naciente revolución; se sentía la

falta de los que se consideraban como sus jefes naturales, los generales Gómez y Maceo.

El estado de la revolución trascendió bien pronto, y el Gobierno Español y los autonomistas trataron de explotarlo, aunque sin éxito; pués apesar de lo indeciso de los hechos el entusiasmo entre los Orientales aumentaba y se adquiría cohesión.

Los de Jiguaní hicieron saber á Massó francamente su decisión por la Independencia y así contestaron á Alfredo Betancourt Manduley que, mandado por el Gobierno Español había salido de Santiago á entrevistarse con Rabí con objeto de atraérselo. El comisionado volvió pronto con la seguridad de que la Revolución en aquel territorio era una cosa resuelta.

Mientras tanto la Junta Autonomista, desde la Habana despachaba á Herminio Leyva y Aguilera, á entrevistarse con Bartolomé Massó é intentar la muerte del movimiento.

Llegado Leyva á Manzanillo en los primeros días de Marzo obtuvo la entrevista con Massó en la finca «La Odiosa», estando presentes Celedonio Rodríguez, Dimas Zamora, Francisco Estrada, Esteban Tamayo, Amador Guerra y un grupo como de 200 hombres más; entre los cuales había algunos ya armados con Maussers cogidos al enemigo.

La entrevista fué poco cordial y las ofertas de Herminio Leyva hicieron poco efecto, apesar de

la negra pintura del porvenir que hizo á los sublevados, á los que dijo que eran los únicos en armas en la Isla y que nada esperasen del extranjero. Las ofertas fueron rechazadas por Massó quien al terminar dijo al comisionado que todos estaban resueltos á conquistar la Independencia ó morir.

Todavía en camino á Manzanillo intentó Leyva de nuevo la empresa; remitiendo la siguiente carta:

«Manzanillo 12 de Marzo 1895. Senor D. Bartolomé Massó.—Muy señor mío. Ya sabrá usted el resultado de mi viage á Santiago de Cuba, negativo en absoluto, pués no solo se resistió el señor Comandante General á conceder un minuto siquiera de plazo, sino que dió sus órdenes delante de mipara que se emprendiera la persecución de usted con toda actividad.

En estas circunstancias y antes de retirarme á Manzanillo, quiero hacer el último esfuerzo, para evitar que se derrame inútilmente sangre de hermanos; cuya cantidad sea cual fuere, está en tiempo todavía de evitarla, porque de lo contrario caerá gota á gota, sobre el nombre de usted; manchándolo ante la Historia.

El verdadero patriotismo señor Massó, es como la valentía, grande, sublime, pero por lo mismo de su grandeza, no hay que confundir, entrambas cosas con la temeridad; porque en ese caso se empequeñecen hasta arrastralas por el suelo.

Es usted hombre de talento y de corazón, me consta aunque no he tenido el gusto de tratarlo; á esas dos cualidades de su caracter apelo para que

reflexione y las use en estos momentos críticos en favor siquiera sea de ese número crecido de cubanos inespertos que ha lanzado usted al campo de la insurrección, con idea patriótica eso es indudable para mí, pero bajo un concepto completamente equivocado, cuyas madres maldecirán mañana el nombre de usted cuando se despeje esta situación y se vea claro en el asunto, si usted insiste en llevarlos á un sacrificio inútil; porque la campaña emprendida por usted tras de ser injustificada á todas luces; hoy por hoy tiene que ser estéril y contraproducente por añadidura para la felicidad de nuestro país.

Vea usted sino y se lo repito después de nuestra conferencia en «La Odiosa» cómo no le secundan las otras provincias cubanas; lejos de eso, combatirán á Oriente; vuelvo á decirle, porque el país á comprendido que la felicidad de Cuba, no se ha de conquistar por medio de la guerra, siendo así, que la guerra será nuestro suicidio, y no hay país en el mundo civilizado que se suicide concientemente.

Aparte de esto recapacite usted y vea que España, tiene medios sobrados de acabar con el movimiento armado en poco tiempo: de Puerto Rico vienen tropas, de la Península han salido ya ocho batallones y vendrán todos los que crean necesarios.

La insurrección en cambio no tiene material de guerra, ni lo espere usted del extrangero; yo se lo aseguro.

Por otro lado, la mitad por lo menos de la gente que tiene usted alzada sin armas, volverá á las poblaciones tan pronto como se vea perseguida por las tropas del Gobierno.

Sanguily (don Julio) preso en la Cabaña; Juan

Gualberto Gómez presentado; Yero en Santo Domingo; Guillermón enfermo, echando sangre por la boca y acorralado en los montes de Guatánamo; Urbano Sánchez Hechevarría y dos hermanos suyos en Méjico.

¿Que esperanza le queda á usted rodeado de esa situación?

Ha llegado en mi sentir el momento de probar al mundo entero que es usted un verdadero patriota; deponiendo las armas, cuyo acto lejos de ser denigrante para usted en política elevará su nombre en estos momentos á la altura que yo deseo verlo colocado eternamente.

Al dirigir á usted esta carta cumplo con un deber de patriotismo, quedando mi conciencia tranquila al retirarme á la Habana, después de los esfuerzos que he realizado para contener la guerra; aunqne traspasada mi alma de dolor; pues ademas de ser cubano soy hijo de esta región, apartada hoy del resto del pais, por un acto de rebelión tan injustificado como inútil.

Reciba V. las consideraciones del afecto que le profesa su paisano.

Herminio C. Leyva.

Al dia siguiente de estar Leyva en «la Odiosa» estuvo Juan B. Sporturno con igual propósito que el anterior y fué igualmente rechazado por Massó.

Es indudable que la inquebrantable revolución de Massó y sus compañeros, salvaron entonces la revolución, y al recorrer nuestros campos la noticia de las conferencias adquirieron los parciales nuevos

brios y mayor fé; apesar de la negra pintura de Leyva, que no carecía de verdad en su totalidad, con respecto á las personalidades que cita.

El mes de Marzo de 1895 es característico en la Revolución que nace muerta y casi fracasada y en él se afirma y asegura.

Manzanillo es la región donde toma caracter y fuerza tanto por la residencia allí del Jefe de más prestigio Massó; como porque allí se dan los combates de más resonancia y éxito para las armas cubanas.

El 28 de Febrero, Esteban Tamayo y Tamayo atacaba y tomaba á Veguitas consiguiendo armas y pertrechos.

Amador Guerra al frente de su caballería entra en Campechuela; derrota las guerrillas españolas en la Yuraguana y las amachetea en el Ramón, cogiendo en esos encuentros armas y parque y levantando el espíritu revolucionario con el éxito de sus encuentros y con el arrojo é inteligencia demostrados en sus actos.

Mientras tanto el Gobierno Español movía las fuerzas que tenía disponibles para ahogar el movimiento insurreccional en Oriente; reconcentrando sobre Bayamo sus mejores fuerzas y sus mejores jefes.

El general Garrich y el coronel Zubekioski desde Holguín caían sobre Baire; mientras el coronel

Santoscildes iba de Manzanillo á Bayamo y de este último punto á Jiguaní por Santa Rita.

El General Rabí y Lora se hacen cargo de ellos batiéndolos con notable éxito, á los primeros en Los Negros y el Cacao y á Santoscildes en el Guanábano á media legua de Bayamo y á la vista de la ciudad, cuya guarnición tuvo que salir en auxilio de la columna española.

La caballería cubana que con Amador Guerra había mostrado en los alrededores de Manzanillo su empuje y entereza acabó de comprobarlos en Guanabano donde tanto Rabí como Lora demostraron su valor indomable.

La situación de los revolucionarios en el extranjero era crítica y casi desesperada. Se veían imposibilitados para protejer á los sublevados en Cuba: sin recursos, pues las cajas revolucionarias habían quedado exaustas después del fracaso de Fernandina; sufriendo una vigilancia extremada por parte del Gobierno Americano que dirijía Mr. Cleveland; que no parecía un neutral en la cuestión, sino un aliado vehemente y leal de España, á cuyo servicio había puesto la marina y la policía americana; haciendo de esta manera ineficaz la buena voluntad del pueblo americano en favor de los revolucionarios cubanos.

La generalidad del pueblo cubano, especialmente las clases ricas, se oponía á la revolución, unos en

público, otros en privado y nadie le prestaba auxilio. La clase pobre emigrada era la única esperanza así como algunos bien acomodados que tenían fé en Martí. El mundo entero, sino era hostil por lo menos era indiferente.

Gómez y Martí, desde Monte Cristi, luchaban por buscar los medios de llegar á Cuba de cualquier modo, teniendo que cubrir las apariencias; pues aunque *Lilis*, el presidente de Santo Domingo, aparecía como enemigo declarado de la Revolución Cubana; realmente y por conducto de José Mª Rodriguez la ayudaba con dinero y con los recursos que le fué posible poner á su disposición, dentro de su neutralidad oficial.

Como dinero disponible contaban con poco; relativamente para lo que querían emprender, pues solo tenían la reserva que el General Gómez había conservado, los dos mil pesos girados por Gonzálo de Quesada y dos mil pesos que *Lilis* había entregado á Mayía Rodríguez.

Maceo apremiaba diariamente, porque se le remitieran recursos á Costa Rica; tal vez ignorando la verdadera situación de la Caja Revolucionaria; por lo cual se hizo preciso mandar desde los Estados Unidos á Costa Rica á Frank Agramonte con instrucciones para que de acuerdo con Maceo ó con Flor Crombet en su defecto, salieran para Cuba con los menos recursos posibles: Roloff y Serafín Sán-

chez intentarían salir de Key West con los recursos que pudieran conseguir entre las emigraciones de los Estados Unidos.

La Delegación, acéfala con la falta de Martí, hacía esfuerzos increibles para sostener y levantar el entusiasmo entre aquellas masas de gente patriota, resuelta y desinteresada, que se privaba de todo para auxiliar y dar vida á la Revolución redentora, multiplicando sus esfuerzos con las dificultades sufridas.

El 25 de Marzo de 1895 ya listos para salir Gómez y Martí desde Monte Cristi, lanzaban al público el siguiente Manifiesto que había de ser la carta constitucional primera de Cuba redimida.

EL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO A CUBA

«La revolución de independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, á entrado en Cuba en un nuevo periódo de guerra, en virtud de órden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la Isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo; y los representantes electos de la revolución que se confirma, reconocen y acatan su deber,—sin usurpar el acento y las declaracienes solo propias de la majestad de la repú-

blica constituida, — de repetir ante la patria, que no se ha de ensangrentar sin razón, ni sin justa esperanza de triunfo, los propósitos precisos, hijos del juicio y ajenos á la venganza, con que se ha compuesto, y llegará á su victoria racional, la guerra inextinguible que hoy lleva á los combates, en conmovedora y prudente democracia, los elementos todos de la sociedad de Cuba.

La guerra no es, en el concepto sereno de los que aún hoy la representan, y de la revolución pública y responsable que los eligió, el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, ó la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país harto probado en la guerra anterior para lanzarse á la ligera en un conflicto sólo terminable por la victoria ó el sepulcro, sin causas bastante profundas para sobreponerse á las cobardías humanas y sus varios descisfra, y sin determinación tan respetable por ir firmada por la muerte que debe imponer silencio á aquellos cubanos menos venturosos que no se sienten poseidos de igual fé en las capacidades de su pueblo ni de valor igual con que emanciparlo de su servidumbre.

La guerra no es la tentativa caprichosa de una independencia más temible que útil, que solo tendrían derecho á demorar ó condenar los que mostrasen la virtud y el propósito de conducirla á otra

más viable y segura, y que no debe en verdad apetecer un pueblo que no la pueda sustentar; sino el producto disciplinado de la reunión de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido á encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos de más diverso orígen, convencidos de que en la conquista de la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla.

La guerra no es contra el español, que en el seguro de sus hijos y en el acatamiento á la patria que se ganen podrá gozar respetado, y aún amado, de la libertad que sólo arrollará á los que le salgan, imprevisores, al camino. Ni del desórden, ajeno á la moderación probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de la tiranía. Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaran en nombre de ella ante la patria su limpieza de todo odio, su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos ó equivocados, su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la república, su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es, y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con el

arrepentimiento, é inflexible sólo con el vicio, el crímen y la inhumanidad. En la guerra que se ha reanudado en Cuba no ve la revolución las causas del júbilo que pudiera embargar al heroismo irreflexivo, sino las responsabilidades que deben preocupar á los fundadores de pueblos.

Entre Cuba en la guerra con la plena seguridad, inaceptable sólo á los cubanos sedentarios y parciales, de la competencia de sus hijos para obtener el triunfo por la energía de la revolución pensadora y magnánima, y de la capacidad de los cubanos, cultivada en diez años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo, para salvar la patria desde su raíz de los desacomodos y tanteos necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación, en las repúblicas feudales y teóricas de Hispano-América. Punible ignorancia ó alevosía fuera desconocer las causas á menudo gloriosas y ya generalmente redimidas de los trastornos americanos, venidos del ajustar á moldes extranjeros, de dogma incierto ó mera relación á su lugar de orígen, la realidad ingenua de los paises que conocían solo de las libertades el ansia que las conquista, y la soberanía que se gana con pelear por ellas. La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales: el erróneo apego de las repúblicas á las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudíllos rivales consiguiente al tra-

to receloso é imperfecto de las comarcas apartadas; la candición rudimentaria de la única industria, agrícola ó ganadera; y el abandono y desden de la fecunda raza indígena en las disputas de credo ó localidad que esas causas de los trastornos en los pueblos de América mantenían—no son, de ningún modo, los problemas de la sociedad cubana. Cuba vuelve á la guerra con un pueblo democrático y culto, conocedor celoso de su derecho y del ajeno; ó de cultura mucho mayor, en lo más humilde de él, que las masas llaneras ó indias con que, á la voz de los héroes primados de la emancipación, se mudaron de hatos en naciones las silenciosas colonias de América; y en el crucero del mundo, al servicio de la guerra, y á la fundación de la nacionalidad le vienen á Cuba, del trabajo creador y conservador en los pueblos más hábiles del orbe, y del propio esfuerzo en la persecución y miseria del país, los hijos lucidos, magnates ó siervos, que de la época primera de acomodo, ya vencida, entre los componentes heterogéneos de la nación cubana, salieron á preparar, ó en la misma isla continuaron preparando, con su propio perfeccionamiento, el de la nacionalidad á que concurren hoy con la firmeza de sus personas laboriosas, y el seguro de su educación republicana. El civismo de sus guerreros; el cultivo y benignidad de sus artesanos; el empleo real y moderno de un número vasto de sus inteli-

gencias y riquezas; la peculiar moderación del campesino sazonado en el destierro y en la guerra; el trato íntimo y diario, y rápida é inevitable unificación de las diversas secciones del país; la admiración recíproca de las virtudes iguales entre los cubanos que de las diferencias de la esclavitud pasaron á la hermandad del sacrificio; y la benevolencia y aptitud crecientes del liberto, superiores á los raros ejemplos de su desvío ó encono,—aseguran á Cuba, sin ilísita ilusión, un porvenir en que las condiciones de asiento, y del trabajo inmediato de un pueblo feraz en la república justa, excederán á las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza ó arrogancia que la guerra á veces cría, del rencor ofensivo de una minoría de amos caida de sus privilegios; de la censurable premura conque una minoría aún invisible de libertos descontentos,—pudiera aspirar, con violación funesta del albedrío y naturaleza humanos, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en las virtudes y talentos; y de la súbita desposeción, en gran parte de los pobladores letrados de las ciudades, de la suntuosidad ó abundancia relativa que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer con la libertad.—Un pueblo libre, en el trabajo abierto á todos, enclavado á las bocas del universo rico é industrial, sustituirá sin obtáculo, y

con ventaja, después de una guerra inspirada en la más pura abnegación, y mantenida conforme á ella, al pueblo avergonzado donde el bienestar sólo se obtiene á cambio de la complicidad expresa ó tácita con la tiranía de los extranjeros menesterosos que los desangran y corrompen. No dudan de Cuba, ni sus aptitudes para obtener y gobernar su independencia, los que en el heroismo de la muerte y en el de la fundación callada de la patria, ven resplandecer de contínuo, en grandes y en pequeños, las dotes de concordia y sensatez sólo inadvertibles para los que, fuera del alma real de su país, lo juzgan, en el arrogante concepto de sí propios, sin más poder de rebeldía y creación que el que asoma tímidamente en la servidumbre de sus quehaceres coloniales.

De otro temor quisiera acaso valerse hoy, so pretexto de prudencia, la cobardía: el temor insensato, y jamás en Cuba justificado, á la raza negra. La revolución, con su carga de mártires, y de guerreros subordinados y generosos, desmiente indignada, como desmiente la larga prueba de la emigración y de la tregua en la isla, la tacha de amenaza de la raza negra con que se quisiese inicuamente levantar, por los beneficiarios del régimen de España, el miedo á la revolución. Cubanos hay en Cuba de uno y otro color, olvidados para siempre,—con la guerra emancipadora, y el trabajo donde unidos se

gradúan,—del odio en que los pudo dividir la esclavitud. La novedad y asperezas de las relaciones sociales, consiguientes á la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, el fervor del hombre libre, y el amable carácter de su compatriota negro. Y si á la raza le naciesen demagogos inmundos, ó almas ávidas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, ó en quien se convirtiera en injusticia con los demás la piedad por los suyos,—con su agradecimiento y su cordura, y su amor á la patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba patente de la inteligencia y virtud del cubano negro la opinión que aún reine de su incapacidad para ellas, y con la posesión de todo lo real del derecho humano, y el consuelo y fuerza de la estimación de cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generoso,—la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que alzarse á él una mano blanca. La revolución lo sabe, y lo proclama; la emigración lo proclama también. Allí no tiene el cubano negro escuelas de ira, como no tuvo en la guerra una sola culpa de ensoberbecimiento indebido ó de insubordinación. En sus hombros anduvo segura la república á que no atentó jamás. Sólo los que odian al negro ven en el negro odio; y los que con semejante miedo injusto

traficasen, para sujetar, con inapetecible oficio, las manos que pudieran ergirse á expulsar de la tierra cubana al ocupante corruptor.

En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la desonrosa ira de la primer guerra, espera hallar la revolución, que ni lisonjea ni teme, tan afectuosa neutralidad ó tan veraz ayuda, que por ellas vendrá á ser la guerra más breve, sus desastres menores, y más fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres é hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responde el acero, y la amistad á la amistad. En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español á quien la crueldad del ejército forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir á asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, decidia y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra. ¿Qué enemigos españoles tendrá verdaderamente la revolución? ¿Será el ejército, republicano en mucha parte, que ha aprendido á respetar nuestro valor, como

nosotros respetamos el suyo, y más siente impulsos á veces de unírsenos que de combatirnos? ¿Serán los quintos, educados ya en las ideas de humanidad, contrarias á derramar sangre de sus semejantes en provecho de un cetro inútil ó una patria codiciosa, los quintos segados en la flor de su juventud para venir á defender, contra un pueblo que los acogería alegre como ciudadanos libres, un trono mal sujeto, por la nación vendida por sus guías, con la complicidad de sus privilegios y sus logros? ¿Será la masa, hoy humana y culta, de artesanos y dependientes, á quienes so pretesto de patria, arrastró ayer á la ferocidad y al crímen el interés de los españoles acaudalados que hoy, con lo más de sus fortunas salvas en España, muestran menos celo que aquel conque ensangrentaron la tierra de su riqueza cuando los sorprendió en ella la guerra con toda su fortuna? ¿O serán los fundadores de familias y de industrias cubanas, fatigados ya del fraude de España y de su gobierno, y como el cubano vejados y oprimidos, los que, ingratos é imprudentes, sin miramiento por la paz de sus casas y la conservación de una riqueza que el régimen de España amenaza más que la revolución, se revuelvan contra la tierra que de tristes rústicos los ha hecho esposos felices, y dueños de una prole capaz de morir sin odio por asegurar al padre sangriento un suelo libre al fin de la discordia permanente entre el criollo y el penin-

sular; donde la honrada fortuna pueda mantenerse sin cohecho y desarrollarse sin zozobra, y el hijo no vea entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra aborrecida del opresor? ¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua confesa ó disimulada, que amenaza y perturba las relaciones siempre inquietas del país, ó la paz definitiva, que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia? ¿Enconarán y ensangrentarán los españoles arraigados en Cuba la guerra en que pueden quedar vencidos? ¿Ni con qué derecho nos odiarán los españoles, si los cubanos no los odiamos? La revolución emplea sin miedo este lenguaje, por que el decreto de emancipar de una vez á Cuba de la ineptitud y corrupción irremediables del gobierno de España, y abrirla franca para todos los hombres al mundo nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar como á cubanos, sin tibio corazón ni amargas memorias, á los españoles que por su pasión de libertad ayuden á conquistarla en Cuba, y á los que con su respeto á la guerra de hoy rescaten la sangre que en la de ayer manó á sus golpes del pecho de sus hijos.

En las formas que se dé la revolución, conocedora de su desinterés, no hallará sin duda pretexto de reproche la vigilante cobardía, que en los errores formales del país naciente, ó en su poca suma visible de república, pudiese procurar razón con

que negarle la sangre que le adeuda. No tendrá el patriotísmo puro causa de temor por la dignidad y suerte futura de la patria. La dificultad de las guerras de independencia en América, y la de sus primeras nacionalidades, ha estado, más que en la discordia de sus héroes y en la emulación y recelo inherentes al hombre, en la falta oportuna de forma que á la vez contenga el espíritu de redención que, con apoyo de ímpetus menores, promueve y nutre la guerra, y las prácticas necesarias á la guerra, y que esta debe desembarazar y sostener. En la guerra inicial se ha de hallar el país maneras tales de gobierno que á un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos, —y permitan—en vez de entrabar— el desarrollo pleno y término rápido de la guerra fatalmente necesaria á la felicidad pública. Desde sus raices se ha de construir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no la conduzca á las parcialidades ó á la tiranía. Sin atentar, con desordenado concepto de su deber, al uso de las facultades íntegras de constitución, con que se ordenen y acomoden, en su responsabilidad peculiar ante el mundo contemporáneo, liberal é impaciente, los elementos expertos y novicios, por igual movidos de ímpetu ejecutivo y pureza ideal, que con

nobleza idéntica, y el título inexpunable de su sangre, se lanzan, tras el alma y guía de los primeros héroes, á abrir á la humanidad una república trabajadora; sólo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fé en que la revolución ha de hallar formas que le aseguren, en la unidad y vigor indispensable á una guerra culta, el entusiasmo de los cubanos, la confianza de los españoles, y la amistad del mundo. Conocer y fijar la realidad; componer en molde natural la realidad de las ideas que producen ó apagan los hechos, y la de los hechos que nacen de las ideas: ordenar la revolución del decoro; el sacrificio y la cultura de modo que no quede el decoro de un sólo hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil á un sólo cubano, ni la revolución inferior á la cultura del país, no á la extranjeriza y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de sus resultados y el contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores, sino al profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sosten de su dignidad: ésos son los deberes, y los intentos, de la revolución, Ella se regirá de modo que la guerra, pujante y capaz, dé pronto casa firme á la nueva república.

La guerra sana y vigorosa desde el nacer con que hoy reanuda Cuba, con todas las ventajas de su experiencia, y la victoria asegurada á las determina-

ciones finales, el esfuerzo excelso jamás recordado sin unción, de sus inmarcesibles héroes, no es sólo hoy el piadoso anhelo de dar vida plena al pueblo que, bajo la inmoralidad y ocupación creciente de un amo inepto, desmigaja ó pierde su fuerza superior en la patria sofocada ó en los destierros esparcidos. Ni es la guerra insuficiente prurito de conquistar á Cuba con el sacrificio tentador, la independencia política, que sin derecho pediría á los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más á la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres, y la paz del trabajo. La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroismo juicioso de las Antillas presta á la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos ó indiferentes á quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un Archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que á su paso han de caer sobre el crucero del mundo. Apenas podría creerse que con semejantes mártires, y tal

porvenir, hubiera cubanos que atasen á Cuba á la monarquía podrida y aldeana de España, y á su miseria inerte y viciosa.

A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y á las naciones, las causas locales, y de idea é interés universal, conque para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por el rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. Hoy, al proclamar desde el umbral de la tierra veneranda el espíritu y doctrina que produjeron y alientan la guerra entera y humanitaria en que se une aún más el pueblo de Cnba, invencible é indivisible, séanos lícito invocar, como guía y ayuda de nuestro pueblo, á los magnánimos fundadores, cuya labor renueva el país agradecido, y al honor, que ha de impedir á los cubanos herir, de palabra ó de obra á los que mueren por ellos. Y al declarar así en nombre de la patria, y de deponer ante ella y ante su libre facultad de constitución, la obra idéntica de dos generaciones, suscriben juntos la declaración, por la responsabilidad común de su representación, y en muestra de la unidad y solidez de la revolución cubana, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, creado para ordenar y auxiliar la guerra actual, y el

General en jefe electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador.

Montecristi, 25 de Marzo de 1895.

JOSÉ MARTI. M. GÓMEZ.

Una vez llegado Frank Agramonte á Costa Rica y recibidas por Flor Crómbet las instrucciones de Martí, organiza la expedición que pone á las órdenes de Antonio Maceo; salen de Puerto Limón á bordo de un vapor americano; desembarcan en las Bahamas, en la Isla Fortuna; se reembarcan en la goleta inglesa *Honor* y el 29 de Marzo desembarcaban en la playa de Duaba á la vista de Baracoa.

Traía consigo Maceo un corto número de expedicionarios: veinte ó veinti uno; pero casi todos veteranos, jefes escogidos de la pasada guerra y algunos extrangeros; quizás el único recluta era el jóven Frank Agramont que se le había incorporado en Costa Rica como emisario mandado por la Delegación para arreglar la salida.

Apenas habían desembarcado Maceo y sus compañeros y ya tenían qué combatir con el enemigo á cuya vista habían tomado tierra. Lo espera después de hacer el primer almuerzo en tierra cubana y entablado el combate, Baracoa atónica veía volver en completa derrota á los que habían salido en persecución de los cubanos.

Los expedicionarios emprenden la marcha al interior sin prácticos; sin recursos y presintiendo la persecución incesante de que iban á ser objeto. La marcha que tenían que emprender era terrible, tanto por la escaséz de recursos como por lo accidentado del terreno, que presenta obstáculos insuperables á los que no están acostumbrados á caminar por aquellas montañas.

La noticia del desembarco de Maceo fué para los enemigos de Cuba un golpe terrible, y fuerzas del Regimiento de Simancas y las guerrillas de Yateras mandadas por el feroz Garrido, emprendieron una persecución activa y tenaz. Al cansancio y al hambre vino á unirse el combate casi continuo y el tener que burlar aquella persecución constante hecha en su mayor parte por fuerzas compuestas de soldados criollos.

Poco á poco van cayendo los expedicionarios, unos prisioneros como Patricio Corona y Frank Agramonte, y otros, que fueron trasladados á las fortalezas de Guantánamo y Cuba; otros caían como héroes combatiendo por su país en aquella lucha titánica por lo desigual. El número de expedicionarios mermaba notablemente; pero el resto seguía su rumbo á Guantánamo sin encontrar otra cosa que enemigos en aquella tierra inhospitalaria.

Casi fraccionados encuentran al enemigo en Palmito y el combate empieza fuerte y rudo. Flor Crom-

bet y José Maceo estaban juntos y peleaban con su valor acostumbrado tratando de abrirse paso por entre el enemigo que los acosaba.

Por fin cae Flor Crombet y José Maceo se retira solo; Antonio Maceo, acompañado del Coronel Peña (Colombiano) y de Arseno (Dominicano) sigue la montaña en otra dirección. Los restantes expedicionarios se dispersan. Cebreco se vé sólo también en la montaña durante muchos días.

La muerte de Flor Crombet fué una gran pérdida para la Revolución; era una esperanza; valor, honradez, patriotismo é inteligencia, todo lo reunía; como soldado una hoja de servicios brillante y limpia; sus hechos de armas demostraron siempre su intrepidez y previsión; su actividad extraordinaria lo había hecho notable entre sus compañeros desde que, siendo capitán, mandaba las fuerzas de la loma del Gato: estaba llamado á ser uno de los primeros Jefes, y su desinterés le hubiera hecho muy útil á Cuba. En su tumba ignorada, si hay justicia, tendrá el reposo de los buenos. Plegue al cielo que sus paisanos premien en sus hijos la abnegación y patriotismo del padre mártir!

Los cubanos habían tenido por conducto español la noticia del desembarco de Antonio Maceo y sus compañeros de expedición. Las fuerzas de Guantánamo á las órdenes de Pedro Pérez se adelantaron á

protejerlos y poco á poco fueron á incorporarse á ellas los expedicionarios.

Antonio Maceo y sus compañeros fueron á salir á Jaraqueca donde encontraron al Prefecto Rafael Peaket que trasmitió la noticia.

José Maceo después de vagar sólo por la montaña, rendido, desmayado, destrozados los piés, fué encontrado al fin por Pedro Pérez en Vuelta Costa.

A la muerte de José Maceo, el General Gómez, refiriéndose á su encuentro y á aquella terrible odicea dice lo que sigue:

"El General Antonio Maceo al frente de reducidísimo número de compañeros, entre ellos José, desembarca en pleno día junto á la plaza enemiga de Baracoa. Se arman al saltar á tierra, y manteniéndose siempre á la vista de la ciudad, marchan á ocupar una casa situada en una pequeña eminencia del terreno, posición que juzgó ventajosa para repeler el ataque de que indudablemente serían objeto por parte de la guarnición española. Allí acudieron algunos jefes subalternos que aún permanecían indecisos á quienes dió sus órdenes y por los que fué informado que en Baracoa hacía su apresto de salida una columna española; confirmados en sus sospechas aguardaron resueltos: vieron salir de sus trincheras un enemigo diez veces más numeroso y esperaron. Al pisar la fuerza española el pié de la

pequeña loma la mínima línea de combate de aquellos once hombres, la saludó con una descarga, y no apagaron sus fuegos hasta que el enemigo no se retiró á sus trincheras, abandonando todo intento de avance; celebraron, pues, su entrada con un combate, rechazando al enemigo á las pocas horas de poner pié en tierra firme.

Después se internaron sirviéndoles de práctico un hombre que, disgustado ó perverso, al tercer día los abandona dejándolos perdidos en lo más intrincado y desierto de las célebres, altas y vastísimas montañas de Baracoa.

"Desde aquel instante principió para aquellos veteranos, que á poco se vieron perseguidos por el enemigo, la campaña más desesperada y ruda. Solamente el renombre de los Maceo, los Crombet y los Cebreco, á mi juicio, contribuyó sin duda, á que los españoles anduviesen con piés de plomo y aquel grupo de valientes no fuese hecho prisionero y conducido derecho al cadalso. Durante aquella marcha á rumbo, el general José ayudaba el primero á dirigirla, y así se continuó desorientando muchas veces á sus perseguidores que perdian á cada momento la pista, mientras ellos adelantaban terreno, hasta que después de varios días de marcha tan incierta como fatigosa, llegaron á una casa donde trataron de descansar. En mal hora lo hicieron y ojalá no lo hubieran pensado nunca! Allí fueron sorprendidos

por los españoles y aquellos hombres extenuados, con una carga enorme sobre sus espaldas y los piés ensangrentados, se baten como leones y se defienden cuerpo á cuerpo. Allí es muerto el nunca bien llorado Flor Crombet y algunos caen prisioneros—el General Antonio Maceo se escapa con un grupo que se dirige siempre á la jurisdicción de Cuba y José quedó solo, peregrino errante, en las desiertas sierras de Baracoa.—Oir de sus propios labios como nos la contó á mí y á Martí, la historia tristísima de sus trece dias de soledad y desamparo; oir aquella narración del episodio más interesante de su vida tan accidentada y dicho todo con la sencilléz de un hombre que no podía rebuscar frases ni galanuras, era sentirse conmovido profundamente, como si se estuviese participando ó palpando aquella dolorosa realidad que sin embargo había pasado ya.

"Para mayor desgracia y como para poner á pruebas más duras su valor y sus fuerzas, el Destino dirige su rumbo por una zona sin agua y desprovista de frutas silvestres, y en tal situación, el desamparado ha tenido que botar toda su carga que consistía en 400 cápsulas, ropas y otras prendas de campaña, reservándose únicamente 100 cápsulas y el rifle, con el firme propósito de morir peleando. Todo lo demás ya era una carga insoportable para aquel hombre de hierro. José sigue caminando ó mejor dicho arrastrándose con rumbo incierto; y ya pos-

trado, en un estado de estenuación tal, que empieza á sentir vértigos y alucinaciones de que él mismo no podía darse cuenta. Un dia—José era un gran tirador—siente revolotear una paloma por encima de su cabeza y la vé á buen tiro; pero al preparar el rifle para dispararle le ocurre que un tiro en aquellas alturas podía perderle, pues denunciaba su presencia en las serranías plagadas de guerrillas enemigas. Sin embargo, se dijo: «morir de hambre es morir; y haciendo esfuerzos por vivir algunas horas más, quien sabe lo que suceda.» Y alentado por esa racional resolución, hizo el disparo y la paloma vino al suelo á sus piés; comió de ella un poco—por supuesto cruda—y continuó su rumbo un tanto más repuesto: asi anduvo alimentado por la esperanza y una que otra fruta silvestre que escasamente encontraba á su paso.

No tuvo tanta dicha que cayera en un camino cualquiera ó serventía que lo condujera á cualquier lado; toda la zona que fatalmente atravesaba era montaña virgen á donde se pueden desafiar las furias de Ejércitos aliados que siempre se podrán combatir. Yo después, que también atravesé con Martí y compañeros por una parte de esas montañas, les he puesto el nombre de «La Vendée Cubana».

El General José Maceo, ya en la víspera de su resurrección—que así me permito yo llamar su

aparición entre sus compañeros—salió á un camino ancho y trillado; como era natural, se detiene á examinar aquella rastrería y pronto, por las huellas de caballos herrados, conoce que por allí solo transitan fuerzas españolas. Resuelto emprende su marcha rifle al hombro, paso lento, pues apenas podía más, pero con ojo avizor á todas partes, dispuesto á no hablar sino á morir callado, pero en la lucha como un león enfermo. Aquel camino, conato de carretera, pues España en cuatro siglos no ha podido atender más que un pedacito de Occidente, lo tomó el General Maceo casualmente hacia el Norte y es el camino que conduce de Guantánamo á Sagua. Había caminado más de 40 leguas; si te fijas en el mapa las puedes apreciar si le concedes además las vueltas y revueltas que como extraviado debió jirar. Parece mentira que un hombre que no fuera de la madera y el temple de José Maceo, pudiera resistir y escapar de situación tan desesperada y difícil.

Le hemos dejado en mitad del camino y me vas á acompañar á seguirlo conforme á la relación que me hizo él mismo, y que escuché y anoté en mi diario con sumo interés. Después que anduvo como á distancia de media legua con el dedo en el gatillo de su rifle, hizo alto y quiso reconocer sus contornos, diciéndose para sí: «por aquí he pasado yo una vez,»pero nada más y luego continuó en la misma incertidumbre, encontrando á su derecha una

vereda poco trillada y la tomó. Dos ó tres kilómetros andados; descubrió una casa de aspecto pobre situada en el fondo de una estancia, y oyó el ladrido de un perro y el canto de un gallo, y á poco la voz de una mujer y de un niño, y sintió eso que deben sentir al aproximarse á los séres humanos, los perdidos, los escapados de los naufragios, los resucitados; eso que nadie ni ellos mismos que lo han sentido pueden explicar. Padecemos unas veces y otras disfrutamos de emociones tan profundas y serias, que para la honra humana, pienso yo, no le ha concedido Dios á los hombres sino facultades muy limitadas para expresarlas; y como todo lo que se diga en ese sentido siempre será pálido y deficiente, prescindo de intentar siquiera explicarte cual sería la situación de ánimo del General Maceo, en los instantes que se apercibió de que en aquella casa había gente, cubana sin duda, pero sin saber á qué punto fijo pudieran ser leales, adictos ó desafectos á nuestra causa. El encuentro era por demás dudoso y comprometido á la vez, pero él tenía que resolverlo y lo resolvió.

Resguardándose por entre la frondosa espesura de un platanal que terminaba muy cerca de aquella vivienda, logró acercarse lo bastante sin ser sentido hasta llegar á algunos pasos próximo á ella y allí aguardó un instante, al cabo del cual una mujer hizo salida de la casa por la parte en que él se encon-

traba en acecho, quiso llamarla y apenas pudo articular palabra; pero que causó ruído suficiente para llamar la atención de la señora que con marcado recelo y á instancias de él se le acercó.

Su diálogo de preguntas y respuestas fué breve, pues él, ya resuelto, le comunicó todo en dos palabras, menos su nombre que tuvo la precaución de ocultarle. La campesina entre asustada y esquiva le condujo á la casita y le ayudó á sentarse en un viejo sillón que allí había, diciéndole: «Estese usted ahí mientras llega mi marido que no dilata, y mientras le preparo algún alimento.» Apenas habían transcurrido algunos minutos y se había descalzado el General los botines pues tenía destrozados los piés se presentó un hombre que era el dueño de la casa y enterado por su mujer de lo que ocurría, se dirigió sobrecogido entonces al aparecido y con espíritu espantado le notició cómo andaban las guerrillas por todas partes en persecución de los Maceo ya dispersos, y como prueba de ello la notoria muerte de Flor Crombet, la captura de Corona y compañeros, y hasta la de Cebreco, y concluyó diciéndole que allí no podía permanecer, pues la aparición repentina de una guerrilla lo comprometía; que las esperanzas eran bien tristes, ó mejor dicho, perdidas, pues Pedro Pérez apenas contaba ya con treinta hombres porque todos se habían presentado, y los españoles lo perseguían tenazmente; y dicien-

do así, lo invitó á que lo siguiera para ocultarlo en el platanal como á un leproso á quien debía huírsele.

El General quiso ponerse de pié y le dió trabajo hacerlo, tan entumecido se encontraba, mucho menos pudo calzarse los botines, después que sus piés fríos y lastimados se habían adolorido más. El hombre de la casa entónces le facilitó unos chanclos viejos con los que pudo arrastrarse detrás de su guía que lo condujo á lo más espeso del platanal y allí lo dejó medio aturdido. Los botines abandonados del General que quedaron en un rincón de la casita, contribuyeron no en poco, como tú verás más adelante, para que no se prologaran más sus sufrimientos y desamparo; sin embargo cuando hubo quedado sólo varió de lugar y se puso en guardia, y lo que era natural, la desconfianza y la duda principiaron á atormentarle tenazmente porque no podía penetrar los designios de aquel hombre y su mujer á quienes no conocía y se había confiado.

Por otra parte todas las noticias que había oído de boca del campesino y que desde el día de la separación violenta de sus compañeros no había. podido saber con certeza de ellos, debieron causar honda impresión en su ánimo durante aquella noche triste y pavorosa. Pudo muy bien creer que todo estaba perdido: los principales hombres habían

desaparecido, y desamparado el pueblo, falto y huérfano de sus viejos directores, no seguiría mucho tiempo en la lucha desigual y desesperada, sometiéndose nuevamente á la servidumbre. La Revolución estaría perdida. Mientras tanto y en el interior de la casita pasaba otra escena de confusión y espanto porque marido y mujer no acertaban la manera de salir del paso con la presencia en su casa de un expedicionario que le comprometía de modo serio, y la infeliz consorte se enredaba en las faenas de la cocina que al fin terminó invirtiendo un tiempo más largo que el necesario. El marido salió enseguida á llevarle un poco de alimento al General el que apenas probó las primeras cucharadas de caldo, sintió un desmayo. Después un tanto repuesto conversó un poco con su huésped y quedó concertado y resuelto que á la mañana siguiente le conduciría hasta ponerlo en una vereda que le debía poner muy cerca de una zona en donde seguramente debía encontrar gente de Pedro Pérez.

La noche tendió su negro manto sobre la tierra y más que negro, fúnebre, sobre aquel platanal que envolvía con su obscuridad profunda á aquel guerrero intrépido y disperso, preso de las más fundadas incertidumbres. No olvido sus palabras textuales al referirme esta parte de su episidio.

—«General, me decía, me sucedió una cosa extraña

esa noche, y fué que las anteriores que pasé en las montañas deciertas del *Toa*, mi sueño era más tranquilo y por lo mismo reparador, mientras que en esta última noche de mi peregrinación apenas pude conciliar el sueño. El reflejo de la luz que despide en su vuelo incierto el cocuyo, el ruido que al posarse en las hojas del plátano producen las aves nocturnas, el canto del gallo, el ladrido del perro en la casa vecina, todo me imponía recelos en aquella noche sospechosa y en que sólo contaba por compañero un rifle para defenderme, teniendo á la espalda un monte y de frente una casa habitada por personas que yo no tenía ninguna seguridad de su lealtad y mi suerte estaba absolutamente confiada á su voluntad ó á su capricho. Nunca jamás en mi vida me pareció noche tan larga.» Por fin amaneció y el día con sus claridades debió desvanecer un poco las nebulosidades en que estaba sumergido su espíritu; en este estado, el hombre se le presentó con un poco de café que tomó con insaciable deseo y á poco emprendieron la marcha por una vereda estrecha y continuada por desechos y revueltas del monte firme que debía conducirlo á la zona ya indicada. Media legua caminada y á esa distancia le deja el práctico y apenas el General camina algunos kilómetros se siente fatigado y tanto por esto como por precaución para esperar si alguien viene detrás ó delante; se interna un poco al monte dando vista á

la vereda y espera. Luego sintió sueño y durmió un rato, según él, de segnro debió ser mucho más de lo que pensó puesto que hubo tiempo suficiente para el encuentro casual é inesperado á la vez, que sucedió.

Mientras el dueño de la casa conducía al General hasta el punto donde lo dejó, dos hombres montados y bien armados llegaron á ésta y con notable insistencia preguntaban é indagaban por el dueño de la casa y por álguien desconocido que hubiese andado por allí. La pobre mujer temblando con la presencia de aquellos dos guerrilleros, no sabía que contestar, y á lo poco que respondía era de un modo confuso y vago. «Este palo tiene jutía» dijo uno de ellos y la infeliz mujer tembló, pero tembló más aún cuando vió que uno de aquellos hombres fijándosé en los botines del General que todavía permanecían en un rincón, se apoderó de ellos y preguntándola por su dueño, la infeliz no sabía que debía contestar; pero la presencia instantánea de su marido la sacó del apuro y respirando, como el que se viera libre de una mano de hierro que lo estrangula, le dijo á su marido: «entiéndete tú con esos hombres.» Del diálogo que hubo entre los tres á seguidas resultó que el pobre campesino se vió obligado á confesarlo todo y marchar al trote largo á enseñar ó alcanzar y hacerle entrega del General José Maceo, ignorando lo que era. Los de á caballo de-

trás y el de á pié delante en un instante á paso vivo recorrieron la distancia hasta donde quedó el General, á la sazón que éste salia del monte para tomar la vereda y continuar; pero sintió ruído y se preparó. No le quedó tiempo ni espacio para ocultarse, también hubiera sido inútil, pues ya los tenía encima y se dispuso á correr todo peligro y terminar, (sus palabras textuales contándome ese lance) «Ya estaba cansado de una vida tan triste». ¡Alto! ¿Quién vá?, dijo; y le contestaron: «*Cuba*»; ¿qué gente?, repuso; *de Periquito Pérez*; adelante uno, y avanzó uno que á poco cayó en sus brazos, después el otro. Y esta escena heroica y tierna á la vez yo no intento describírtela, pues solo él mismo como nos la relató á mí y á Martí pudiera haberlo hecho. Yo le dije á Martí: Usted que escribe de manera que encanta, va á tener que narrar la vida errante del General José por las montañas, con los piés ensangrentados, estenuado por el hambre, desamparado y solo, con un solo pensamiento en el alma, la *redención de la Patria*. Martí me ha contestado: «Es tan alto y sublime cuanto á este hombre, escogido por el Dios de la guerra, le ha pasado que no importa la manera de ser dicho, pues que siempre aparecerá interesante y conmovedor.»

Sigue conmigo un poco más al General; para que sepas que cuando ya hubieron pasado los primeros transportes de alegría de aquel feliz encuentro, pu-

dieron notar con extrañeza que el guía estaba notablemente conmovido y derramando lágrimas. Confesó entónces que hasta aquel mismo instante había creido que aquellos dos soldados leales no eran otra cosa que dos guerrilleros disfrazados que le obligaban á cometer la villanía de entregar á un insurrecto y ese insurrecto era nada menos que el General José Maceo á quién él había admirado tanto y deseaba conocer.

El General entonces lo tranquilizó y consoló poniendo en sus manos algunas monedas de oro americano que aún le quedaban en su bolsillo.

Desde aquel instante el General José Maceo se sintió hombre nuevo é irguiéndose encima de uno de los caballos que montaban los ginetes les dijo: «adelante, muchachos, y vamos á reunirnos con nuestra gente».

Efectivamente con tan buenos guías y columna tan exígua y de pié tan firme, antes que la noche de ese dia le envolviera en nuevas tinieblas, el guerrero intrépido había verificado su entrada á un campamento cubano de pocos hombres, pero de corazón bien puesto y probada resolución. Había caminado veinte leguas. Con la aparición, ó mejor dicho, la resurrección del General José Maceo en la comarca de Guantánamo y coincidiendo el acto de presencia del General Antonio Maceo en la de Cuba, el entusiasmo fué tal y de tal manera sentido

en todo Oriente que un sacudimiento revolucionario se efectuó de manera tan sorprendente que el Gobierno español en Cuba, representado por el General Martínez Campos, quedó aturdido y confuso, estendiéndose hasta el de la Península tan acentuada situación en que se colocaba el partido separatista en armas. En tan solemne momento y en noche obscura, empujado por las olas y en las playas desiertas de Baitiquirí, yo y el nunca bien sentido Martí y demás compañeros, pisamos la tierra cubana.

Como se deja consignado, al día siguiente de la entrada del General José Maceo al campamento cubano se difundió la noticia de tan fausto acontecimiento y la reacción producida hizo temblar á los españoles que en vano hicieron esfuerzos para contrarrestarlos.

La Revolución se levantó entusiasta y poderosa reaccionando los espíritus muertos ó sin fé y afianzó sus raices con la firme conviccion en la mente popular, de que España ha perdido ya su poder en Cuba.

No he querido yo contarte las peripecias y las desdichas que junto con mis compañeros también sufrimos desde aquella noche amarga y dolorosa que el destino me arrancó de tus brazos y me lanzó á la mar en débil barco, hasta pisar esta tierra que he venido á ayudar á redimir. Todo eso lo sabrás

algún dia y solo puedo añadir para terminar esta carta que te envío con mi cariño, que después de varios días de marchas terribles por las mismas montañas de Baracoa, nos reunimos con el General José Maceo que ya al frente de 500 hombres marchaba en auxilio de nosotros, previo aviso. En un lugar poblado que se llama *Arroyo Hondo* y á corta distancia oimos un fuego bastante nutrido, y cuando ya próximos al lugar supimos que fuerzas al mando de Pedro Pérez se batían, tuve la agradable sorpresa de encontrarme al General José Maceo triunfador glorioso, pues acababa de derrotar á los españoles que á marcha forzada se refugiaban en la ciudad de Guantánamo.»

El día 20 de Abril ya estaba Antonio Maceo en jurisdición de Cuba.

La noticia cundió con extraordinaria rapidez; la Revolución cobró vida; las poblaciones de Oriente enviaban sus contingentes y Antonio Maceo se vió pronto rodeado de los mejores jóvenes de Santiago; de todas las clases sociales. Encontraba es verdad el caos en aquellas fuerzas cuya organización inició desde su llegada, con su acostumbrado acierto y actividad. El pueblo en armas lo reconoció como Jefe; pero ya él con anterioridad había asumido tal cargo dando órdenes precisas para que se castigara con la muerte al que iniciara trato alguno con el el enemigo.

Después de hecho público por Gómez y Martí el Manifiesto de Monte Cristi; trataron de activar sus preparativos y preparar su embarque.

Para conseguir un corto número de armas fué preciso que Martí hiciera por tierra un viaje á Cabo Haitiano donde pudo conseguir algunas.

La primera goleta que habían comprado no era posible utilizarla, bien por torpeza ó mala fé del vendedor ó del Capitán que debía llevarlos á Cuba; fué preciso disminuir el número de expedicionarios hasta su más mínima expresión: además les era difícil ocultar sus movimientos en aquel círculo tan reducido.

Intentaron salir directamente de Monte Cristi pero les fué imposible efectuarlo y tuvieron que desistir del propósito, decidiendo hacerló desde Cabo Haitiano, donde desembarcaron ocultamente el día 6 de Abril en distintos grupos, el General Maximo Gómez y su ordenanza Marcos (Dominicano) Martí, Angel Guerra, el General Francisco Borrero y César Salas, que permanecieron allí escondidos hasta el día once en que se embarcaron para Inagua; su permanencia en este lugar tuvo que ser corta pues fueron pronto denunciados á las autoridades inglesas, y por fin, el 15 de Abril un débil bote traía á playas cubanas, al alma de la Revolución naciente, José Martí, y al Jefe que había unido á to-

dos para la obra común, al General Máximo Gómez.

En Sabana la Mar, en Baracoa, tocó tierra el esquife y aquellos seis hombres con sus armas y el poco parque que traían, cargados con las escasas provisiones que podían llevar, principiaron el viaje por aquellos bosques inmensos sin prácticos y alentados sólo por su fé y su deseo de servir á Cuba. Las dificultades eran inmensas; las probabilidades de vencerlas eran pocas; con ellos iba la esperanza de la Patria; el éxito de la Revolución; y la estrella de ésta los protejió.

El camino era penoso; ninguno de los viajeros estaba en condiciones de emprender tan dura jornada. Aquellas pendientes rápidas y escarpadas, marchando con aquel peso encima, hubiera sido insoportables para otros hombres que no estuvieran tan poseídos de entusiasmo.

En medio de aquella situación horrible les sorprende el «*quien vá*»; la voz amiga de los cubanos que llegaban; el Sargento Juan Chiquito, de las fuerzas de Baracoa era el que daba el alto y tenía la suerte de encontrar á los que á la cabeza de su pueblo armado iban á luchar por conseguir para Cuba honra y Libertad.

El entusiasmo de unos y otros fué indescriptible, todos veían brillar el día de la victoria, para los recién desembarcados el encuentro era la realización

de su empeño; desde entónces pudieron seguir la marcha rumbo á Cuba custodiados por las fuerzas de Baracoa.

Con noticias los cubanos del desembarco del General Gómez en la Costa Sur, salen José Maceo y Pedro Pérez á su encuentro. En marcha hácia Arroyo Hondo encuentran una columna española y traban reñido combate, defendiendo el paso del puente y obligando á retroceder á los españoles, que se retiraron hácia Guantánamo perseguidos por los cubanos, Arcilio Duverger expedicionario de Maceo muere en el combate, los cubanos acampan sobre el camino conquistado, rendidos por la fatiga. A las cuatro de la tarde se oye el alto del centinela del Camino de la Costa; la fuerza se prepara al combate, de pronto circula la buena nueva. Al alto ha contestado el General Gómez; la sorpresa y el entusiasmo no tuvieron límites; poco después aparecían los viajeros todos á pié, Gómez y Martí con sus Winchesters al hombro. José Maceo que estaba á caballo se desmonta, casi no podía andar, abraza á Gómez y con delirante entusiasmo carga en sus brazos á Martí entre vítores y alegría general.

La revolución estaba salvada.

Gómez presenta á Martí como Mayor General; durante la noche emprenden marcha y cruzan por entre Guantánamo y la Caimanera, y el 3 de Mayo

se reunían en Jaraqueca con Antonio Maceo, que estaba allí acampado.

Antonio Maceo contaba ya con gran número de hombres armados y desarmados formando un ejército numeroso, aunque poco efectivo; mandado por Joaquín Planas y Alfonso Goulet.

El aspecto del campamento era original; hay pocos sitios en Cuba más pintorescos que el vallecito de Jaraqueca que parece un hoyo profundo, rodeado de altas y verdes lomas, cubiertas de frondosos bosques; un rio transparente y pedregoso serpea por medio del valle, lleno en aquellos momentos de gentes que se mueven y bullen en centenares de pequeños ranchos de guano, agrupados, formando lo mas característico y típico de los campamentos cubanos.

El entusiasmo producido por la llegada de los expedicionarios rebosaba en todos los semblantes. Se veía ya el triunfo seguro.

Acampados allí, se hizo la primera justicia revolucionaria. El soldado Masabó de las fuerzas de Cuba, acusado del delito de violación fué juzgado en Consejo de Guerra por órden del General Gómez y sentenciado á muerte por el Consejo. Fué fusilado el mismo día.

El General Gómez había sido reconocido tácitamente por todos como Jefe supremo del Ejército.

Martí, tomando por tribuna el secadero que do-

mina al valle y teniendo á sus piés y á su alrededor el pueblo en armas con que tantos años había soñado, pronunció un discurso entre las aclamaciones, los vítores y el entusiasmo loco de aquel ejército abigarrado, harapiento y casi desarmado; pero sediento de libertad, fanático por su independencia, que creía realizada al verse reunido con sus hombres; con sus Jefes.

El día 5 de Mayo reunidos ya todos emprenden marcha á Mejorana; donde acampan y hacen noche.

Pocas veces en la historia de Cuba se habrán combinado planes y sucesos de tanta trascendencia. Casi puede decirse que la suerte de la Revolución se fijó en ella, desarrollando su marcha futura y fijando su porvenir.

La entrevista debía ser difícil; habiendo llegado Maceo el primero, tal vez pasó por su mente la idea que Gómez y Martí no pudieran desembarcar, viéndose él indudablemente hecho jefe supremo de la Revolución. Su enemistad con Martí era antígua, y habíase avivado recientemente por lo sucedido en Costa Rica, y si Maceo admitía sin esfuerzo á Gómez como jefe superior, no sucedía lo mismo con respecto á Martí. Además, para con Maceo, Gómez era complaciente; Martí por el contrario, era celoso de su autoridad. En estas condiciones el choque era fácil y casi inevitable.

Sin embargo, el patriotismo é inteligencia de los

tres, sorteó las dificultades en cuanto fué posible . . .

Maceo con leal franqueza significó á Martí que su puesto no era aquel; que hacia falta en el extranjero y que debía embarcarse cuanto antes por las minas de Juraguá, donde el Dr. Joaquín Castillo le proporcionaría el medio de salir.

Martí se negó á seguir semejante consejo, diciendo que haría su viaje más tarde, por lo ménos cuando por una ó dos veces oyera el fuego del enemigo.

Se empezó á discutir entonces la marcha futura de las operaciones.

La impresión que causó á Martí la vista del ejército debió ser desconsoladora; el que no ha visto las fuerzas revolucionarias no puede formarse idea de ellas. Sobre todo aquellas masas de gentes mal vestidas, desarmadas en su mayor parte; sin organización alguna, y con armamentos de todos sistemas y escasos de parque; aquel desorden natural en una gran agrupación que engrosaba por horas; era un espectáculo que más parecía un ejército de locos que de hombres cuerdos.

Sin embargo, su talento y su fé se sobrepusieron.

Maceo afirmó que para que la revolución tuviera éxito, era preciso empezar con rapidéz la marcha de Oriente á Occidente, para que, cual reguero de pólvora incendiara el país; que su estacionamiento se-

ría prolongar su vida y tras larga duración morir como la de 1868.

Gómez combatió el proyecto en parte.

Según su criterio era preciso fortalecer la revolución en Oriente y hacer el avance del modo más lento pero más seguro; pues creía, dijo, que con dificultad pudiera pasar la invasión de Santi-Spíritus, si no se hacía en condiciones especiales.

Martí apoyó á Maceo, dando su opinión como él sabía hacerlo; la revolución concretada á una parte de la Isla era su muerte, más ó ménos lenta, pero segura.

Triunfó el parecer de Maceo, y de común acuerdo se trazó el plan que después se desarrolló con la marcha triunfal á Pinar del Río.

Martí quedó reconocido como Jefe Supremo de la Revolución; Gómez como General en Jefe; Maceo (Antonio) fué nombrado por Gómez Jefe de Oriente y José Maceo hecho cargo de las fuerzas de Santiago de Cuba.

Gómez y Martí debían seguir hácia el Oeste á avistarse con Bartolomé Masó, que estaba al otro lado del Contra-Maestre y preparar la marcha á Camagüey del General Gómez; una vez que se embarcase Martí para el extranjero.

Antonio Maceo debería emprender operaciones activas en Oriente acercandóse á las poblaciones;

llamando la atención sobre sí, para facilitar la marcha que emprendían Gómez y Martí.

Al día siguiente abandonaban éstos el campamento custodiados por fuerzas al mando de Quintín Bandera; entanto que Maceo iniciaba á la vez que operaciones activas, la organización del ejército y del territorio.

Mientras la revolución cobraba fuerza moral con la llegada de sus jefes de más prestigio; Cánovas, ayudado por Azcárraga realizaba increibles esfuerzos; el Gobierno Español lo jugaba todo á la primera carta.

Cánovas se propuso matar la revolución antes que tomara empuje, acumulando fuerzas tales sobre ella, que pudieran aniquilarla; inundar Oriente de soldados; encerrar á los revolucionarios en un círculo de bayonetas y cañones, é impedir que cundiera el fuego en el resto de la Isla; era lo opuesto al plan adoptado en Mejorana.

En los mismos días que la solitaria playa de Sabana la Mar daba hospitalidad al débil bote en que llegaban los seis héroes, cási sin armas ni provisiones; arribaba á Guantánamo el General en Jefe del Ejército Español D. Arsenio Martínez Campos en poderosa nave, custodiado por barcos de guerra, con un contingente de 50 000 hombres que llegaban con portentosa rapidéz á reforzar el ejército de la Isla; con todos los recursos del arte de la guerra

moderna á su disposición; el nuevo armamento Maüsser; poderosa artillería de tiro rápido y el vapor y el telégrafo á su disposición; el ejército en fin más potente que Europa había mandado á América, iba á caer sobre las pobres masas de cubanos sin disciplina, casi desarmados y sin municiones.

Pero aun disponía el Gobierno Español de un arma más eficáz; el prestigio del General Martínez Campos á quien su conducta en Cuba en la guerra anterior habían hecho popular y querido; á sus talentos militares se unía la seguridad de una guerra humana y civilizada; corriendo la noticia de que traía facultades para plantear en Cuba una nueva era de reformas y justicia; con la cual obtendría un gran contingente cubano, que como el año 1868, ayudaría al Ejercito Español á combatir á sus hermanos y á matar la libertad Cubana.

Ese era el peligro más grave y las apariencias parecían darle fuerzas. En la emigración una gran mayoría permanecía aun retraída y á la espectativa, temiendo comprometer sus intereses. En la Isla las manifestaciones de simpatía eran claras y terminantes; el Partido Liberal que en Occidente aparecía como la guía política del pueblo cubano, adoptaba francamente una actitud decidida contra la revolución; hombres de la pasada guerra como Spotorno y Marcos García los apoyaban, y el Manifiesto Autonomista firmado por personas de arraigo y talen-

to, condenaba á muerte la Revolución naciente como criminal, torpe y estemporanea

He aquí el manifiesto que para combatir la revolución dirigió al país la Junta Central del Partido Autonomista:

LA JUNTA CENTRAL DEL PARTIDO LIBERAL AUTONOMISTA, AL PUEBLO DE CUBA

«Aunque condenada á extinguirse la tentativa revolucionaria, aislada ya y comprimida en la provincia Oriental, ha suscitado dificultades políticas y económicas de tal gravedad para el presente y el porvenir, que á pesar de su verdadera impotencia ha conseguido á favor de fabulosos relatos causar intensa emosión en la Península y desconfianza natural en los paises que con el nuestro comercian. No sería extraño repercutiendo en Cuba esas impresiones, se produjesen aquí, como suele en tales casos acontecer, recelos y alarmas en los ánimos desprevenidos, y alguna confusión en los espíritus vacilantes. A estos queremos dirigirnos para calmar su inquietud, para desvanecer sus dudas, no para hacer nuevas declaraciones ó protestas innecesarias, los que ya habíamos manifestado nuestros propósitos y fijado nuestra actitud, no sólo desde el primer anuncio de la actual perturbación, sino desde que á la sombra de la paz, después de una desastrosa contienda, formamos una agrupación

política que ha trabajado muchos años para evitar futuras discordias y quitarle justificación y pretexto. Al Partido Autonomista, depositario de las esperanzas é ideales del pueblo cubano, encarnados en la fórmula más depurada y más persistente de su historia política, y único partido de razonada oposición organizado en este país, le importa decir con franqueza lo que piensa, y en cuanto de sí dependa, unificar la opinión y el sentimiento de todos los que tienen fé en su lealtad y confianza en su patriotismo, en estos momentos en que si el Gobierno Supremo hace esfuerzos extraordinarios para ahogar en su cuna la rebelión, el país entero y los que genuinamente pretenden representarlo, deben también por su parte ayudarlo á mantener el orden y á defender los intereses comunes.

Además, las circunstancias son verdaderamente excepcionales. La perturbación ha surgido en el momento de establecerse un orden de cosas al cual han contribuido con pureza y rectitud de intenciones nuestros Diputados y Senadores. El gobierno que presidió á esta obra de paz no es el que va á plantearla. La situación económica gravísima por efecto de causas agenas á la acción de los gobiernos, se complica con los gastos y las zozobras de la guerra, en el instante en que un acuerdo felíz entre los representantes de los distintos partidos locales, parecía asegurar en breve término á nuestras amenaza-

das fuentes de riqueza los limitados auxilios que en crisis tan honda pueden tan sólo ofrecer los poderes públicos, estimulando la iniciativa individual y el fecundo principio de asociación, que únicamente podrán, al cabo salvarlas.

Aún sin haber sonado el grito de insurrección, torpemente proferido desde el extranjero, con riesgo de agenas vidas y daño de agenos intereses, por un grupo de conspiradores, irresponsables de hecho, que han vivido muchos años léjos del país, cuyo verdadero estado desconocen, y al que pretenden librar de males que no han querido compartir, como no compartirán hoy tampoco su descabellada y culpable intentona, ni quizás los peligros en que envuelvan á los obsecados instrumentos de su locura; aún sin que este trastorno del orden público hubiese amenazado los intereses fundamentales y el porvenir de esta sociedad, la Junta Central habría cumplido el deber de dirigir su voz al país en víspera de inaugurarse un nuevo régimen á cuya creación han cooperado sus representantes parlamentarios, en medio de una atmósfera de benevolencia y de concordia que ellos *no habían encontrado jamás en la Metrópoli*, y de que querían dar leal testimonio ante sus conciudadanos; porque si ese cambio en la disposición de los ánimos demuestra que empiezan á desaparecer en grandísima parte, los recelos y los obstáculos con que tantas veces tropezaron

las reformas coloniales, justo es y conveniente hacerlo constar, que el verdadero país cubano, á despecho de los emigrados conspiradores, sabrá corresponder á esta rectificación de la política tradicional, si el Gobierno la mantiene en el mismo espíritu de concordia y de confianza que le dió orígen.

Pero es incuestionable que la actual perturbación á todas las demás cuestiones se sobrepone y á todas ha de trascender necesariamente. Aún en el probable caso de que la rebelión quede pronto sofocada con el concurso decidido de la opinión, sus perniciosos efectos habrán de durar muchos años. En lo político se han despertado recelos y suspicacias que en mucha parte habíamos logrado desarmar. En lo económico, ya se ha inferido al crédito un daño irreparable, y se han acrecentado las dificultades que impedían reconstruir el capital circulante, haciendo inevitable grandes recargos en los impuestos, y aumentando así las desventajas que abruman á nuestra producción en su competencia con la extranjera. En nuestro régimen fiscal, no es posible preveer hasta donde podrán llegar el aumento de los gastos y la agravación de las cargas públicas.

El Partido Liberal Autonomista que ha condenado siempre los procedimientos revolucionarios, con más razón y energía había de condenar y condena la revuelta que se inició el 24 de Febrero, cuando acababa de votarse con el concurso de sus

representantes en Cortes una reforma orgánica cuya importancia no es necesario exagerar: la han reconocido cuantos la juzgan sin prevención ni malicia, y hasta los mismos que con tan fiero apasionamiento la combatieron. El Partido Liberal Autonomista condena todo trastorno del orden, porque es un partido legal, que tiene fé en los medios constitucionales, en la eficacia de la propaganda, en la incontrastable fuerza de las ideas, y afirma que las revoluciones, salvo en circunstancias enteramente excepcionales y extremas que se producen muy de tarde en tarde en la vida de los pueblos, son terribles azotes, grandes y señaladas calamidades para las sociedades cultas, que por la evolución pacífica, por la reforma de las instituciones y los progresos y el empuje de la opinión llegan al logro de todos sus fines racionales y de todas sus aspiraciones legítimas. Pero además, nuestro partido es fundamentalmente español, porque es esencial y exclusivamente autonomista; y la autonomía, colonial, que parte de la realidad de la colonia, de sus fines, necesidades y peculiares exigencias, presupone también la realidad de la Metrópoli en la plenitud de su soberanía y de sus derechos históricos. Por eso desde que nació nuestro partido inscribió en su bandera como lemas la libertad, la paz y la unidad nacional; y no ha consentido jamás sino estimado como injuria de sus

enemigos, con indignación rechazada siempre, que se pusiese en duda la sinceridad de su adhesión á esos lemas invariables, que juntos constituyen su programa y que no pueden separarse sin hacerlo pedazos. A esos principios, á su recíproca compenetración y harmonía se ha consagrado nuestra labor; para mantenerlos sin vacilaciones ni desmayos venimos á la arena política; y desde entonces, cien veces hemos declarado que cuando viésemos palpablemente la imposibilidad de mantenerlos con decoro y con esperanza, no renegaríamos de ellos, ni aún en tan extremo caso, sino disolveríamos nuestra hueste.

En la sinceridad de las afirmaciones y en la firmeza de su conducta libran su honor y su crédito los partidos. Las más injuriosas imputaciones de nuestros adversarios quedarían justificadas si en los momentos mismos en que reservando nuestro inquebrantable culto á la autonomía colonial en toda su pureza, prestábamos explícito concurso á la instauración de un nuevo régimen insular basado en los principios de especialidad y descentralización que siempre hemos sustentado, fuésemos tan débiles ó tan desleales que flaqueásemos ante una anónima é incalificable algarada en que no se sabe siquiera lo que en realidad se pretende, pués ha tenido *vivas* para todas las causas y banderas para todas las rebeldías.

El Partido Autonomista cumple honrada y virilmente su deber, oponiendo á la audacia de las facciones, como tantas veces opuso á los errores del poder su constante divisa: «Orden y Libertad». La revuelta los amenaza conjuntamente. Conviene que esta verdad se diga: sólo contra los partidos liberales y contra su acción saludable y fecunda pudiera aquella tener eficacia y fuerza. Ese movimiento que ha traído ya la suspensión de las garantías constitucionales, imposibilitando el ejercicio de las libertades que habíamos conquistado, tan amplias que han podido usar de ellas á su sabor los mismos factores del desorden para sus fines, no nos han hecho retroceder al *estado de sitio* con todas sus consecuencias, porque el ilustre gobernante á cuya templanza y serena energía debe Cuba profundo agradecimiento, conservó y comunicó al Gobierno Supremo la confianza merecida por la sensatez de nuestro pueblo, y quiso que las libertades públicas no cediesen, sino en lo extrictamente necesario, á los fines de la represión. Más con eso y todo, no cabe negar que por obra del movimiento insurreccional las garantías de la Constitución cuyo valor y eficacia han puesto de manifiesto los mismos separatistas con las exageraciones de su desconsiderada propaganda, á las que nunca faltó el amparo de las leyes que estaban comprometiendo y desacreditando, han quedado en suspenso y á merced de las au-

toridades militares, afortunadamente guiadas hoy por las inspiraciones de una política previsora y humana.

El nuevo órden establecido por las Córtes, que inaugurado en plena paz y en medio de la poderosa corriente que se había producido á favor de la concordia y del progreso por la libertad, habría sido desde el primer día fecundo en inmediatos beneficios, preparando nuevos adelantos, nunca podría dar tales resultados si se plantease entre las ansiedades, las iras, los resentimientos é indignaciones de una guerra civil, en medio de recelos y suspicacias, nuevamente fortalecidos. Todos los trabajos hechos para alcanzar las reformas administrativas, económicas y arancelarias que piden como primera condición la paz, quedarán por tiempo indefinido aplazadas. En vez de las mejoras y progresos que el país espera racionalmente, como coronamiento de las importantes conquistas obtenidas en gran parte por el esfuerzo de nuestro partido, y entre las cuales basta recordar la abolición de la esclavitud y del patronato, la promulgación de la Ley fundamental del Estado, las libertades de imprenta, reunión, asociación, enseñanza y cultos, en el mismo grado y con las mismas garantías que en la Metrópoli; el juicio oral y público, el matrimonio y el registro civiles; toda moderna legislación civil y el penal de la madre patria, punto importantísimo pa-

ra un pueblo que hasta ayer vivió bajo leyes anteriores á nuestro siglo; la supresión del derecho diferencial de bandera y los de exportación; la rebaja de más de un 35 por 100 de los presupuestos que nos legó la guerra; la aceptación ya pública y oficial por todos los partidos, de una gran parte de nuestro programa económico, y el abandono del estéril principio de la mal llamada asimilación por los de especialidad y descentralización, cuyo desarrollo normal debe conducir lógicamente á la completa realización de nuestro programa; en vez de esas mejoras y progresos que tan fundadamente espera, los pretensos regeneradores ¿que pueden ofrecernos? Los horrores de la guerra civil, la lucha armada entre los mismos hijos del país, que acaso en no lejanos días adquiriese siniestros caractéres; en lontananza, una más completa ruina y un retroceso fatal en el camino de la civilización.

Pero no sucederá, por fortuna! Todos los indicios demuestran que la rebelión, limitada á una parte de la provincia Oriental, sólo ha conseguido arrastrar, salvo pocas excepciones, á gentes salidas de las clases más ignorantes y desvalidas de la población, víctimas del lamentable atraso en que se ha dejado á tan hermosa comarca fácil presa de los agitadores, y que carecen de cohesión y de disciplina, por lo que es lícito esperar que pronto habrán de dispersarse ó rendirse. A ello habrán contribuido

al mismo tiempo que las fuerzas acumuladas con plausible rapidéz por la Metrópoli, la política cuerda y liberal del Gobierno y de su más alto representante, y la actitud general del país, indiferente á las satánicas excitaciones de todas las intransigencias, fiel á sus ideales de órden, progreso y libertad. No cabe dudar que el Pacificador á cuyas inspiraciones debióse en 1878 el restablecimiento de la paz y del régimen representativo juntamente, aportase á la resolución de los problemas planteados hoy, el mismo espíritu de noble, justiciera y generosa confianza en el país. Pero en ésta, como en todas las crísis, corresponde el mayor y más sostenido esfuerzo al mismo pueblo, siguiendo esos elevados designios y aún adelantándose á ellos, para que en el más breve término el órden se afiance, cesen las dicenciones y los recelos, se restaure el régimen constitucional y se inaugure el nuevo sistema administrativo de la colonia con aquel espíritu de rectitud y concordia que los partidos gobernantes de la Metrópoli se obligaron por igual á mantener, y que por nuestra parte ofrecimos secundar si fuese lealmente observado; único modo de que resulte fecundo y provechoso y de que se asegure al país la pronta extirpación de los abusos que unánimemente condena la conciencia pública, y las reformas del órden diverso que imperiosamente demandan nuestro vetusto régimen administrativo, la

creciente cultura de nuestra sociedad, y la intensa crísis económica que está ahogando nuestros gérmenes de riqueza.

La Junta Central no le habla sólo á los buenos autonomistas; con su adhesión ha contado en todo tiempo y sabe que ahora como siempre ha interpretado fielmente su voluntad y sus deseos. Nos dirigimos al pueblo cubano de todas las clases, de todos los partidos, creyendo que diez y siete años de esfuerzos consagrados á los intereses y al estudio de sus necesidades y sus problemas pueden darnos algún título para merecer su confianza y su estimación.

No como jefes de un partido, no como liberales autonomistas, sino como compatriotas y como hermanos, apelamos hoy al buen sentido y al patriotismo de todos. Nadie nos gana en amor á esta tierra infeliz; en nadie reconocemos más hondo anhelo, más dolorosa solicitud por su ventura, su dignidad y sus derechos; y si hay quienes se atreven á invocar tan caros intereses cuando van á juzgarlos al azar de una disparatada aventura, nosotros que queremos salvarlos, y como hijos de Cuba, que la amamos con todo el alma y que también somos los más, pedimos al concurso del país para hacer que su voluntad, bien conocida ya, se imponga sin vacilación y sea respetada.

El partido liberal en 1868 plegó su bandera y

abandonó su puesto á los revolucionarios de Yara, porque terminada la Junta de Información vió burladas sus esperanzas legítimas, y aplazados los más solemnes ofrecimientos de la Metrópoli. El partido liberal de 1878, que más afortunado, ha visto cómo se han cumplido y se cumplen aquellas promesas, no romperá su bandera, ni cederá el campo á los que vienen á malograr nuestra trabajosa cosecha, á hacernos cejar en la senda del progreso pacífico, á arruinar la tierra y á nublar la perspectiva de nuestros destinos con horribles espectros: la miseria, la anarquía y la barbarie.

Habana Abril 4 de 1895.

José María Galvez.—Cárlos Saladrigas.—Juan Bautista Armenteros.—Luis Armenteros Labrador. Manuel Rafael Angulo.—Gonzalo Aróstegui.—José María Carbonell.—José de Cárdenas y Gassie—Raimundo Cabrera.—Leopoldo Cancio.—José A. del Cueto.—Marqués de Esteban.—Rafael Fernández de Castro.—Cárlos Font y Sterling.—José Fernández Pellón.—Antonio Govín y Torres.—Eliseo Giberga.—Joaquín Güell y Renté.—José María García Montes.—José Hernández Abreu.—José Silveiro Jorrín.—Manuel Francisco Lamar.—Herminio C. Leyva.—Ricardo del Monte.—Federico Martínez Quintana.—Rafael Montoro.—José Rafael Montalvo.—Antonio Mesa y Domínguez.—Ramón Pérez Trujillo.—Pedro A. Pérez.—Leopoldo

Sola.—Emilio Terry.—Diego Tamayo.—Miguel Francisco Viondi.—Francisco Zayas.—Cárlos de Zaldo.

Vencía la codicia, y el temor á perder el bienestar presente les hacía olvidar los horrores de la dominación española, su espoliación y su falsía. Aún aparentaban tener fé en las promesas de los ministerios españoles, que jamás habían encontrado la hora de la justicia para Cuba; marcando cada esperanza de reformas una nueva burla, una nueva injusticia y un nuevo insulto al país espirante.

Por fortuna, la mala fé de Cánovas había de hacer infructuosos el talento y buen deseo del general Martínez Campos y la ceguedad política de los hombres del partido autonomista. Las reformas de Maura habían sido una esperanza, pero se juzgaban deficientes; al Gobierno español le parecieron lo contrario y después de recortadas les dió forma Abarzuza; con ellas esperaba llegar el general Martínez Campos confiando en que la acción política ayudando á la actividad de las operaciones militares le daría el éxito y la victoria como el año 1878.

Confiaba, además, en que la rapidáz de su viaje y la amplitud de sus recursos le permitieran llegar á Cuba antes que Gómez y Maceo y poder evitar entonces su desembarco, privando á la revolución de lo que con razón él creía su mayor fuerza.

La fortuna no le acompañó esta vez; la perfidia de Cánovas y su criterio egoísta y estrecho inutilizaban la acción política; así como la actividad de los jefes cubanos, adelantándoseles, le hacían encontrar constituída y fuerte la revolución que esperó encontrar en estado naciente. (1)

El departamento oriental pronto se vió inundado de tropas, especialmente las jurisdicciones de Guantánamo, Cuba y Holguin; los Jefes españoles que operaban en Bayamo fueron también reforzados y sostuvieron rudos combates en los alrededores de Manzanillo y en el camino de Jiguaní.

El dia 6 emprendía Maceo operaciones sobre la vía férrea de Santiago de Cuba á San Luis, hostilizándola en distintos puntos y atacando el poblado del Cristo, produciendo notable alarma en Santiago de Cuba; retirándose hacia Guantánamo.

El ejército cubano adquirió un incremento notable aunque escaso de armas y municiones.

El 13 de Mayo tiene lugar el combate del Jobito en que tuvieron los españoles bajas de consideración especialmente la del coronel Bosh; retirándose en desorden; Maceo se adelanta hacia Guantánamo y después de hacerse sentir en la población, contra-

[1] Martinez Campos dividió en tres distritos á Oriente; Cuba, Manzanillo y Holguin; pero el desarrollo de la Revolución fué tal que dos meses más tarde los tres distritos eran: el de Cuba, á las órdenes del General Andrés González Muñoz; Camagüey, á las del General Mella y las Villas á las del General Suárez Valdés.

marcha por la loma de la Tagua en dirección á Sagua de Tánamo y pasando por sus inmediaciones se dirige á Mayarí, cruzando á poca distancia de esta población, se encamina á Santa Isabel de Nipe, poblado que atacó y tomó.

El movimiento tuvo una importancia extraordinaria, tanto por el número de hombres que se incorporaron como porque se puede decir que se completó el levantamiento del país, recogiéndose armas y municiones.

En Santa Isabel de Nipe se apoderó de una buena imprenta que se trasladó á San Felipe, fundándose el primer periódico en terreno revolucionario: *El Cubano Libre* bajo la dirección de Puyes y más tarde y hasta la conclusión de la guerra, redactado por Mariano Corona.

Ayudado Maceo por su Jefe de Estado Mayor, Tomás Padró, en medio de tan activas operaciones, no descuidó la organización del territorio sublevado, estableciendo las prefecturas necesarias y un buen servicio de postas para asegurar las comunicaciones en el interior.

Desde Santa Isabel se separó el General José Maceó, con sus fuerzas hacia Cuba y Guantánamo, mientras Antonio Moceo continnaba su marcha por Holguin con rumbo á Tunas; estendiendo la revolución por estos territorios.

A su paso por Guantánamo se habían impuesto

á las fincas fuertes contribuciones con que poder levantar recursos de armas y municiones en el extrangero; las que llevaba orden de hacer efectivas el General José Maceo á quien acompañaba el Coronel Tomás Padró.

Mientras tanto Gómez y Martí habían salido en busca del General Bartolomé Massó que desde Manzanillo venía á su encuentro, verificándose éste á orillas de Cauto en Vuelta Grande. Venían con Massó las fuerzas de Manzanillo y Bayamo y algunas de Tunas á las órdenes del General José M. Capote que había sublevado aquel territorio.

El entusiasmo fué indescriptible y Martí fué aclamado y victoreado sin cesar, así como Gómez y Massó.

Parecía natural que Massó, sublevado el primero en la Isla, tuviera pretensiones al mando en Jefe de la Revolución,

Afortunadamente es el General Massó antes que todo, un patriota sin tacha. En su alma noble y honrada no tiene cabida la ambición malsana, y la dificultad estaba obviada por él mismo; Martí y Gómez eran los jefes supremos de la Revolución; pero no estaba en igualdad de condiciones con respecto á Maceo y de ahí surgieron dificultades que pudieron tener fatales consecuencias.

El General Gómez había nombrado á Maceo Jefe de Oriente, anulando las justísimas aspiraciones

de Massó; más tarde al avistarse con éste y surgir la dificultad, en vez de afrontarla, la rehuyó nombrando á Massó Jefe del 2º Cuerpo de Ejército, dejando á Maceo el mando del 1º.

No era Antonio Maceo hombre fácil de engañar con apariencias, así es que pronto se puso en claro la dificultad, pues las órdenes que á Bayamo y Manzanillo mandara fueron desatendidas, produciéndose manifiesto disgusto entre Maceo y Massó.

En la reunión de las Vueltas se había resuelto definitivamente la salida de Martí para el extrangero.

En la mañana del 21 de Mayo el entusiasmo en el campamento era extraordinario; casi incensantemente llegaban nuevas partidas de hombres que acudían á conocer á Martí.

Pronto llega la noticia de que una columna enemiga venía por la márgen opuesta del rio, y la gente delirante de alegría sale á su encuentro; el General Gómez acompañado de Massó marcha en los primeros momentos, dejando á Martí en el campamento para que allí los esperase. La gente salía del campamento sin cesar y en desorden; había que andar cerca de una legua hasta *Dos Rios* donde se hallaba el enemigo y había que ir costeándolo dejando éste á la derecha.

Entre el entusiasmo general, Martí sigue á los demás en su marcha. En el trayecto que había

que recorrer, la gente iba casi á la desfilada y Martí seguía solo con Angel Guardia, joven de extraordinario valor que murió más tarde como un héroe en las Tunas.

Al llegar al fuego casi no tenían á nadie por delante; el camino estrecho en aquel lugar había sido desechado por los que iban á vanguardia y que se habían dirigido por la izquierda, y Martí y Guardia fueron á dar de lleno sobre el enemigo que medio cubierto por alto *maniguazo*, estaba desplegado, cubriendo el lugar. Irreflexivo Guardia invita á Martí á cargar, y ambos, casi solos, se lanzan sobre el enemigo; un fuego terrible los recibe; Martí cae acribillado á balazos al mismo tiempo que el caballo que montaba Guardia; éste intenta entre el fuego horrible llevarse el cuerpo de Martí; empresa inútil; sobraba á aquel niño corazón, la fuerza material faltábale, retrocede entonces y encuentra al General Gómez á quien dá la noticia. Sorprendiéndole á éste, pues creía á Martí en el campamento.

Carga con ceguedad y rabia á rescatar el cadaver querido: pero el empeño era vano; en su avance Martí había caído casi entre el enemigo. La posición era iflanqueable por el rio, y el esfuerzo era imposible. Las fuerzas cubanas se retiraron con la desesperación en el alma.

Había caído, para unos, el apóstol; para otros, el maestro; para muchos el alma de la Revolución y

para todos el héroe, que con fé infinita había sabido inculcar en los corazones el deseo por la lucha y la fé en el triunfo.

La muerte de Martí fué una verdadera catástrofe; una crisis de tal magnitud que pudo traer la muerte de la Revolución, que en aquellos momentos empezaba á tener mayor desarrollo tanto en el interior como en el exterior, donde se puede decir que Martí era el todo y de quien se esperaba que por su inteligencia y sus relaciones llevara la nave á buen puerto.

Para el Gobierno español fué una gran esperanza que le dió nuevo aliento, utilizándola en en el extrangero para quitar importancia y representación al movimiento.

Entre la emigración cubana era Martí irreemplazable y su falta ha retrasado en gran parte los sucesos, haciéndose sentir más en el periodo de la intervención donde indudablemente su inteligencia, práctica y conocimiento de los hombres políticos de América, nos hubiera evitado las consecuencias que deploramos y de que hoy somos víctimas, gracias á la imprevisión de los que manejaban nuestros asuntos tanto en la Revolución como en los Estados Uuidos.

Resuelta la concentración, marchó Massó hacia Bayamo como Jefe del 2º Cuerpo y Gómez hizo

rumbo á Holguin donde debía ver á Maceo prosiguiendo su camino hacia el Camagüey.

Se imponía la necesidad de la formación de un Gobierno que llevara la representación de la Revolución y ya antes de morir Martí se le había dado forma, conviniendo en que, huyendo de anteriores errores, pudiera tener el elemento militar mayor representación é iniciativa, resolviendo que se nombraran por elección cuatro representantes por cada cuerpo de ejército.

Los del primer Cuerpo fueron aclamados en Guantánamo en la Sabana de Iguanabo, á mediados de Junio, siendo electos Joaquin Castillo Duany, Rafael Portuondo, Tomás Padró Griñán y Pedro Aguilera y suplente Mariano Sánchez Hechevarría, Los del segundo Cuerpo serían elegidos en su territorio; mientras tanto el general José Maceo activaba el cobro de las contribuciones impuestas por el general Antonio Maceo.

A fines de Junio cruzaba el general José Maceo á la vista de Guantánamo con su Estado Mayor y escolta. En una altura y volviéndose á Tomás Padró le indicó la idea de entrar en la ciudad, y sin esperar la respuesta, dirijió su caballo hacia la población; escasamente tendría unos treinta hombres montados; así es que á ninguno se le ocurrió pensar lo que iban á realizar; continuaba la marcha y estaban á tiro de pistola de los fuertes cuando vol-

viéndose el general ordenó cargar, y el grupo entero atravesó por entre los fuertes bajo el fuego de los soldados sorprendidos; siguen por la calle principal hasta la plaza y haciendo entrar el caballo en el café más próximo, José Maceo llamó al mozo aterrorizado; pide cerveza, apura una copa, tira un centen sobre la mesa, y de nuevo sale impávido á la plaza. La población aterrada se había encerrado en las casas, la tropa corría á encerrarse á sus cuarteles llenas de pánico, entonces el valiente jefe comienza á desandar lo andado. Tenía que salir precisamente por el puente, cuya cabeza estaba protejida por dos fortines; por él lanzó sus ginetes el general José Maceo pasando como una tromba por entre el fuego enemigo, viéndose pronto fuera de la población sin haber perdido un solo hombre; cuando el enemigo vino á darse cuenta de lo sucedido el grupo cubano caminaba tranquilamente por territorio libre.

Actos como este y el movimiento contínuo de las fuerzas cubanas contenían las operaciones de los españoles, que se sentían hostilizados por todos lados; pués mientras José Maceo intranquilizaba á Cuba y á Guantánamo; Rabí combatía con éxito entre Jiguaní y Bayamo; Amador Guerra derrotaba varias veces al enemigo en las inmediaciones de Manzanillo y Antonio Maceo, recorriendo á Holguín, ponía en jaque á las fuerzas españolas manda-

das por el general Suárez Valdés que no se atrevía á atacarlo.

Ya á fines de Junio era manifiesta la actitud hostil que existía entre Massó y Maceo; los dos cuerpos de ejército, creados no bien definidos los territorios ni las fuerzas que comprendían, daban lugar á choques y rozamientos. No era Maceo hombre que permitiese se menoscabase en lo más mínimo lo que él creyese sus atribuciones; había sido nombrado por Gómez Jefe de Oriente, y en su criterio las fuerzas todas del primero y segundo cuerpo estaban á sus órdenes.

Massó por el contrario se creía según su nombramiento Jefe del segundo cuerpo, dependiendo únicamente del General en Jefe; el choque pués debía sobrevenir.

Con este objeto se dirije Antonio Maceo á territorio de Bayamo recogiendo en su marcha las fuerzas de Jiguaní al mando del general Rabí y algunas de Bayamo á las órdenes de Masó Parra.

El 13 de Julio estaba ya en el camino de Manzanillo á Bayamo en espera de una columna enemiga que venía en camino; la espera en Peralejo donde se dá ese día la famosa acción en que muere el general español don Fidel Santocildes y se ve obligado á refugiarse en Bayamo en completa derrota el General en Jefe del Ejército Español don Arsenio Martínez Campos.

Un olvido del práctico que llevaba el general Maceo permitió al general Campos desviarse de la posición en que se aprestaba Maceo á esperarlo, y á eso indudablemente debió el jefe español su salvación; cuando Maceo vino á ver el error se había perdido tiempo y la carga impetuosa que iniciara con la caballería fué casi infructuosa.

El éxito de este combate fué extraordinario, abatiendo el ánimo de los españoles y dando á los cubanos mayor entusiasmo y mayor confianza en su general.

Desde el campo de batalla de Peralejo ordenó Maceo al general Rabí que marchara sobre el pueblo de Baire; lo que efectuó éste con feliz éxito, tomando y arrasando por completo el poblado.

Después de permanecer algunos días en los alrededores de Bayamo donde se encontraba el General Martínez Campos; marcha Antonio Maceo por Jiguaní al territorio de Santiago de Cuba.

El cometido encargado al General Antonio Maceo en Mejorana había sido bien cumplido; su actividad extraordinaria había tenido al enemigo en continua zozobra, y las fuerzas todas de Oriente se movieron sin cesar en todos los territorios. Esto había permitido al General Gómez efectuar su movimiento de avance hácia Camagüey que había permanecido tranquilo, renuente á moverse hasta tanto no llegara el General Gómez.

Desde el 24 de Febrero solo había en Camagüey grupos insignificantes mandados por Montejo, Recio, Oscar Primelles y Angel Castillo; la llegada del General Gómez determinó el alzamiento incorporándose el Marqués de Santa Lucía, Salvador Cisneros Betancourt, que con el prestigio de su nombre y su historia revolucionaria arrastraba tras sí al pueblo Camagüeyano.

Para realizar esto no había tenido que vencer pocos obstáculos el General Gómez.

Como el plan del Jefe español era circunscribir la revolución á Oriente; tenía vigilado estrechamente el Cauto hasta su embarcadero y había reforzado á las Tunas, situando al General Echagüe de manera que el General Gómez, una vez atravesadas las líneas españolas en Holguín, tuviese que vencer las de Tunas, territorio abierto y donde la caballería española podía perseguirlo fácilmente.

Contaba el Jefe cubano con poquísimos recursos y hasta con pocas buenas voluntades entre sus propios subalternos que no se prestaban á darle el apoyo necesario toda vez que conociendo su carácter, sabían que no se lo iba á pedir.

Con su pequeña escolta y doscientos hombres mal armados y peor municionados al mando del General José M. Capote, emprende la marcha, con su acostumbrada audacia é inteligencia, filtrandose entre las columnas enemigas que debían sentir su

marcha con algun golpe contundente y de efecto. A su paso había dejado en Tunas, como Jefe al General Angel Guerra, uno de sus compañeros de viaje; siguiendo él con el General Felix Francisco Borrero.

Apenas puso el pié en territorio camagüeyano empezaron á engrosar sus filas, y el país entero iba sublevándose á su paso; sorprendiendo al General Campos que lo creía aún en Oriente.

El Jefe español confiaba en Camagüey, creyendo que los recursos políticos que allí había desarrollado, le darían eficaz resultado; había promovido obras públicas de utilidad general, como el ferrocarril de Santa Cruz; había inutilizado á los Jefes naturales del territorio y contaba con la codicia de los amos de ingenios que le ayudaban eficazmente; reforzados por el elemento autonomista que como en todas partes, combatía de todas maneras la revolución.

Una vez incorporado el Marqués de Santa Lucia al General Gómez podía decirse asegurado el movimiento general del territorio; se inicia la organización de las fuerzas según van llegando los hombres; la juventud camagüeyana rodea pronto al ilustre caudillo y, como por ensalmo, surge pronto un ejército en aquel territorio de que tan seguros se creían los españoles.

El día 17 de Julio cae de improviso el General

Gómez sobre Altagracia, pueblo situado en la via férrea de Puerto Príncipe á Nuevitas; lo toma recogiendo armas, municiones y algunos prisioneros; teniendo la desgracia de perder al general Felix Francisco Borrero.

Era el General Borrero uno de los Jefes más apreciados de la guerra del 68; de figura simpática y agradable, modales finos y corazón generoso, magnífico tirador, y de valor temerario, al que unía una gran previsión; de inquebrantable lealtad, una esperanza en fin, para la Revolución, y para el General Gómez un hombre de confianza á quien podía encargar de las más árduas comisiones; su pérdida, fué un golpe fatal para el General y para el amigo.

La toma de Altagracia fué el aviso para los españoles de que les esperaban nuevas desgracias, y para los cubanos el de que todo Camagüey respondía únanime al movimiento; como así fué. El Mulato, La Larga, y más tarde San Gerónimo vinieron á desmostrarlo, y poco después estaba constituido el ejército y sublevado el país hasta la Trocha de Júcaro á Morón.

El primer plan del General Campos estaba roto y la revolución daba su primer paso hácia Occidente.

No había llegado aun á cinco meses de vida la revolución y ya estaba asegurada su existencia en Oriente y Camagüey, roto el plan de los españoles,

que tendrían que fijar hoy su objetivo en la Trocha de Júcaro á Morón á la vez que atender en sus operaciones á un territorio de doble extensión para poder sostener sus líneas de comunicacion; los telégrafos habían desaparecido y las escasas líneas férreas existentes les robaban gran número de soldados para su conservación y defensa.

En la emigración, mientras tanto, se hacían esfuerzos inauditos para obtener recursos y mandarlos al campo insurrecto, aunque con poco éxito.

El Gobierno Español sabía gastar dinero á tiempo y con él conservó un buen servicio de policía que entorpecía los movimientos de los cubanos.

La falta de Martí se hacía sentir: por la constitución especial del partido Revolucionario cubano, la dirección toda estuvo en manos del Tesorero Benjamín J. Guerra y el Secretario Gonzálo de Quesada, en los primeros días; vivo aún Martí existía la esperanza de su vuelta y ambos pusieron de su parte cuanto les fué posible para llenar su cometido y levantar los fondos necesarios, haciendo viajes al Sur para arreglar la salida de los Generales Roloff y Serafin Sánchez que desde Key West preparaban su expedición con anterioridad al 24 de Febrero; los obreros cubanos de los Estados Unidos demostraban cada vez mayor entusiasmo y se imponían toda clase de sacrificios, pero las clases ricas en su mayor parte estaban aun renuentes y retrai-

das. Además las relaciones entre Guerra y Quesada empezaron á hacerse difíciles.

Por sus condiciones de carácter Guerra se encontraba mal cumpliendo lo que Quesada indicaba y la falta de cohesión la sufría la marcha de los negocios públicos; aunque las emigraciones de Tampa y Key West por conducto de sus consejos de Gobierno, habían significado que consideraban á Gonzalo de Quesada en condiciones de actuar hasta tanto volviera Martí.

No convenía esto á Guerra, y como el 10 de Abril habría de verificarse la elección de Delegado del Partido Revolucionario Cubano, se puso al público en la necesidad de reemplazar á Martí por Tomás Estrada Palma, á quien por su historia revolucionaria y por sus condiciones de carácter eligió la emigración el día fijado 10 de Abril de 1896.

Es Tomás Estrada Palma un patriota íntegro, que oculta bajo un aspecto humilde un carácter de hierro; de criterio estrecho y de una tenacidad sin límites; minucioso y pequeño; era el cargo demasiado duro para él; además, hasta entonces había estado exclusivamente dedicado á una vida laboriosa, y conocía poco los hombres y las cosas de los Estados Unidos, y mucho ménos los del resto de América; privado de relaciones y desconocedor de la política general; deficiencias grandes todas ellas en el representante de un pueblo que empezaba á luchar y ne-

cesitaba en todas partes buscar amigos y simpatías. Por su afán de hacer las cosas con la mayor economía posible, pretendía mezclarse en todas ellas y dirijirlas, cuando por su condición especial eran de tan distinta índole que se necesitaba pleno conocimiento de lo que se hacía; á esto se debieron los primeros fracasos.

La política del Presidente Cleveland nos era francamente hostil. Con objeto de observar una neutralidad extricta, la marina americana y las autoridades ejercían una vigilancia extrema, que si á veces era burlada, debíase sólo á las manifiestas simpatías que el pueblo todo de los Estados Unidos sentía por la causa cubana desde los primeros momentos de la guerra.

Los Generales Roloff y Sánchez tenían ya en Marzo recursos de armas y municiones que aumentaban diariamente con los auxilios que les proporcionaban los emigrados; un número excesivo de expedicionarios luchaba por venir á la revolución y sólo faltaba el barco que los condujese.

Además, en Santo Domingo el General José Ma Rodríguez con los recursos que allí se había proporcionado y algo con que le ayudaba la Delegación desde New York tenía preparada otra expedición.

Contra lo natural, la Delegación se hizo cargo de comprar el barco sin que los Jefes expedicionarios que iban en él tuvieran intervención alguna.

Habían transcurrido los meses de Marzo, Abril y Mayo y nada se había obtenido aun respecto á barcos.

Las personas comisionadas para la compra eran poco aptas: conocían poco las condiciones que ha de requerír un barco expedicionario y los resultados fueron fatales. El tiempo transcurría; en la revolución pedían armas incesantemente, y en el exterior se estrañaban de la tardanza y la lentitud de los movimientos de los Jefes que estaban al frente de las expediciones.

En el mes de Junio, por órden de la Delegación, fué á Key West Charles Hernández á ponerse de acuerdo con los Generales Roloff y Sánchez para traer el barco deseado, siguiendo él viaje al Norte, empezando ellos á transportar los expedicionarios á los Cayos de la Florida siendo el escogido Pine Key, donde la vida era insoportable, tanto por tener que permanecer escondidos, burlando la vigilancia de los cruceros americanos, como por la falta de condiciones para poder vivir de esos cayos inhospitalarios; lo prolongado de la estancia en ellos produjo gran descontento en los expedicionarios cuya existencia allí era horrible y mortificante.

Llegado Charles Hernández á New York se le mandó por la Delegación á Filadelfia á hacerse cargo del vapor George W. Childs que debía llevar la expedición.

Desde allí informó que el barco no tenía capaci-

dad para el número de expedicionarios que debía conducir; que su máquina estaba en mal estado; que el casco del barco era viejo é inservible. De órden de la delegación se le mandó hiciera las reparaciones que se pudieran y saliera en él. Una vez reparado se hizo á la mar y á poco se vió que el barco hacía agua por todas partes siendo preciso entrar en Baltimore, donde se reparó de nuevo; Charles Hernández informó por segunda vez que el barco era inservible.

Benjamín Guerra le contestó únicamente qne dijera si tenía miedo, para mandar otro; Hernández contestó saliendo al mar en aquella jaula que escasamente andaba cuatro millas por hora, y se dirigió al punto designado por los generales Sánchez y Roloff; esperó en el punto convenido veinte y cuatro horas reconociendo los alrededores y, no teniendo contestación de tierra, en cumplimiento de órdenes de la Delegación; siguió viaje á Jamaica donde hizo carbón y salió de nuevo para Baraona, en Santo Domingo, donde debía avistarse con el general José María Rodríguez.

A su llegada se puso en comunicación con éste, haciéndole presente que el barco venía en tan mal estado que era preciso repararlo de nuevo. La casilla del timonel había que amarrarla para evitar se la llevase un golpe de mar; la madera estaba tan podrida que con el más ligero choque salían peda-

zos de la obra muerta; dando al barco el aspecto de haber sido cañoneado; se compuso ligeramente y en él embarcó el general Rodríguez con 43 hombres, emprendiendo su viaje á Cuba.

El barco no tenía capacidad para la gente que llevaba hacinada sobre cubierta, no obtante, burlando el bloqueo de la marina española, reconocieron al fin á punta Lucrecia é intentaron el desembarco.

No tenía el vapor más que dos pequeños botes demasiado ligeros, en mal estado, é inútiles para el desembarco; el primero que intentó hacerlo se estrelló contra la costa y el segundo se inutilizó; se intentó embarrancar el barco, pero el general Rodríguez dió órden de seguir rumbo haciéndolo por el canal de Bahama hacia Key West.

Una vez allí, Charles Hernández desembarcó ocultamente al General Rodríguez y puestos al habla con el Delegado de Key West, José D. Poyo al día siguiente fueron trasladados á Pine Key donde aun estaba el General Sánchez; volviendo el Childs á Key West, donde después de varias peripecias, fué vendido en 2000 pesos; el barco costaba á la Delegación por su compra y composiciones cerca de 23.000 pesos.

Mientras esto sucedía, el General Roloff, viendo el retardo, había salido de Pine Key, é ido á New York desde donde salió á Baltimore á comprar un nuevo barco: el James Woodall; allí fué á verlo To-

más Collazo para combinar la manera de que el vapor, una vez que los desembarcara recojiera la expedición que en Cedar Key tenía ya organizada Enrique Collazo, quedando convenida la menera de que lo hiciera el capitán sin tocar en puerto americano.

Esto era fácil y realizable; se necesitaba así, pues dada la actitud del Gobierno Americano, era seguro que el barco, expedicionario que tocase en Puerto Americano sería detenido.

Entre Tomás Collazo y Roloff se convinieron los avisos y señales necesarios para el caso, debiendo el barco, una vez desembarcada la expedición, diririgirse á Progreso donde esperaría á Collazo que conocía el punto donde estaban los individuos de la segunda expedición.

Como los de la primera estaban en Pine Key (Florida) y los segundos debían ir á un Cayo enfrente de Cedar Key, uno y otro embarque debían hacerse en poco tiempo y con facilidad.

A principios de Julio salió de Baltimore abordo del Woodal el General Cárlos Roloff dirigiéndose á los Cayos de Florida. Desde dos meses antes sufrían las mayores miserias y trabajos los expedicionarios que estaban en Pine Key á las órdenes de Serafín Sánchez, y á los que se había unido el General José Ma Rodríguez con los expedicionarios

que desde Santo Domingo había traido en el Childs el Jefe espedicionario Charles Hernández.

Recogidos por Roloff los contingentes y el cargamento, hicieron rumbo á Cuba, teniendo la fortuna de desembarcar felizmente la primera expedición que llegaba á terreno revolucionario, por la costa Sur de Santi-Spíritus, en la noche del 24 de Julio de 1895.

Este hecho fué quizás el primer golpe de fortuna que desde el extrangero esperimentaba la Revolución, hecho de tal trascendencia y que dió tal empuje á la guerra, sobre todo en las Villas, que él sólo fué suficiente á llenar de gloria á los Generales Roloff, Serafín Sánchez y Mayía Rodríguez que lo realizaron.

La expedición ya en tierra, fué trasladada en carretas á punto conveniente, custodiada por los expedicionarios, orgullosos de su éxito y llenos de entusiasmo y ardimiento patriotico.

La noticia del desembarco de la expedición circuló con celeridad extraordinaria por todo el territorio de las Villas, completando su total alzamiento y desalentando á los españoles que vieron con claridad avanzar rápidamente el fantasma de la Revolución por las comarcas azucareras.

Veámos á la ligera el estado de la Revolución en el territorio Villareño á la llegada de esta expedición.

Las Villas habían permanecído tranquilas al iniciarse en Oriente la Revolución el 24 de Febrero; pero el sentimiento revolucionario estaba latente; la falta de comunicaciones y la espera de recursos del exterior habían contenido el sentimiento que fué expresándose por levantamientos parciales.

La prisión de Francisco Carrillo había impedido dar apoyo simultáneo al movimiento como estaba convenido, y á duras penas podían contener los Jefes el ardor patriótico de las gentes de las Villas.

Joaquín Castillo, coronel de la guerra de 1868, se lanza al campo con veinte ó treinta hombres el 14 de Abril de 1895; en los primeros días de Mayo hace lo mismo el joven Dr. Juan B. Zayas y, unidos ambos, se empezaron á sentir las conmociones revolucionarias en Villaclara.

En los últimos días del mes de Mayo forma su partida en Santi-Spíritus Justo Sánchez y el 12 de Junio dá Pedro Díaz en Remedios el grito de libertad, arrastrando gran golpe de gente veterana y entusiasta.

Sólo faltaba ya en las Villas cohesión y organización y éstas vino á obtenerlas desde el 16 de Junio de 1895 en que el Brigadier de la guerra de 1868 Manuel Suarez salía de Villaclara incorporándose á las fuerzas insurrectas, siendo reconocido como Jefe de las Villas.

La salida de Suarez completó el alzamiento total

de las Villas Occidentales, pues pocos días después salían y se incorporaban á él millares de campesinos capitaneados por personas de posición y aptitudes.

El día 20 del mismo mes se incorporaba el Comandante Casallas con gran número de hombres armados y semi organizados, pero desgraciadamente este Jefe murió el día 22, en el primer combate en que enarbolaba la bandera Cubana. Su pérdida fué una verdadera desgracia; Cuba debe consagrar un recuerdo á su memoria.

Con pocos días de intervalo, salían cada uno al frente de sus fuerzas ó, mejor dicho, grupos ó partidas, Alberdi, Alemán, López Leiva, Fleites Socorro, Bermudez, Núñez, Rego, Leoncio Vidal, Monteaguado y Machado; que sostuvieron á diario combates y tiroteos, haciéndose dueños por completo del territorio.

Poco después organizaba el General Suarez tres Brigadas, destinadas á Villaclara, Cienfuegos y Sagua la Grande, en cuyo territorio ya se había distinguido Robau.

A fines de Agosto se organizaba una guerrilla que á las órdenes de Francisco Pérez invadía á Matanzas con tan buen éxito, que pudo sostenerse y permanecer en ella.

Si el movimiento en Oriente había sido expontáneo y rápido, no lo tué ménos en las Villas y una

vez obtenida su cohesión, todas las clases sociales coadyuvaron á generalizarlo, y la expedición de Roloff y Sánchez vino á reforzarlo; dando á la revolución por completo el territorio Villareño; limitándose los españoles á defender algunos puntos y á pasear sus columnas por los caminos reales.

Así como el desembarco de Maceo y Gómez, dió al Gobierno Español la certeza de que la Revolución tenía la vida asegurada y era preciso hacer un esfuerzo supremo; el desembarco de Roloff y Sánchez le hizo adquirir la convicción del avance real de la Revolución y la necesidad de extremar su esfuerzo allí, oponiéndole un fuerte valladar.

Los 25.000 hombres que llegaron entonces de España fueron destinados en su mayoría á las Villas, á las órdenes de los generales españoles Suárez Valdés, Oliver, Garrich y Luque que sostenían combates diarios con las fuerzas cubanas.

La llegada de la expedición dió nuevo aspecto á la guerra y empezaron á sufrir sus efectos las vías férreas; la de Sancti Spíritus fué interrumpida por distintos lugares y voladas sus alcatarillas; y el ataque del fuerte de Taguasco por Serafin Sánchez y sus expedicionarios acabó de obligar al ejército español á reconcentrarse en sus fuertes y á abandonar los campos á los insurrectos.

Puestos en comunicación con el general Máximo Gómez, que era dueño del territorio camagüeyano,

recibieron de éste las órdenes necesarias para la distribución del convoy desembarcado y destino que debía dársele.

También recibieron disposiciones para la organización de las fuerzas, buscando la manera de unificar el ejército revolucionario en todo el territorio.

El general José Ma Rodríguez recibió el nombramiento de Jefe de Estado Mayor del General en Jefe y las órdenes é instrucciones necesarias para marchar hacia Occidente á completar la organización de las fuerzas más avanzadas de la comarca ya en guerra.

Se dió principio á la organización de los servicios civiles, nombrándose los Prefectos y Subprefectos, que con el caracter de autoridades locales, venían á ser los verdaderos auxiliares y proveedores del ejército y que con las guerrillas á sus órdenes los que vigilaban los movimientos del enemigo en los territorios á su cargo.

La necesidad se imponía de que se formara y constituyera un gobierno que representara la Revolución, dándole unidad en el territorio revolucionado y normalizase la vida real del pueblo cubano como nacionalidad independiente.

Vivíamos de ilusiones; se confiaba en que la moralidad y la justicia eran la norma de conducta de los pueblos civilizados, y confiábamos en que la razón y el derecho de gentes pesaba algo en la balan-

za de los Gobiernos, agenos al agio y á las conveniencias lucrativas.

Eramos tan ignorantes de la política internacional y de los manejos diplomáticos como lo fuímos desde 1868 á 1878; creíamos que la América no permanecería esta vez tranquila ante nuestro suplicio y, necios, nos preocupábamos de lo que pensarían de nosotros en el resto del mundo, que maldito lo que le importaban los actos que España realizaba en los territorios que creía suyos por derecho de conquista.

Lógico era que creado el Ejército cubano, se constituyera su pueblo y su Gobierno, no con las ilusiones forjadas en aquellos días, sino por la sencilla razón de que, debiendo de robustecernos y crecer, la creación de esa entidad era lo más necesario para poder confiar en el éxito por nuestro propio esfuerzo; único factor con que hemos contado en el pasado; único con que debemos contar en el presente y único en que debemos basar nuestros cálculos para lo porvenir.

En vista de esta necesidad el pueblo en armas de Oriente, una vez invadido el Camagüey, había determinado que en el próximo mes de Setiembre se reuniera en el territorio camagüeyano una asamblea del pueblo cubano y había mandado sus representantes; el general Gómez dictó las instrucciones para las elecciones próximas y la fecha en que los

representantes de las Villas deberían estar en el Camagüey, y dió órdenes para que igual representación pudieran tener los territorios occidentales.

El general Máximo Gómez, al salir de Oriente, había dejado por resolver un problema que pudo traer á la Revolución graves consecuencias: la dualidad de mandos entre Maceo (Antonio) y Massó: accidente que no tuvo mayor trascendencia gracias á la casualidad y al acendrado patriotismo de Massó.

El nombramiento de Antonio Maceo para Jefe de la columna invasora no era suficiente para acallar el mal y la organización del contigente del 2º Cuerpo presentaba inconvenientes, porque Massó no se creía obligado á dar cumplimiento á las órdenes de Antonio Maceo, bajo cuyo mando no creía estar.

Los rozamientos surgieron pronto y Antonio Maceo marchó á Bayamo; dando órdenes contra Massó poco pensadas y poco justas; por fortuna la entrevista proyectada no tuvo lugar y los sucesos posteriores y la constitución del nuevo Gobierno vinieron á resolver una dificultad que pudo traer graves consecuencias.

La actividad desplegada por Antonio Maceo en Oriente había consolidado la revolución en estos lugares que venían á ser la verdadera base revolucionaria; al mismo tiempo, distraida la atención de los españoles con la pérdida del Camagüey y el levantamiento completo de las Villas Orientales y

Occidentales; permitieron consolidar de un modo estable la vida de la revolución y promover los recursos necesarios para estender la revolución por la Isla entera.

Los diputados para la Asamblea, que debían representar al segundo cuerpo, habían sido nombrados; entre ellos había sido electo Bartolomé Massó, que renunció el cargo.

Antonio Maceo desde Bayamo se dirigió á Cuba por Jiguaní y comenzó á hostilizar la via férrea de San Luis á Santiago, dando diferentes combates entre ellos el del Rosario, en que estuvo en grave riesgo, debiendo su salvación unicamente á su esfuerzo y valor poco comunes.

Durante el mes de Agosto permaneció el general Antonio Maceo sobre Santiago de Cuba y su hermano José, que se encontraba enfermo, por los alrededores del Ramón de las Yaguas; su enfermedad lo retenía en un rancho próximo al campamento y este había quedado á cargo del coronel Tomás Padró su jefe de E. M.

Conocedor el enemigo de esta circunstancia salió de Guantánamo el día 30 de Agosto una fuerte columna de las tres armas de 1500 á 2000 hombres, al mando del coronel José Canellas.

En la mañana del 31 acampaban en las orillas del rio Baconao, en el camino del cafetal «La Pimienta», donde estaba acampado José Maceo ó me-

jor dicho, sus fuerzas: desde entonces los esploradores cubanos empezaron á hostilizarlos hasta llegar al «Sao del Indio» donde el fuego empezó con más viveza sostenido por los cubanos desde las lomas que dominan el paso del rio; los españoles continuaban su avance dirigiéndose al campamento situado en la falda de la loma.

Con anticipación al combate, los hermanos Aguilera, hijos del inolvidable patriota Fracisco Vicente Aguilera, habían preparado en el camino una mina con dinamita.

El general José Maceo á los primeros tiros, aunque enfermo, había montado á caballo y dirijía el combate que era duro, pués los españoles avanzaban con tenacidad; tratando de pasar el rio Baconao.

El día 30 había tenido noticia el general Antonio Maceo del propósito del enemigo de atacar á su hermano José, y á pesar de la hora, (más de media noche) y lo intransitable de los caminos, emprendió marcha haciendo un trayecto de más de diez leguas para llegar al terreno en los primeros momentos de la acción, y atacar con su acostumbrado empuje á la columna de Canellas por su retaguardia, mientras que las fuerzas de José la batían por su flanco derecho.

Los españoles barrían las alturas con su artilleria con poco resultado, á fin de apoyar su avance al campamento; de pronto estallan las minas con fra-

gor tremendo; la columna española se vé rota y diezmada, al mismo tiempo que personalmente Antonio Maceo los amacheteaba por su retaguardia.

Los españoles emprendieron su retirada batiéndose pié á pié y bravamente para salvar su artillería, algunos de cuyos mulos cayeron en poder de los soldados cubanos, que enardecidos los perseguían incansables y tenaces.

Los cubanos tuvieron 139 bajas entre muertos y heridos apesar de las favorables posiciones en que se batieron; los españoles confesaron en sus partes oficiales haber tenido 12 muertos entre oficiales y soldados y 47 heridos, lo que no es creible por el aspecto del terreno donde se verificó el combate que debió ser una verdadera catástrofe para la columna de Canellas. Esta acción es quizas una de las más sangrientas de esta guerra; el campo donde estalló la mina estaba de tal manera sembrado de despojos humanos, que aterró al general José Maceo, que exclamó: «Esto es horrible, es demasiado, yo no uso más esto.» Carácter original el de aquél hombre; incomprensible mezcla de grandes generosidades y de grandes rudezas; compasivo y tierno á veces; sanguinario y feroz otras: dócil, comunicativo y cariñoso é indómito é indisciplinado momentos después.

La acción de Sao del Indio aquietó las columnas

españolas que sentían su descalabro; apesar de la largueza con que el gobierno español ocultó el percance y repartió gracias á los que componían la columna.

Deja en Guantánamo á José Maceo hecho cargo del mando de estas fuerzas y las de Cuba y parte Antonio para Holguín donde pensó emprender operaciones activas.

En la última quincena del mes de Septiembre llega la noticia de haberse reunido la Asamblea y poco después la constitución definitiva del Gobierno de la República de Cuba.

Ya este constituido, dictó las órdenes necesarias para la reunión de los contingentes de los distintos cuerpos y número de hombres, que debía dar cada uno de los de Oriente y que estos contingentes que debían formar un total de dos mil hombres, deberían reconcentrarse oportunamente en Baraguá.

Los propósitos de operaciones se frustraron, pués una grave enfermedad puso en peligro la vida de Antonio Maceo; medio respuesto aún, batió el 25 de Septiembre en San Fernando una columna española que había salido de Holguín y que fué rechazada permaneciendo los cubanos en su terreno.

Maceo acampó en Alcalá y entre este punto y Bijarú permaneció algún tiempo, comenzando á organizar los contingentes y dando actividad á todos para realizar pronto la gran obra de la Invasión.

Serias dificultades se esperaban como efecto de las órdenes poco precisas dejadas por el general Gómez, y se decía que sería dificil la reunión del segundo Cuerpo, debido á la actitud del general Massó. Se sentía malestar y tirantez en las relaciones de ambos cuerpos y se esperaba un acto violento del general Maceo poco dado á tolerar que no se obedeciesen sus órdenes.

Mientras tanto se atendía á la organización civil creando las Prefecturas y formándose líneas de postas que hacían fácil la conducción de los avisos y comunicaciones; á la vez que se establecían grandes predios militares que servirían más adelante para el abastecimiento del Ejército.

V

La Asamblea de Jimaguayú

Desde los primeros días de Setiembre habían ido llegando á territorio camagüeyano los representantes de las fuerzas de Oriente y de Occidente, con objeto de formar la Asamblea que constituyera el Gobierno de la nueva República.

No habían trascurrido aún seis meses completos y la Revolución que pareció nacer muerta, se encontraba fuerte y potente; desde su comienzo se fué estendiendo con seguridad á la vez que robusteciendo su base que era Oriente; ya en esta fecha estaban en completa rebelión Oriente, Camagüey y las Villas, y algunas partidas como las de Socorro, Francisco Pérez, Matagás y Regino Alfonso, hacían excursiones y se sostenían en Colón y Matánzas, y en el sur de esta última provincia y la de la Haba-

na se preparaba y presentía ya un próximo movimiento.

Para dar unidad á todos los elementos revolucionarios se hacía imprescindible la formación de un gobierno que hiciera mover esas fuerzas bajo una sola inspiración y un plan determinado.

Existía entre los revolucionarios la esperanza de que constituído un gobierno, las naciones americanas y especialmente los Estados Unidos, darían algun apoyo á la nueva nación constituída, y que no consentirían que España, como nación europea, abusara con su esceso de fuerzas y recursos, de un pueblo americano débil por su escasa población y que volvía á luchar por su libertad después de tantos esfuerzos hechos anteriormente y de sufrir durante siglos un sistema inícuo de tiranía y esplotación.

Engañados por las simpatías que casi en general demostró siempre á los cubanos revolucionados, el pueblo americano esperaba lo mismo de su Gobierno, creyendo en su ignorancia de esas cosas, que en los manejos politicos existe la razón y la justicia.

Cerraban los ojos á la realidad y á pesar de que la conducta del Presidente Cleveland les demostraba claramente mas bien enemistad que simpatías, se consolaban creyendo que una vez organizados y constituidos variaría esa actitud.

En su buena fé politica creían que la doctrina de

Monroe era una verdad, que dictaba la línea de conducta del gobierno americano y que no podía ser verdugo ni cómplice de ellos el pueblo que en su territorio practicaba la más amplia libertad y que no hacía mucho tiempo se había declarado francamente el campeón de Venezuela contra Inglaterra.

No les parecía posible creer que en la política de las naciones pesa más la ambición y el interés que la razón y la justicia.

Por desgracia nuestra, los hechos y la realidad, aún existente, han venido á probar al pueblo cubano que la conducta del Gobierno americano, apesar de la voluntad generosa de su pueblo, no ha tenido para el cubano en armas, más base que la explotación y el engaño más completo y criminal.

Quiera el cielo que para bien de esta pobre tierra cubana tengamos que rectificar nuestro juicio, basado hoy en la más justificada desconfianza, y el más rencoroso desdén; únicas armas que hoy por hoy nos permite usar nuestra debilidad.

En los momentos históricos á que nos referimos, la conducta del Presidente Cleveland no podía sernos más hostil; ni siquiera por pudor político se había concretado á ser un neutral; no era un aliado eficaz del más fuerte y como no había llegado el momento de que pudiera apropiarse nada para su pueblo, había dejado en cartera la doctrina de Monroe que había dado á luz para el problema de Ve-

nezuela, y la conservaba guardada para sacarla á relucir cuando fuera conveniente á sus intereses.

Su policía y su marina pagada por el pueblo americano estaban al servicio real del Gobierno español, y los revolucionarios cubanos y sus representantes andaban sueltos porque su prisión hubiera sido demasiado pública y tal vez no la hubiera tolerado el pueblo americano con cuya simpatía contaban los revolucionarios cubanos.

Con la vigilancia ejercida en los Estados Unidos, tanto por la policía como por la marina americana en sus costas; la salida de expediciones con armas y pertrechos para ayudar á la Revolución se hacía casi imposible; así como la facilidad para hacer las compras de estos efectos que *podía hacerse libremente* para obligarles luego á permanecer *almacenados*, acababan con los pocos recursos que pudieran conseguir los revolucionarios cubanos; conducta infame que nos arruinaba sin que el esfuerzo hecho allí pudiera ser útil á los que en territorio cubano se hacían matar á diario por su libertad é independencia.

Mientras que los cubanos éramos perseguidos en los Estados Unidos; el gobierno español sacaba de allí libremente el carbón y demás elementos de guerra; y en poco tiempo compraba cuarenta barcos de poco calado que vigilasen las costas cubanas para evitar nuestra llegada: así como los bar-

cos americanos, moviéndose según los avisos de los cónsules Españoles, evitaban nuestra salida de las costas americanas; dándose casos en que un pequeño grupo de expedicionarios cubanos tuviera á la vista frente al punto de la costa donde estaban, y por más de quince días, tres barcos de guerra americanos para su vigilancia y captura si se atrevían á salir.

Los escritores españoles con raras escepciones pintan la revolución cubana como alentada y sostenida por los gobiernos americanos y creemos que es el error más craso que han podido cometer.

Es cierto que el pueblo americano ha sentido y siente aún simpatías por el pueblo cubano en armas; pero este no ha tenido peores enemigos que Cleveland y Mc Kinley, y apesar del daño que nos hizo el primero durante su mando, lo preferimos á Mc Kinley, porque el primero fué un enemigo franco y honrado, y hoy por hoy, al juzgar á Mc Kinley, no podemos decir otra cosa sino que nos ha engañado torpe y miserablemente.

La ceguedad de los cubanos era tal que confiaban aún y las esperanzas en la constitución del gobierno eran grandes, suponiéndose al tener éxito que la política exterior variaría rápidamente en nuestro favor.

Antes de reunirse la Asamblea se diseñaban en los grupos dos tendencias claras y manifiestas: unos

pretendían la República ideal de la Asamblea de Guáymaro; ideal, noble y generoso; pero poco práctico y otros que reconocían como ideales la República y la libertad tan amplia y completa como el grupo anteríor; pero que creía necesario para la realización del propósito y para asegurar el triunfo contra la tiranía, el mando militar absoluto y único; ambos iban al mismo fin pero sus tendencias eran diametralmente opuestas; unos iban á respetar y salvar los principios á riesgo de hacer fracasar el fin; los otros basados en la experiencia del pasado iban á buscar el fin, la independencia aún á riesgo de su amor propio, de sus principios y de su propia personalidad.

Entre la Asamblea que iba á reunirse en Jimaguayú y la que se reunió en Guáymaro había notables diferencias, que reflejaban la forma, manera, caracter y condiciones de ambas Revoluciones y la manera como cada uno de estos movimientos se formó y llevó á la práctica.

En 1868 la Revolución fué hija de muchos años de gestación; para preparala fué preciso el concurso de muchos años de martirio y de intolerancia gubernamental; el cubano, sin experiencia política, aletargado por un régimen embrutecedor, que sostenía como base el alentar todos los vicios, cosa fácil en un país excesivamente rico y productor, en que el trabajo brutal y obligatorio de la mitad de

la población; servía para embrutecer la otra mitad, en que el crímen de la esclavitud que sostenía el dominador y del que hacía copartícipe y responsable á la población blanca criolla, les servía de pretexto para explotar á blancos y á negros y engañar al mundo para el cual la población cubana blanca era una raza degradada é idolente á quién se podía manejar fácilmente halagando sus vicios.

Para romper aquella atmósfera malsana y enervante, se necesitaban hombres superiores, ilustrados y jóvenes para acumular energías é ideas generosas, ilustrados para poder romper las prácticas que se le inculcaran desde la infancia, y nobles para poder trocar el bienestar y la riqueza por los riesgos de la guerra; la miseria como porvenir, y tal vez para mañana el desencanto y el desprecio de su propio pueblo; único galardón con que los pueblos esclavos suelen premiar á sus redentores y adeptos.

Con esos elementos se formó la Asamblea de Guáymaro, reflejo fiel de la clase social que hiciera la Revolución de 1868.

Para hacer esta, se reunieron en Cuba la inteligencia y la riqueza; sus primeros capitalistas asumieron la representación revolucionaria, sus mejores inteligencias se pusieron á su servicio.

Francisco Vicente Aguilera y Miguel Aldama prefirieron la miseria del patrióta á la opulencia del ciervo y dieron á su patria su posición y su caudal;

apesar del desdén, el menosprecio y la ingratitud de su propio pueblo.

Morales Lemus, Hechevarría, el infortunado Zenea, Miguel Gerónimo Cutierrez, los Figueredo, los Aguilera, Goicuría y otros mil dieron el ejemplo al pueblo; y la juventud generosa, lo mismo en la parte Oriental que en la Occidental corrió á dar á la patria su inteligencia y su vida.

La Asamblea de Guáymaro, por los hombres que la componían, dá una alta idea del grado de cultura de la sociedad cubana en 1868, y serán muy pocos los pueblos latinos que puedan presentar un grupo de hombres que reuniera tan notables cualidades.

Con la guerra de 1868 casi desapareció una generación cubana ya hoy casi olvidada y oscurecida á quien un día el pueblo le hará justicia.

La Asamblea de Jimaguayú debía de ser, y fué, el reflejo de la Revolución de 1895 y en sus componentes demostró la manera con que se había creado la tormenta revolucionaria y los elementos con que contó para su formación.

Increible parece que para puestos de tanta trascendencia se empleara gente tan joven y tan falta de experiencia. Si se examina la edad de los representantes de la Revolución en la Asamblea de Jimaguayú, parecerá extraño que haya un pueblo que en momentos como aquellos confiara sus desti-

nos á jentes semejantes; pero para gloria de los que los ocuparon podemos decir que buena ó mala su labor, deben estar orgullosos de ella, por que llenaron su cometido honradamente, y dieron vida al cuerpo revolucionario por mucho más tiempo del que fijaran en su periódo.

Las censuras que hagamos á su gestión nunca disminuirá un ápice la admiración y el aplauso que les prodigamos hoy, como lo hemos hecho anteriormente por su acierto, desinterés y patriotísmo en el desempeño de su cargo dificil y espinoso.

La Revolución de 1868 fué la Revolución de los viejos y de los ricos; la Revolución de 1895 fué la Revolución de los jóvenes y de los pobres, y á unos y á otros representaba la Asamblea de Jimaguayú.

Podrá decirse mañana tal vez que les faltó práctica y experiencia para sortear las ambiciones y dificultades del momento; pero habrá que confesar que les sobró patriotismo y buena intención.

Así como en el año 1868, la clase rica fué la iniciadora y la sostenedora de la Revolución, dando cuanto tuvo y cuanto pudo; enseñando al país el camino por donde se iba á la libertad y la abnegación que era necesaria para el sacrificio; en 1895 la clase pobre tuvo fé cuando todos duban, tuvo abnegación para quitarse el pan de la boca ganado penosamente con el trabajo diario y en unión de todo

el pueblo cubano ofrendó su vida en holocausto por la libertad.

Su mérito inmenso estriba en su fé; su fortaleza en la desgracia y su constancia en los reveses: un fracaso no era causa para abatir el ánimo, sino un espolazo para avivar el esfuerzo, y así sólo hemos podido llegar adonde estamos del camino de nuestro calvario político y en ese espíritu confiamos para llegar al fin: seguros de que no habrá obstáculo que nos detenga ni sacrificio que nos parezca grande.

El día 10 de Setiembre estaban ya reunidos los representantes nombrados por los distintos cuerpos de Ejército.

Componían la Asamblea Joaquín Castillo, Rafael Portuondo, Pedro Aguilera y Mariano Sánchez en sustitución de Tomás Padró: Enrique Céspedes, Rafael Manduley, Rafael Pérez Morales, Marcos Padilla, Salvador Cisneros Betancourt, Lope Recio, Enrique Loynaz del Castillo, Pedro Piñán de Villegas, Raymundo Sánchez, J. López Leiva, Francisco Díaz Silveira, Santiago García Cañizares, José Clemente Vivanco, Severo Pina, Orencio Nodarse y Fermín Valdés Domínguez.

El día 11 se reunía la Asamblea bajo la Presidencia de Salvador Cisneros Betancourt, y aprobadas las actas se nombró la mesa definitiva, siendo elegidos:

Presidente—Salvador Cisneros Betancourt

Vice-Presidente—Rafael Manduley
Secretario—José Clemente Vivanco.
Id. Orencio Nodarse.

Desde el primer día reflejáronse en la Asamblea dos tendencias claras y definidas: unos sostenían la necesidad de organizar el Gobierno sobre una base en que predominara el elemento militar; llegando casi á la Dictadura, y los otros el establecimiento de un régimen civil que reflejara con toda su pureza los principios republicanos.

La primera tendencia la sostenían los diputados Orientales y la segunda Salvador Cisneros Betancourt y sus adeptos, representando una minoría escasa.

Los primeros exageraron tanto sus propósitos que hacían casi imposible su aceptación; llevando su radicalismo hasta el límite de manifestar que en el período inicial de la guerra lo único necesario era constituir fuerte y vigoroso el ejército, agente único con el cual había de resolverse el ideal revolucionario: la independencia.

Tras dos días de debates acalorados, vino á buscarse un término medio que cubría las apariencias, pero que en realidad daba el triunfo á los de la primera tendencia, y que tenía el mal de todas las transacciones; es decir no tenía las ventajas del medio radical; pero dejaba á la entidad creada sin fuerza ni vigor suficiente á la par que el poder militar po-

día ejercer el mando sin cortapisas ni responsabilidades; dejando desde el primer momento al recien nacido Gobierno en situación difícil; dando origen á conflictos constantes que no tardaron en surgir.

Se discutió y promulgó una constitución y se declaró que la Revolución de 1895 era la continuación de la iniciada en Yara en 1868; consignándolo así en el preámbulo de la constitución que redactó Enrique Loynaz del Castillo.

Se constituyó pues un consejo de Gobierno compuesto de un Presidente: un Vice-Presidente: cuatro Secretarios y cuatro Sub-secretarios, cuyas funciones determinaría la nueva Constitución.

La Asamblea nombraría además un General en Jefe; un Lugarteniente General y el Representante de la República de Cuba en el Exterior.

He aquí la

CONSTITUCION DEL GOBIERNO PROVISIONAL DE CUBA

La revolución por la independencia y creación de Cuba en República democrática, en su nuevo período de guerra iniciado en 24 de Febrero último, solemnemente declara la separación de Cuba de la monarquía española y su constitución como Estado libre é Independiente con Gobierno propio, con autoridad suprema, con el nombre de **"República de Cuba"** y confirma su existencia entre las divisio-

nes políticas de la tierra, y en su nombre y por delegación que al efecto les han conferido los cubanos en armas, declarando previamente ante la patria la pureza de sus pensamientos, libres de violencias, de ira ó de prevención, y sólo inspirados en el propósito de interpretar en bien de Cuba los votos populares para la institución del régimen y gobierno provisionales de la República, los representantes electos de la Revolución, en Asamblea Constituyente, han pactado ante Cuba y el mundo civilizado, con la fé de su honor empeñado en el cumplimiento, los siguientes artículos de Constitución.

Art. 1º—El Gobierno Supremo de la República residirá en un Consejo de Gobierno, compuesto de un Presidente, un Vice Presidente, y cuatro Secretarios de Estado, para el despacho de los asuntos de Guerra, de lo Interior, de Relaciones Exteriores y de Hacienda.

Art. 2º—Cada Secretario tendrá un Sub-Secretario para suplir los casos de vacante.

Art. 3º—Serán atribuciones del Consejo de Gobierno:—1º Dictar todas las disposiciones relativas á la vida civil y política de la revolución.—2º Imponer y percibir contribuciones, contraer empréstitos públicos, emitir papel-moneda, invertir los fondos recaudados en la Isla por cualquier título que sean, y los que á título oneroso se obtengan en el extranjero.—3º Conceder patentes de corso, levan-

tar tropas y mantenerlas, declarar represalias respecto al enemigo y ratificar tratados.—4º Conceder autorización, cuando así lo estime oportuno, para someter al Poder Judicial al Presidente y demás miembros del Consejo si fuesen acusados. —5º Resolver las reclamaciones de toda índole excepto judicial, que tienen derecho á presentarle todos los hombres de la revolución—6º Aprobar la ley y organización militar y ordenanza del Ejército que propondrá el General en Jefe.—7º Conferir los grados militares de coronel en adelante, previos informes del jefe superior inmediato y del General en Jefe, y designar el nombramiento de este último y del Lugarteniente General, en caso de vacante de ambos—8º Ordenar la elección de cuatro representantes por cada Cuerpo de Ejército, cada vez que, conforme con esta constitución, sea necesario la convocación de Asambleas.

Art. 4º—El consejo de gobierno solamente intervendrá en la dirección de las operaciones militares, cuando á su juicio sea absolutamente necesario á la realización de otros fines políticos.

Art. 5º—Es requisito para la validéz de los acuerdos del consejo de gobierno el de haber tomado parte en la deliberación los dos tercios de los miembros del mismo y haber resuelto aquellos por voto de la mayoría de los concurrentes.

Art. 6º—El cargo de consejero es incompatible

con los demás de la República y requiere la edad mayor de veintiun años.

Art. 7º—El Poder Ejecutivo residirá en el Presidente, ó en su defecto en el vice-Presidente.

Art. 8º—Los acuerdos del consejo de gobierno serán sancionados y promulgados por el presidente, quien dispondrá lo necesario para su cumplimiento en un término que no excederá de diez días.

Art 9º El presidente puede celebrar tratados con la ratificación del consejo de gobierno.

Art. 10.—El presidente recibirá á los embajadores y expedirá sus despachos á todos los funcionarios.

Art. 11.—El tratado de paz con España que ha de tener precisamente por base la independencia absoluta de la Isla de Cuba, deberá ser ratificado por el consejo de gobierno y la asamblea de representantes, convocada expresamente para ese fin.

Art. 12.—El Vice Presidente sustituirá al Presidente en casos de vacante.

Art. 13.—En el caso de resultar vacantes los cargos de presidente y vice presidente, por renuncia, deposición ó muerte, ú otra causa, se reunirá una Asamblea de representantes para la elección de los que hallan de desempeñar los cargos vacantes, que interinamente ocuparan los secretarios de más edad.

Art. 14.—Los secretarios tomarán parte con voz

y voto en las deliberaciones de los acuerdos de cualquiera índole que fuesen.

Art. 15.—Es atribución de los secretarios proponer todos los empleados de sus respectivos despachos.

Art. 16.—Los subsecretarios sustituirán en los casos de vacante á los secretarios de Estado, teniendo entonces voz y voto en las deliberaciones.

Art. 17.—Todas las fuerzas armadas de la República y dirección de las operaciones de la guerra estarán bajo el mando directo del General en jefe que tendrá á sus órdenes como segundo en el mando un lugarteniente general que le sustituirá en caso de vacante.

Art. 18.—Los funcionarios de cualquier orden que sean se prestarán recíproco auxilio para el cumplimiento de las resoluciones del consejo de gobierno.

Art. 19.—Todos los cubanos estan obligados á servir á la Revolución con su persona é intereses según sus aptitudes.

Art. 20.—Las fincas y propiedades de cualquier clase petenecientes á extranjeros, estarán sujetas al pago del impuesto en favor de la revolución mientras sus respectivos gobiernos no reconozcan la beligerancia de Cuba.

Art. 21.—Todas las deudas y compromisos contraidos desde que se inició el actual período de

guerra hasta ser promulgada esta Constitución por los jefes del cuerpo de ejército en beneficio de la revolución, serán válidos como los que en lo sucesivo correspondan al consejo de gobierno efectuar.

Art. 22.—El consejo de gobierno podrá deponer á cualquiera de sus miembros por causa justificada, á juicio de dos tercios de los consejeros y dará cuenta en primera asamblea que se convoque.

Art. 23.—El Poder Judicial procederá con entera independencia de todos los demás: su organización y reglamentación estarán á cargo del Consejo de Gobierno.

Art. 24.—Esta Constitución regirá á Cuba durante dos años, á contar desde su promulgación, si antes no termina la guerra de Independencia. Trascurrido este plazo se convocará á Asamblea de Representantes, que podrá modificarla y procederá á la elección de nuevo Consejo de Gobierno y á la censura del saliente.

Así lo ha pactado, y en nombre de la República lo ordena, la Asamblea Constituyente, en Jimaguayú, á diez y seis de septiembre de mil ochocientos noventa y cinco, y en testimonio firmamos los representantes delegados por el pueblo cubano en armas.

Salvador Cisneros y B., Presidente.—Rafael Manduley, vice-presidente.—Rafael Sánchez.—Fermin Valdés Dominguez.—Pedro Piñan de Villegas. —J. D. Castillo.—Mariano Sánchez Vaíllant. —Pe-

dro Aguilera.—Enrique Céspedes.—Lópe Recio L. —Francisco Díaz Silveira.—Rafael M. Portuondo. —Dr. Santiago García Cañizares.—Enrique Loinaz del Castillo.—Severo Pina.—Rafael Pérez Morales.—Marcos Padilla.—J. López Leiva, secretario. —José Clemente Vivanco, secretario.—Orencio Nodarse, secretario.

Aprobada después de discutida la Constitución, se eligió el Consejo de Gobierno que quedó constituído en esta forma:

Presidente: Salvador Cisneros Betancourt.
Vice-Presidente: General Bartolomé Massó.
Secretario del Exterior: Rafael Portuondo.
Idem del Interior: Santiago Carcía Cañizares.
Idem de la Guerra: General Cárlos Roloff.
Idem de Hacienda: Severo Pina.
Sub-Secretario del Exterior: Dr. Fermin Valdés Domínguez.
Idem del Interior: Cárlos Duboy.
Idem de la Guerra: Mario G. Menocal.
Idem de Hacienda: Dr. Joaquin Castillo Duany.

La Asamblea, además, nombró por aclamación General en Jefe al general Máximo Gómez; Lugar Teniente General al general Antonio Maceo y Representante de la República de Cuba en el Exterior á Tomás Estrada Palma.

Desde la inauguración de la Asamblea el sentimiento militar había predominado, teniendo la mayoría de los Representantes en su favor. Salvador Cisneros, casi solo y con su tenacidad proverbial, sostenía el criterio contrario que es el reflejo de su caracter y de su modo de ser.

La gente jóven de la Asamblea, escarmentada con la experiencia de la Cámara de Representantes de la Revolución de 1868; quiso huir de aquellos peligros y en vez de modificar aquella y mejorarla, evitando los graves defectos de que adoleció; fueron al extremo contrario, tan radicalmente, que queriendo mejorarla la empeoraron.

Estaba tan arraigada la idea militar, que Enrique Loynaz, impulsado por su caracter y por varios representantes, antes de la formación del Gobierno; fué á ver al general Máximo Gómez y á consultar su voluntad para elegirlo Presidente de la República, llegando hasta ofrecerle la dictadura militar, si él lo creía conveniente.

El general Gómez rechazó las proposiciones que le hiciera Loynaz y como éste insistiera, contestóle nuevamente el General, que no quería; que en aquellos momentos no lo creía oportuno ni conveniente al país que atravesaba por una situación peligrosa y difícil; que á duras penas lograba ser obedecido por algunos; que tendría que luchar con éstos si eso sucediera, gastando su prestigio con pocas probabi-

lidades de éxito; que si más tarde, al variar las circunstancias, lo creia conveniente ó necesario, tal vez él mismo lo pediría.

Como Loynaz insistiera nuevamente en su empeño, el general Gómez le contestó de una manera agria y dura: «Usted se cree con bastante talento para convencerme de lo que, según mi criterio es malo y poco conveniente?».

La actitud del general Gómez acabó de formar el criterio é indujo á dar al Consejo de Gobierno la forma que obtuvo y que por desgracia de la Revolución lo hacía ineficaz para hacer el bien y sin poder tomar iniciativa alguna como ésta contrariase al poder militar; quitándole prestigio y fuerza, de modo que ni en el interior ni en el exterior surtiera efecto provechoso el paso dado.

En cambio, las atribuciones dadas al General en Jefe lo hacían, como lo fué, un verdadero dictador, y le libraba de responsabilidades para el porvenir y la historia; eximiéndose de las animosidades que siempre tiene en los pueblos libres el mando absoluto.

La completa dirección de las operaciones militares y la organización del Ejército, así como también el derecho de dar los grados militares hasta tenientes coroneles; cosa que no podía realizar el Gobierno, le daban tanta preponderancia al General en Jefe, que anulaba por completo al primero, pues

hasta en la organización civil venía á ser ineficaz, una vez que los Prefectos y Sub-Prefectos, en la mayor parte de los territorios en que eran activas las operaciones militares, tenían á sus órdenes guerrillas organizadas militarmente y dependían exclusivamente de los Jefes militares, siendo puramente nominal su denominación civil.

Podía decirse que solo para el exterior servía su gestión, pues hasta en la de contribuciones é impuestos entendian directamente los jefes militares que hasta entonces no habian dado cuenta á nadie, y que hasta algún tiempo después siguieron haciendo lo mismo por desgracia, pues exeptuando á Oriente durante la gestión de Tomás Padró la mayor parte del dinero colectado se empleó sin orden ni concierto alguno.

El cargo de Lugar-Teniente General creado, fué una innovación innecesaria, pero que en aquellos momentos servía para halagar á Antonio Maceo, cuyo ascendiente se sentía en la Asamblea y cuyo descontento, avivado con sus recientes choques con el General Bartolomé Massó quisieron subsanar en parte.

El nombramiento de Presidente del Consejo de Gobierno fué para los que desde lejos seguían la marcha de los sucesos en la Revolución, una verdera sorpresa: aunque no así para aquellos que so-

bre el terreno estaban al tanto de los hombres y de las cosas que se ponían en juego.

Con pocos hombres ha sido tan ingrata la Revolución como con Bartolomé Massó. Parecía él el que lógicamente estaba indicado para el puesto de Presidente del Consejo, tanto por sus condiciones de carácter y antecedentes políticos como por ser el único de los Jefes principales comprometidos á levantarse en la fecha fijada que lo efectuó en el sitio y momento en que se comprometiera.

Desde los primeros momentos y una vez muerto Guillermo Moncada, fué reconoido tácimente como Jefe Supremo. Con su actitud y su resolución salvó la naciente Revolución al rechazar las proposiciones que le hicieran Leyva y Spotorno.

Sin ambición personal, no titubeó al reconocer á Gómez y Martí, anteponiendo siempre el bien general al interés propio.

Más tarde la debilidad de Gómez lo puso en la necesidad de chocar con Maceo, y preso estaba cuando llegó á la Asamblea.

Parecía lógico creer que en esas elecciones se le hubiera hecho justicia y se hubiese subsanado en parte el agravio y la injusticia tan recientemente cometida.

Massó fué sacrificado para acallar á Maceo. No convenía al general Gómez enemistarse con este último que aparecía siempre obediente y subordinado;

estaba apoyado de tal manera y había ganado tan notable ascendiente que podía ser buen auxiliar ó terrible enemigo; además desde que el Marqués de Santa Lucía se incorporó á Gómez este lo trataba ya como si fuera el Presidente nombrado, y sus órdenes circulaban como si tuviera cargo oficial; además, con la persona que estuviera con el Marqués estarían los votos y las fuerzas del Camagüey.

Además la forma que la necesidad había impuesto para nombrar los representantes daba como consecuencia, que estos venían á ser los ejecutores de las órdenes de los Jefes militares que, cubriendo ligeramente las formas, los habían nombrado é impuesto á las fuerzas; los del primer cuerpo, dada la rivalidad existente entre Maceo y Massó era lógico votaran contra éste; entre los del 2º cuerpo, Marcos Padilla era uno designado por el General Gómez para sustituir á Massó, y sólo estuvo despierto en las sesiones de la Asamblea el tiempo preciso para votar en contra de Massó, restregándose los ojos aun á medio abrir; entre los del 2º Cuerpo era lógico votaran por el compañero de representación, apesar de que entre ellos Enrique Loynaz votó en favor de Massó y los de Occidente sufrían la influencia del General Gómez, que manifiestamente favorecía á Salvador Cisneros, de quien no se había separado desde su entrada en Camagüey.

El día 19 de Septiembre amanecía de fiesta el

campamento. La música y las cornetas avisaban y daban alegría al cuadro; el campamento tenía inusitado movimiento; los rancheros de las inmediaciones acudían presurosos; poco después las fuerzas todavía vistosas y montando magníficos caballos salían en correcta marcha á formar un gran cuadro á cuyo centro acudían poco después los Representantes de la Asamblea, el nuevo Gobierno y los Generales con sus Estados Mayores; la música llenaba el espacio de acordes militares y las banderas cubanas flameaban orgullosas entre los grupos de soldados entusiasmados y soñando un triunfo cercano.

Leida la constitución fué jurada por las tropas y el pueblo allí reunido, y proclamado poco después el nuevo Gobierno que á la cabeza de las fuerzas, con las banderas desplegadas, éstas desfilaban á sus campamentos entre gritos frenéticos de entusiasmo.

Allí, en el mismo lugar en que años ántes cayera en día aciago la figura más noble y quizás más grande de la Revolución de 1868; allí, donde cayó Ignacio Agramonte, surgía la nueva entidad que debía llevar á término el ideal del héroe camagüeyano.

Si después de la muerte queda algo, si el espíritu de Agramonte sobrevive, aquello debía ser para él un acto de desagravio y un placer inmenso al ver de nuevo á su pueblo y á muchos de sus compañe-

ros lanzados otra vez en el camino de la honra y de la libertad.

La constitución del Gobierno de la nueva República había sido tanto fuera como dentro de la Revolución un manantial de esperanzas é ilusiones que poco á poco fueron disipándose.

En el interior el Gobierno fué un mecanismo que entorpecía, embargaba hombres para su custodia y recursos para su manutención, algunas veces hasta con regalo y lujo: en el exterior, para la parte oficial fué un hecho completamente insignificante y al que no se tomó en consideración sino para decir como lo hizo Mr. Cleveland que no era Gobierno más que en el papel.

Sólo trajo una ventaja y un aliento á la Revolución, debido más que á su acción gubernamental; al momento histórico y á la iniciativa y tenacidad del nuevo Presidente del Consejo de Gobierno Salvador Cisneros Betancourt.

La constitución del Gobierno vino á marcar el punto de partida de la invasión; desde este momento la revolución no tuvo otro objetivo que realizar la propagación de ella por toda la Isla, pasando como tremendo torbellino que asolara toda la tierra, paseando triunfante su bandera desde Punta Maisí al Cabo San Antonio, llevando con ella el espíritu de redención y justicia; arrollando delante de así, amedrentado y absorto al Ejército Español, que re-

trocedía atónito ante el increible empuje de la ola invasora.

Marcha Homérica en que un ejército en número escasísimo; casi desarmado y con escasas municiones; sin más provisiones que las que hallaba en su camino; sin medios de transporte para sus heridos; en terreno que debía conceptuar enemigo; y sin más amparo que su intrepidez y su valor, arrollaba de un extremo á otro del territorio en plazo sumamente corto, á un formidable ejército Europeo, bien armado, sobrante de municiones y recursos, con poderosa artillería moderna y operando en un territorio hasta entonces suyo, sembrado de pueblos y ciudades donde reponerse y apoyarse para su victoria.

Marcha militar que llenó de admiración á los estraños, obligandóles á fijar su atención en los esfuerzos de este pueblo heróico y de sus notables Jefes y soldados.

VI

La Invasión

Con la reunión de la Asamblea de Jimaguayú puede decirse que termina el primer período de la Revolución, es decir, el de su formación y el de la reunión de los elementos necesarios para consolidarse y buscar nuevos campos donde extender su dominación.

Grandes eran los obstáculos que hubo que vencerse hasta el 19 de Septiembre de 1895, pero verdaderamente desde esa fecha dá principio su época más gloriosa, más digna de atencion para los que se dedican á los estudios de las cuestiones militares por los recursos que demuestra y la peculiaridad de la guerra cubana.

No es el ejército cubano en este período, la reunión de guerrilleros que por intuición más bien que con instrucción militar, se reunen y dispersan con pasmoso acierto y celeridad, para atacar al enemigo

cuando le conviene ó para fatigarlo en largas y penosas marchas, batiéndose siempre de manera de poder hacer el mayor daño al contrario, sufriendo ellos el menor posible, aprovechando la hondonada, el vado, la pendiente, para batirse con ventaja. En este período todo es distinto. El ejército cubano se bate con todas las desventajas de su parte, en un terreno abierto y llano que desconoce; encontrará á su contrario siempre con la desventaja para sí del número, con mal armamento y con escaso parque y sin embargo, en sublime concurso, Jefes y soldados suplen esas faltas, con una movilidad extraordinaria y de tal índole que aturde al enemigo que sin rumbo, perdido y perplejo, se vé siempre atacado inesperadamente y cási siempre vencido.

Caso especialísimo y raro que sólo puede realizarse con soldados que reunan las especialísimas condiciones del soldado cubano, que se ha batido hasta hoy sin sueldo, sin rancho y sin ropa, y con una inteligencia y una iniciativa que han hecho de cada soldado un general.

Revolucionado el territorio Cubano desde la parte Oriental á las Villas Occidentales, se habían organizado cuatro cuerpos de Ejército; el 1º y el 2º á las órdenes respectivas de José Maceo y Bartolomé Massó y ambos á las órdenes de Antonio Maceo, operaban en el territorio Oriental: el 3º á las órde-

nes del General José Mª Rodríguez se movería en el territorio de Camagüey y el 4º á las órdenes del General Serafín Sánchez operaba en el territorio Villareño.

Después del movimiento hecho por el General Antonio Maceo en el territorio Norte en que recorrió las comarcas de Mayarí y Holguín, se podía decir que el campo en Oriente estaba todo en poder del Ejército Cubano; los españoles se habían concentrado en las poblaciones, creando líneas militares fortificadas que les permitieran el transporte de sus convoyes de aprovisionamiento, y sus operaciones se reducían á mover sus columnas de tres á cuatro mil hombres por el país.

La presencia de Gómez y Antonio Maceo en Oriente llamaba la atención de los españoles sobre ellos haciéndoles acumular allí la mayor parte de los refuerzos que continuamente venían de España.

Suarez Valdés en Holguín, Echagüe en el territorio de las Tunas y Serrano Altamira sobre el rio Jobabo, se movían para impedir el avance de Maceo sobre Camagüey, donde permanecía Gómez, dueño de cási toda la provincia concretados los españoles á las poblaciones de Pto. Príncipe, Santa Cruz y San Miguel de Nuevitas, y á cubrir la línea férrea de éste último punto á Puerto Príncipe, así como el camino real de la Isla hasta Guáymaro, lo que les aseguraba la comunicación con Tunas.

En las Villas, nuestras fuerzas se habían sostenido estendiendo sus operaciones á Trinidad, Cienfuegos y Sagua, y en Colón y Matanzas había partidas permanentes.

Ya en el mes de Noviembre se daban en Matanzas por Lacret y Francisco Pérez combates como el de Cayo Espino, y Secundino García, José Roque, Regino Alfonso, Matagas y Eduardo García, operaban diariamente en ese territorio.

Mientras tanto en España, Cánovas y Azcárraga se multiplicaban, y el dinero y los hombres necesarios llegaban con asombrosa rapidéz, como si quisieran aplastar á la Revolución cuyo rápido crecimiento les sorprendía.

Tal era el estado de la Revolución al finalizar el mes de Septiembre cuando llegaba á Oriente la noticia de la Constitución del Gobierno y las instrucciones para activar los preparativos de la invasión.

Los inconvenientes y disgustos conque había tropezado Antonio Maceo, parecía que habían entibiado su entusiasmo anterior: la actitud de Massó que se negaba á recibir sus órdenes, había acentuado su disgusto y le daba pretexto para justificar el retardo en la reunión de los contingentes del 1º y 2º Cuerpo.

Por su parte José Maceo no veía con gusto que le pidieran sus mejores soldados y armamentos, y obedecía á duras penas y á regaña dientes.

Por otra parte Massó, que había recibido el mando del 2º Cuerpo, se creía depender exclusivamente del General en Jefe, pués éste no le había comunicado órdenes en contrario.

Ya hemos dicho que no era Antonio Maceo hombre que sufriera una desobediencia y al propio tiempo costábale trabajo obedecer á Gómez, que siempre le mandaba las órdenes procurando evitar un choque.

Las disposiciones que mandaba á Bayamo quedaban sin cumplirse, por lo que dió órdenes directas al primero y segundo cuerpo para que alistasen los contingentes respectivos, que deberían estar organizados, y reunidos en Baraguá, mientras él salía al encuentro del Gobierno, que una vez constituído se dirijía hacia Oriente.

Al mismo tiempo despachaba órdenes para la detención del general Massó y su conducción al encuentro del Gobierno.

No eran desconocidos estos hechos en la residencia del Gobierno y tampoco los ignoraba el general en Jefe, y tanto por esto como para apresurar la salida de los contingentes, emprendió marcha el Gobierno, al que acompañó el general Gómez hasta San Juan de Dios de Portillo.

En el límite del territorio de Holguín vino á encontrar al Gobierno al nuevo Lugar-Teniente General.

Para facilitar la realización del movimiento, se le dió al general Antonio Maceo el mando del ejército invasor que se organizaba, y como el general Bartolomé Massó pasaba á ocupar el puesto de Vice Presidente de la República para el cual había sido elegido por la Asamblea, se salvó de esta manera un incidente que pudo tener fatales consecuencias para la marcha futura de la Revolución.

Reunido ya á Maceo marchó el Gobierno por la costa de Cauto hacia el Hato del Medio, y el día 10 de Octubre reunidas todas las fuerzas en Baraguá, juraba el Ejército de Oriente, la nueva constitución y el Gobierno.

En el mismo sitio y á la sombra de los mismos mangos donde se hizo el último esfuerzo para prolongar la resistencia en la Revolución de 1868, se aclamaba al gobierno que venia á dar forma á la nueva revolución iniciada el 24 de Febrero de 1895, para dar cima á la empresa de arrancar del dominio de España el territorio cubano, que durante cuatro siglos había explotado y esclavizado con codicia y crueldad sin igual.

El lugar despejado, limpio; la sabana estensa, la alegría y el entusiasmo que se reflejaba en el semblante de todos los allí congregados, eran feliz presagio del éxito de la Revolución; el proyecto de realizar la invasión, que hasta entonces se había visto con tibiesa, adquiere nuevo impulso, sustitu

yendo á la apatía y poca fé, extraordinaria actividad y ardimiento.

El general Antonio Maceo que hasta entonces aparecía solo preocupado por las cosas de Oriente, cambia por completo, imprimiendo en todo su acostumbrada actividad y su esmerada atención.

Jefes y oficiales eran escogidos por él, que á todos conocía; se rodea de una juventud brillante por su inteligencia, posición social, valor y entusiasmo; el general Miró y Argenter será su Jefe de Estado Mayor.

El día 20 de Octubre de 1895 abandonaba la columna el campamento é iniciaba la marcha que la debía llevar triunfadora y heróica á través del territorio cubano, llevando consigo al gobierno, yendo á buscar la costa del rio Cauto.

En Pestan dá Antono Maceo sus últimas disposiciones, se ultiman las listas de los contingentes invasores y se separan las fuerzas de Cuba que á las órdenes de José Maceo debían quedar en el territorio.

Conforme á las órdenes dictadas por el Gobierno de la República, el 1º y 2º Cuerpo de ejército debería aportar cada uno mil hombres armados, engrosándose después la columna invasora con el contingente del 3er Cuerpo (Camagüey), á su paso por Puerto Príncipe. Esto último no pudo ocurrir por hallarse ya el 3er. Cuerpo en las Villas con el general Máximo Gómez.

Antonnio Maceo tuvo que vencer la oposición de su hermano José, que no quería verse despojado de sus mejores soldados, que por otra parte deseaban permanecer en su provincia natal. Así, pues, emprendió el general Maceo su marcha á Occidente con 2.000 hombres escasos y con poco armamento.

El aspecto de aquel ejército, si así puede llamarse aquella masa de gente de todas clases y colores, sin disciplina aún, con cuerpos recien formados y sin cohesión ninguna, mal armados, casi desnudos y escasos de municiones de guerra, era causa bastante para dar á cualquier Jefe pocas esperanzas de éxito para empresa alguna y mucho menos en una tan ardua y peligrosa como la que se pensaba realizar.

Para iniciarla en aquellas condiciones era preciso tener el gran corazón de Antonio Maceo, su indomable voluntad y su inmenso valor; así como la fé ciega del soldado cubano y la confianza que le inspiraba el Jefe que los mandaba.

Sin embargo, el entusiasmo era extraordinario, aquellos hombres que dejaban atrás su terruño feliz, sus montañas queridas, donde iban á quedar abandonados y miserables los seres queridos, las madres, los hijos, la mujer adorada, dueña de su dicha y de sus iluciones; poseidos de sin igual ardimiento patriótico, solo pensaban en los triunfos futuros y en la felicidad de la Patria, en el prestigio y pujanza que

con su esfuerzo iban á proporcionar á la recien nacida República de Cuba.

Desde las primeras marchas iba en aumento aquella ola humana, y como las cruzadas en la Edad Media, los soldados de la libertad iban engrosando las filas á su paso. Parecía que el genio de la libertad daba valor y fé á los redentores de su tierra, á los vengadores de cuatro siglos de torturas y de vergüenzas increibles.

En vez de inspirar temor á aquellos montañeses la tierra llana y desmontada adonde habría que combatir y donde tendrían que medirse con un contrario superior en número, en disciplina y en recursos de todas clases, parecían todos poseidos del ansia de llegar, camo si tuvieran exacto conocimiento del asombroso triunfo que les guardaba el porvenir, y el desengaño del enemigo poderoso y fuerte, que esperaba aniquilarlos con su superioridad, y adquirir sobre ellos un triunfo fácil y seguro.

La conducta de los jefes españoles en aquellos momentos parece increible; su apatía ó su impericia permitió la formación del cuerpo invasor con pocos trabajos ni grandes sobresaltos, pues el enemigo que debía saber su avance los molestó poco ó nada.

Hizo sus marchas por la orilla del rio Cauto y cruzó la jurisdicción de Holguín sin combatir, apesar de las columnas españolas que al mando de Suáres Valdés cubrían ese teritorio, y los que suponía-

mos tratarían de estorbar la marcha ó por lo menos hostigar y combatir nuestra retaguardia, haciéndonos gastar tiempo y municiones.

En este territorio se incorporan las fuerzas de Holguín al mando del brigadier Luis de Feria y se sigue marcha hacia Tunas donde se les unen las fuerzas á las órdenes del general José Méndez Capote.

El día 4 de Noviembre se baten en la Soledad las fuerzas de las Villas que venían en la columna á las órdenes del General Serafin Sánchez.

Era el propósito del general Antonio Maceo esquivar el combate, cosa difícil dado su caracter y el empeño que se debía suponer en el enemigo por cortarle el paso.

El parque era escaso y se hacía preciso conservar la mayor cantidad posible para gastarlo en Occidente donde se suponía, con razón, que había mayor necesidad de él y donde había que batirse, no donde se quisiera, sino donde se encontrara al enemigo, cuya persecución en aquel terreno llano y abierto sería difícil evadir y engañar.

El día 6 de Noviembre las columnas españolas mandadas por el general Echagüe se batían en Guaramanao (Tunas) con la retaguardia de los invasores y el día 8 lo hacian de nuevo en el Lavado, mientras la columna seguía su marcha hacia Occidente. En ese dia cruzaba esta el rio Jobabo y acam-

paba en el territorio camagüeyano que debía cruzar con rapidez.

Increible parece que un movimiento de tanta trascendencia, preparado con tanta antelación y poco sigilo, se llevara á cabo á tán poca costa.

En la guerra de los diez años, los intentos de avance del general Máximo Gómez habían fracasado el primer año, porque los españoles habían combatido á los invasores en el Camagüey, obligándolos á sostener acciones como La Sacra, Naranjo y Las Guásimas, en que, consumiendo fuerzas y el parque disponible, se vió obligado á retroceder á su territorio el contingente oriental, viéndose obligado el general Gómez á retrasar el movimiento un año más.

El éxito obtenido por los españoles en aquella época, hacía lógico temer que sucediese ahora lo mismo: pero afurtunadamente no fué así, pareciendo incomprensible la inactividad del ejército español, que permitió al general Antonio Maceo cruzar tan extenso territorio sin combatir; sin apresuramiento; sin cansancio para su tropa, á la que pudo conservar pertrechada.

Ya en Camagüey se incorporaron á la columna las fuerzas del 3er. Cuerpo á las órdenes del general José Mª Rodríguez, las que debían acompañar á los invasores hasta cruzar la Trocha de Júcaro á Morón, donde se esperaba tener que luchar con grandes inconvenientes y combatir con tesón.

Por fin, el 29 de Noviembre cruzaba la Trocha la columna invasora solo con ligeros tiroteos y en ella se despedía el general Maceo del general Rodríguez, que con su fuerza debía permanecer en el territorio á su mando. La columna seguía su marcha hacia Occidente.

Desde esta fecha puede decirse que empezaba la odiséa de la invasión, de la que la marcha por Oriente y Camagüey había sido solamente el prólogo.

Examinando hoy los hechos con frialdad es como se puede juzgar la magnitud de la empresa y la grandeza, é inteligencia y condiciones militares de los jefes y soldados que la llevaron á cabo y para los cuales toda gloria es pequeña.

Es indudable que la tranquilidad conque el general Maceo pudo llevar á efecto la organización de la fuerza invasora y su marcha rápida y tranquila hasta las Villas se debe al talento militar del general Máximo Gómez al que no dudamos en tributar elogios tan bien ganados y al que censuraremos luego con la misma buena fé y sinceridad conque lo elogiamos ahora.

Los movimientos del general Gómez engañaron por completo al general Martínez Campos.

El paso á Camagüey fué una victoria sobre el jefe español que pensó acorralar la Revolución en Oriente; su paso á las Villas, anticipándose á Maceo y llamando la atención sobre sí para despistar

al enemigo del objeto principal, fué la base de la operación toda, pues obligó al general Martínez Campos á aglomerar sus fuerzas sobre la región azucarera que creía amenazada, dejando de esta manera libre el Camagüey.

Así se desprende de los comentarios que los escritores españoles hacían en aquella época, y de uno de ellos copiamos lo que sigue:

«La nota saliente en estos instantes de la Revolución, es el cruce de los Orientales á las Villas, movimiento que hasta hoy no he sabido á que proyecto obedece.

De todas suertes ratifico lo dicho en anterior correspondencia, la invasión de Maceo es la mayor esperanza que el gobierno puede concebir de que termine pronto esta guerra.

La insurrección se agrupa en las Villas donde hay grandes elementos para combatirla. Antonio Maceo y Máximo Gómez, los dos jefes más importantes del movimiento, entran en la provincia de Santa Clara á operar con un gran contingente de revolucionarios desconocedores de la jurisdicción.

Sofocado allí el movimiento insurreccional quedarían en el Camagüey Mayía Rodríguez y en Oriente José Maceo, Rabí y Pedro Pérez que distan mucho de tener la personalidad de los mencionados primeramente.»

Estos comentarios prueban claramente el error

en que cayó el general Martínez Campos á consecuencia de los movimientos de Gómez, que le obligaron á concentrar en las Villas los 25000 hombres que llegaron de España y que operaron á las órdenes de los generales españoles Suarez Valdés, Oliver, Luque, Garrich y Aldave, moviendo también hacia Occidente las Brigadas de Aldecoa y García Navarro.

Los combates dados en las Villas por las fuerzas á las órdenes del General Gómez el 11 de Noviembre, en Campiña el 13, y el 14 en Monte Oscuro, y el ataque del Fuerte Pelayo, acabaron de convencer al General Martínez Campos y lo hicieron afirmarse más en su equivocada creencia.

Los españoles medían sus fuerzas, contemplaban su poderoso ejército y sus exuberantes recursos; estaban confiados en que podían contener aquel puñado de hombres que con increible arrojo y serenidad venían á meterse incáutamente en la boca del león, para ser aniquilados con prontitud y facilidad.

Fuerza es confesar que la creencia era lógica si se fija el lector en las fuerzas de ambos combatientes y la diferencia de recursos y condiciones de las partes beligerantes.

España había hecho un esfuerzo extraordinario y del cual no parecía capaz: al finalizar el mes de Noviembre, tenía el General Martínez Campos dividido el Ejército Español en dos Cuerpos de Ejército;

el 1º al mando del General Luis M. Pando, que situó su Cuartel General en Santiago de Cuba y que debía operar en Oriente, y el 2º á las órdenes del General Sabas Marín, cuyo Cuartel General estaba en Cienfuegos y operaba en el Camagüey y las Villas, teniendo una fuerza efectiva, entre el ejército que había en Cuba y los refuerzos llegados de la Península, de 119.386 hombres y además 63.000 voluntarios que formaban un total de 182.386 hombres de las tres armas.

El ejército cubano en servicio activo en toda la Isla podía llegar en esa época á unos veinte mil hombres que creció rápidamente en los tres primeros meses á 28.000 hombres.

Verdad es que podía contar con un gran número de hombres para cubrir sus bajas y además con el elemento civil del territorio que era verdadero y eficáz auxiliar del ejército.

La desigualdad de los combatientes era tan grande que no en balde esperaban confiados los españoles aniquilar la Revolución en los llanos de Occidente.

Cruzada la Trocha siguió marcha la columna invasora y al día siguiente se reunían los Generales Gómez y Maceo.

El Gobierno, que hasta entonces había acompañado á los invasores, debía retrocer al Camagüey; el General Gómez tenía listo ya el contingente que

las fuerzas de las Villas debían dar á la columna invasora.

Desde entonces empezó la série de combates diarios; marcando cada día un combate, un nuevo triunfo y un paso adelante hácia la tierra de Canaan, hácia Occidente.

El ejército español que había dejado inactivo, cruzar el Camagüey á las fuerzas invasoras, emprenderá ahora con incansable tenacidad una persecución incesante; el puñado de héroes se verá en adelante, hostilizado sin cesar, pero asombrarán al mundo con su marcha portentosa; y el poderoso ejército europeo, retrocederá continuamente, atónito ante el empuje de la caballería cubana, que multiplicándose con la victoria los machetea y arrolla con sus ligeros caballos.

España que espera ver aniquilar en el llano al ejército cubano que en él se lanza, vé derrumbarse su castillo de naipes; el hacendado codicioso que esperaba la destrucción del revolucionario osado, verá el fantasma á sus puertas y el humo de sus cañaverales le anunciará su ruina, como justo castigo de su cobardía; el cubano tímido sacará la cabeza del rincón de la casa donde se esconde, por temor al voluntario feróz, para mirar estático al oriental victorioso y dar el grito contenido por tanto tiempo en el pecho triste de ¡Viva Cuba libre!

Las mujeres saldrán ansiosas á contemplar la fa-

lange heróica como á seres extraños, y á saludar el nuevo sol de libertad y triunfo de la patria amada.

Aquella multitud aumentada ya en Las Villas, con un gran número de desarmados, que forman una impedimenta enorme, careciendo de disciplina, embarazados en las marchas con multitud de acémilas y cargas, indiferentes al peligro, confiada en el ejército que la rodea, difícil de hacer marchar en órden, empezaba á ser un obstáculo serio, pero que el carácter y genio del General Antonio Maceo, trocara algun día en arma de combate.

La columna invasora vista de lejos, presentaba un aspecto imponente; por su número ocupaba en las marchas á veces, una extensión extraordinaria, que hacía difícil sus movimientos, poniéndola en sério peligro de ser cortada por el enemigo.

Desde el día 10 de Diciembre puede decirse que empezó el combate diario, rompiéndose el fuego en La Reforma y empezando el avance, el día 3 tiene lugar el sério encuentro de Iguará; el día 9 se baten en la Casa de Teja y el día 11 en Bocas de Toro sin contar los encuentros parciales, las escaramuzas diarias y los tiroteos de las exploraciones que continuamente estaban sobre el enemigo, que picaba incesantemente durante el día y la noche, la retaguardia y los flancos de la columna cubana, haciendo una persecución activa, como si el Jefe Español General Oliver pretendiera resarcirse del

tiempo perdido anteriormente, multiplicándose y moviendo sus batallones con extraordinaria actividad.

Del 9 al 10 de Diciembre el General Maceo había destacado al General Quintín Bandera hácia la Siguanea, tanto para distraer la atención del enemigo, como para aligerar la columna invasora, dejando á retaguardia la infantería, teniendo ésta fuerza algunos encuentros con la columna española que mandaba el coronel Rubín.

Los invasores iban venciendo todos los obstáculos; la jurisdicción de Sancti-Spíritus había sido dejada atrás sin que el enemigo hubiera podido detener la marcha de la columna invasora ni hacerle grave daño, pues durante el trayecto no sólo se le unía mucho personal, sino que había podido hacer con facilidad la remuda de sus cansados caballos.

El General Antonio Maceo velaba sin descanso, en todo tenía la vista fija, imprimiendo carácter militar en los hábitos de aquella tropa, ejerciendo estrecha vigilancia en las marchas, viéndosele tan pronto á retaguardia como á vanguardia, bien cruzando por los flancos de la columna al paso rápido de su caballo, ó bien gritando ¡fila! abriéndose paso entre la multitud acordonada en estrecho camino; cuidándose hasta de los más pequeños detalles; siendo siempre el último en acampar y extremadamente vigilante en la seguridad de sus campamentos, me-

dio único de evitar una sorpresa, temible accidente en aquellas masas de gente embarazada con la multitud de cargas que se hacían inevitables.

El ejército español que venía retrocediendo desde Oriente, creía detener el torrente revolucionario en los límites últimos de la guerra pasada y hacía esfuerzos para cerrarle el paso en Villaclara é impedirle el cruce á la zona rica, donde los campos de caña rodean edificios magníficos y de un valor extraordinario, que constituyen la mayor riqueza de la tierra cubana.

Las lomas de Manicaragua debían ser la barrera última donde los Jefes españoles esperaban hacer un supremo esfuerzo. y puede decirse que durante los días once, doce y trece, no cesó el fuego que sostenían incesantemente las fuerzas de retaguardia al mando del General Serafín Sánchez, teniendo que combatir durante el día, en alarma durante la noche, teniendo á la vista las fogatas del enemigo y necesitando marchar y moverse penosamente en aquel terreno accidentado.

Las lomas de Güiro fueron el teatro de ese batallar continuo; hasta que el enemigo estenuado sin duda de tan contínua fatiga y con el desaliento de su esfuerzo inútil, contramarchaba abandonando la retaguardia de la columna heróica, que siguió su marcha de avance en busca de nuevas victorias.

Estaba en pleno llano, rico y abierto; en el límite

de la Revolución pasada. Podía decirse que el ejército cubano ponía el pié en la tierra prohibida.

Noches terribles debieron ser para los generales Gómez y Maceo, estas precursoras del paso tremendo. ¡Cuántas indecisiones, cuántas dudas; cuántas responsabilidades qué aceptar y con qué pequeños recursos tenían que contar para tan ardua empresa!

Escasos de parque, rodeados de columnas enemigas, iban á lanzarse á aquella región, donde el jefe del ejército español, general Martínez Campos, jugaba su última carta, confiado en que todo le favorecía; el terreno, la disciplina de sus tropas, la superioridad de su armamento, el número de soldados y la abundancia de recursos; teniendo que combatir un enemigo, escaso en número, sin disciplina, mal municionado y casi desnudo.

El ejército invasor cruzaba la tierra de promisión el dia 14 de Diciembre, descolgándose por entre las asperezas de la sierra; serpeando la larga columna por aquellos caminos de accidentes contínuos y haciendo alto en Guamá.

El dia 15 por la mañana, emprendía marcha y se quemaba el campo del ingenio *Teresa*, recibiéndose aviso de que una fuerte columna enemiga, acampada en Mal Tiempo, pequeño caserío inmediato, marchaba á su encuentro.

Conferencian los generales Gómez y Maceo y marchan á sus puestos, disponiendo el ataque, que se

entabla poco después con un fuego vivísimo de infantería.

De un escrito del general José Miró, jefe de Estado Mayor del general Antonio Maceo, copiamos estas líneas que pintan la actitud de los dos generales:

«El general Maceo organiza rápidamente el ataque por el frente y se lanza sobre las líneas españolas, al galope de su famoso caballo moro que parece no tocar la tierra; efectuándolo al mismo tiempo el general Gómez por el ala derecha, con su escolta de camagüeyanos y tres escuadrones de los regimientos Martí, García y Guá; él delante de la tropa, tieso, clavado en la montura, blandiendo el alfange que usa.»

Dada la importancia de la victoria alcanzada y su gran trascendencia, nos parece aportuno copiar el relato de la acción, hecho por el general Enrique Loynaz del Castillo, testigo presencial del hecho.

Helo aquí:

Jornada de Mal-Tiempo

15 DE DICIEMBRE DE 1895

El día decisivo amaneció sin bruma . . .

En las alturas del Hanabanilla brillaban, mensajeros del combate, los fuegos del campamento, y de

sierra en sierra, cual baluartes encendidos, el resplandor anunciaba cada etapa de la legión libertadora.

Junto á las hogueras esplendentes, rendidos al frío y á la fatiga (tras los combates del 11, el 12 y el 13) tirados sobre la yerba, las espuelas calzadas y á un lado el caballo, dormían entre esparcidas monturas y armas, los soldados cubanos . . .

Entre la sombra fugaz rompía la alborada: la vibración aguda del clarín de órdenes repercutió de monte en monte, respondida por multitud de cornetas; era el toque alegre de *Diana*, que conmueve los campamentos, sacude los perezosos, esparce vida, levanta á saludar la aurora los guerreros, y resuena como un himno de esperanza en las alturas.

Y el campo fué oleaje de vida. *Formación* tocaron los clarines y siguió el silencioso alineamiento, y la marcial presentación de armas al paso veloz del General en Jefe y el Estado Mayor, ante las filas respetuosas. Y un toque último, breve y sonoro anunció que estaba en marcha, camino de Occidente, banderas desplegadas, el Ejército Invasor.

Aquella larga columna, extendida por más de una legua, descendía á los llanos lenta y majestuosa, brilladora serpiente, á extrangular al osado que le saliera al camino.

El sol estaba ya alto y sofocante, y hería la vista su reflejar sobre las hileras de fusiles, los infantes

sudaban agobiados con el *jolongo* inmenso y la rapidez del paso, nubes de polvo levantaba la caballería, no se oía una voz; solo el acompasado ruído confuso de la marcha. Por ambos flancos y á retaguardia, en cuanto era dado, nos servían de heraldos las humeantes espirales . . . .

En el centro iba el General en Jefe, con el Estado Mayor y la Escolta, le seguía al frente del ejército de Las Villas el Mayor General Serafín Sánchez, y luego, la retaguardia mandada por el Brigadier Luis de Feria. En vanguardia, el coloso, ¡el General Maceo! . . .

Mirando desfilar las tropas, á un lado se había detenido pensativo el General en Jefe. Acercándose luego al General Sánchez, le dijo: «Me está pareciendo pue va á ser inevitable un combate, y grande: quizá por aquí mismo . . . Voy á mandar un ayudante al General Maceo para que lleve más despacio la columna, y usted mande otro á vigilar las filas» . . . Y consultó el reloj: eran las nueve de la mañana. El General Gómez continuó conversando con el caudillo villareño. Diez minutos habían transcurrido cuando se oyó un tiro á vanguardia y tras éste, otros, y una descarga . . . Una conmoción brevísima recorrió de un extremo ó otro las filas y se oyó el amartilleo seco y prolongado de preparar las armas. A la vez, en el centro, nuestros flanqueadores tropezaban con el enemigo y nutrida

descarga de Maüsser á manera de un millar de latigazos, silbaba sobre nuestras cabezas.—«*Frente á ese enemigo!*—Fuego!» Y en una blanca humareda volvieron nuestras filas el plomo de muerte. . .

El aire se llenó de silbidos y explosiones y humo y fogonazos . . . No se veía nada, se oía un trueno y un viva inmenso. En un alto una casita ardía, y allí cerca, la banda Oriental á caballo, tocaba estruendoso y electrizante el himno «Invasor».

De pronto, en la vanguardia y el centro atacado, resonó simultáneamente este grito estentóreo, orden suprema, decisiva expresión del valor cubano: *¡Al machete, arriba!* . . . La extrema vanguardia, mandada por Cayito Alvarez, cargó resuelta. El General Maceo, levantada el ala del sombrero, en alto el machete relampagueante, en el corazón la ira, y en la voz el mandato imperioso; enardecido por el obstáculo de una cerca de alambre—pronto echada abajo—bajo el plomo enemigo, avanzó con una nube de guerreros. Pronto el corcel blanco del General saltaba entre las bayonetas españolas . . . En el centro el General Sánchez, con el E. M. y las huestes villareñas, cargó con todas las fuerzas más próximas. Cuando llegamos á las bayonetas, ya el General Gómez entraba, adelantando algunas varas, con varios de sus ayudantes y brava escolta, el primero en la carga, el primero en blandir sobre aquellos duros cráneos, su corvo acero. Allí le vieron

los dignos, ejemplo arrebatador, destacándose su marcial figura como un reto á la muerte, como una impresión del valor, en una aureola de fuego, General entre los héroes.

En el frenesí de quella carga, al grito atronador de ¡Viva Cuba!, se soltaron todas las iras: fué una incontrastable avalancha de machetazos . . . Los cascos de nuestros caballos atropellaban cadáveres, ó pasaban arrollando los desordenados grupos enemigos. En ellos, el espanto; la desesperación; España perdida en América . . . Yo recuerdo una de estas escenas—y no debo olvidarla mientras en mi pecho haya gratitud.—Pasando frente á un montón de zarzas tropecé—ocultos en ellas—con tres soldados españoles. Traía el revólver en la mano; pero disparadas las cápsulas. Así intimé la rendición, y les eché el caballo arriba. Dos presentaron armas; el otro me disparó á quema ropa. Un machetazo mío lo paró en el Maüsser. Ya iba á dispararme el segundo tiro, cuando un soldado, desertor y peninsular él, Victorino Alvarez, llegando á escape, descargó un machetazo sobre aquel osado. Victorino fué ascendido á sargento primero en honor á esta acción, sobre el mismo campo, por el General Sanchez.

El pundonoroso teniente Piedra—hoy Teniente Coronel—tuvo también un duelo singular con otro grupo de un oficial y cuatro soldados enemigos.

Hallándose sólo, los cargó al pronto, haciendo en ellos bajas; pero cayó gravemente herido de tres balazos y estaba á punto de perecer cuando le salvó un grupo de ginetes cubanos, que dieron cuenta de aquellos enemigos. Estos grupos dispersos, ocultándose en los matorrales, y un cañaveral cercano, soldados fugitivos, en todas direcciones, que diezmaba el machete sin piedad, y un campo cubierto de desorden y de cadáveres, era cuanto quedaba de aquella arrogante columna de Canarias, que al mando de Arizón tenía su primer choque—que fué también su último—con las fuerzas cubanas.

Los restos espantados de aquella columna, merced á la casualidad de que les protegiera en la huída su misma impedimenta, que ya en nuestro poder, se interponía, en un camino encajonado delante de la caballería perseguidora pudieron salvarse, y aún rehacerse á un kilómetro del sitio del desastre.

En efecto, no se oían ya más que tiros aislados, y era entre nosotros ardua tarea reorganizar las fuerzas, embriagados de triunfo, cuando rompiósenos repentinamente el fuego á vanguardia, retaguardia y ambos flancos. Parecíamos envueltos. Sobre la derecha la columna macheteada era la que atacaba, pero tan débilmente que bastaron para rechazarla en cinco minutos treinta infantes bien situados, á las órdenes del Teniente-Coronel Basilio Guerra, por el General Sánchez. El ataque de retaguardia

fué rechazado á la media hora. Hubo un momento en que tomando por una carga, un retroceso de nuestra impedimenta que agrupada corría sin saber á donde, el enemigo huyó de sus posiciones avanzadas. Los españoles contenidos en vanguardia por Maceo, concentraron entonces sus esfuerzos sobre nuestro flanco izquierdo. Allí había caído como el rayo de la guerra, el General Gómez, y era ya dueño del tren en que llegaron los resfuerzos enemigos, el que entregó á las llamas. «Acuéstense en el suelo» dijo el Caudillo Cubano á una familia que vivía en aquel punto. «Y quietas que esos . . . cobardes huyen.» Recuerdo que ví en esos momentos al hoy General Bernabé Bouza, que reunía apresuradamente parte de la Escolta para correr en auxilio del General en Jefe, cargando enseguida al enemigo. Al mismo tiempo, el General Sánchez situó una infantería al mando de Lorenzo Cepero, con rifles acabados de quitar al enemigo, que enfilando la cerca de piedra en que se apostara éste, le hizo á cien metros un fuego irresistible . . . . . En esos momentos, al choque de enemigo proyectil, una hermosa faja encarnada circundó el caballo blanco del General Sánchez. Ya al General en Jefe le habían muerto de tres balazos el suyo y atravesado el ala del sombrero, al lado de la frente, el plomo de un Maüsser. Rechazando al enemigo en el frente, acudió á la izquierda el General Maceo. Al mismo tiempo atraí-

do por el eco del combate llegaba, cargando al machete, el Brigadier Zayas con 500 hombres. Un viva inmenso anunció por todas direcciones la retirada del enemigo y el segundo desenlace de aquella jornada decisiva. ¡La Invasión estaba asegurada!

Mientras que se reorganizaban las fuerzas, varias comisiones recorrían el campo, contando muertos y recogiendo armas y pertrechos. — Sobre el campo se encontraron 247 cadáveres y mayor número de rifles, unos veinte mil tiros, casi todas las acémilas del enemigo y dos banderas espanolas, con esta inscripción: «Batallón de Canarias número 42.» Ellos publicaron además, haber retirado cincuenta heridos.—Nosotros sólo tuvimos que lamentar la muerte del Teniente Coronel Cefí, del Comandante Garabella y de tres soldados y treinta heridos.

Tal fué la jornada de Mal-Tiempo. Allí se cubrieron de eterna gloria las armas cubanas, y ganó el Ejército invasor, mucho más que una victoria, la decisión feliz de esa campaña, y con ella la de la guerra por la independencia.

Vendrá un día de justicia y de luz — Quizá habremos desaparecido los que tenemos por suprema dicha haber nacido á tiempo para asistir á esta jordada.—Quede á nuestro pueblo ese monumento ideal de las armas cubanas—y guárdese, en urna de corazones, una memoria de aquel día de patrio júbilo, que aseguró la libertad.»

El día 15 de Diciembre de 1895 será una de las fechas memorables en la historia de Cuba; el enemigo que esperaba desbaratar las fuerzas cubanas en ese encuentro, al que todo parecía favorecerle, se vé roto y desconcertado; su poderosa infantería, armada de Maüsser, ve deshechos sus cuadros al impulso de la caballería cubana, que con el filo de sus machetes, acalla el fuego de su arma terrible.

Del relato se desprende la eficacia con que los jefes españoles hacían la persecución; apenas suena el fuego en la vanguardia cubana, nuevas columnas españolas atacan á los invasores por su flanco y retaguardia sufriendo éstos la misma derrota que la primera que se encontraba al mando del coronel Arizón.

Rico botin de armas y municiones viene á reforzar á los exaustos invasores, á quienes la victoria daba nuevos bríos, mayor entusiasmo y confianza en sus jefes.

El primer paso feliz aseguraba el éxito y la marcha de avance continúa con rapidez pasmosa, llevando á todas partes la alarma y el terror.

Negras columnas de humo van marcando el paso de la tromba revolucionaria. El fuego purificador, arrasando los campos, lleva la noticia al dominador de su derrota definitiva.

Por los flancos de la columna invasora desprén-

dense grupos que aumentan la incertidumbre de las fuerzas españolas, que se mueven sin cesar y con poco éxito.

El general Martínez Campos que se encontraba en Cienfuegos, salió precipitadamente para Batabanó, dirigiéndose desde allí á la Habana, donde encontró el pueblo alarmado con el rápido avanzar de los invasores. El humo de los cañaverales parecía que nublaba la Estrella del Pacificador.

Siguió éste viaje á Jovellanos y desde allí á Colón, donde situó su Cuartel general, con ánimo de dirigir personalmente las operaciones.

Para conjurar el peligro y evitar la invasión de la Provincia de Matanzas, llamó todas sus columnas para interponerlas, y los generales Prats, García Navarro, Luque, Aldecoa, Suárez Valdés y el coronel Hernández, se adelantaron con rapidez tomando posiciones.

El día 20 de Diciembre, en su marcha hacia el N. O. se baten nuestras fuerzas en el Cascajal y La Colmena. El día 21 tienen un nuevo encuentro en el ingenio *Antilla*, sin que lograra el enemigo contener la marcha de los cubanos que caminaban sobre las líneas férreas; entorpeciendo así los movimientos del ejército español; cortando sus vías de comunicación é introduciendo la confusión y el caos en sus planes.

El general Gómez sigue la dirección de las líneas

férreas; cortándolas y cruzándolas en distintas direcciones para despitar al enemigo. El día 23 entra en el poblado del Roque, que abre sus puertas al Libertador, haciéndole un recibimiento cariñoso; desde aquí el general Gómez siguió por la vía férrea hacia Jovellanos. El incendio de los cañaverales iba señalando el paso de la Invasión; la ola revolucionaria iba precedida de exploradores hábiles, que levantaban al país entero, y la columna invasora era coma la bola de nieve, que engrosaba sin cesar con gente fresca y nueva. No era la invasión: era el país entero que se levantaba en masa; era el espíritu revolucionario latente durante tanto tiempo y que se hacía notar ante el invasor, alentándolo á seguir adelante y cohibiendo al enemigo, que veía brotar por todas partes grupos de revolucionarios que recorrían el país en todas direcciones, llevando la tea y la alarma por donde pasaban.

Parecía que el vértigo revolucionario se había apoderado de la población entera, que se veía sorprendida y asombrada de la derrota rápida y continuada de aquel poderoso ejército español, que pocos dias antes se creía seguro de poder aniquilar á los audaces que formaban la columna cubana.

El cambio había sido tan rápido como inesperado, y los mismos generales españoles parecían aturdidos por la rapidez de la marcha de las fuerzas

cubanas y la vertiginosa rapidez de nuestra caballería que por todas partes se hacía sentir.

Los generales Gómez y Maceo habían suplido la escasez de parque aprovechando el ímpetu increíble de su caballería que con sus machetes habían hecho ineficaz la rapidez del tiro de los Maüsser españoles.

El movimiento invasor es de tal trascendencia que para que el lector forme idea clara, publico á continuación un resúmen concreto de él, desde su comienzo hasta el final.

VII

Resúmen de la invasión

Difícil es dar una idea clara de los movimientos de los contendientes dada la extensión del territorio y la multiplicidad de las fracciones que se mueven en distintas direcciones. Como medio de explicar con claridad los movimientos de los dos ejércitos y los propósitos de ambos jefes, queremos dar una idea á la lijera de los movimientos de los cuerpos principales que imprimen el movimiento general, y así se comprenderá viéndolo en conjunto, el modo como se ha movido cada ejército.

Necesario es hacerlo así dadas las condiciones especiales de la guerra de Cuba y el poco conocimiento que de ella se tiene, así como de sus principales Jefes.

Buscando razones tácticas, difícil es juzgar sobre la guerra de Cuba. De un escritor de origen español copiamos:

«En Cuba han pasado las cosas de un modo diferente. Los invasores no han tomado ciudades, ni dejado atrás ejércitos suficientemente sólidos en que apoyarse. Tampoco han tenido artillería, elemento indispensable para apoderarse de fuertes y poblaciones y para conservar el terreno; no se han propuesto acabar la guerra dando batallas, ni entrando en la Habana. Se han acercado á las ciudades sin hostilizalas y si han hecho acto de presencia en algun pueblo insignificante ha sido para evacuarlo enseguida. La idea según se deduce de lo que hemos visto hasta la fecha, ha sido evitar la zafra creando de este modo un conflicto pavoroso en el país. Pero este propósito les exigía cierto tiempo de permanencia en la región azucarera, y han querido lograrlo con una verdadera paradaja: la de obtener la estabilidad mediante el movimiento. El factor lo hallaron en la caballeria y la táctica en una série de extratagemas á veces incomprensibles, como la de avanzar retrocediendo cosa que no estaba prevista en el arte de la guerra.

«Han nutrido su caballería recogiendo todas las cabalgaduras que encontraban á su paso, para reponer las que abandonaban víctimas del cansancio.

Y no se han limitado á proveer de caballos á los del arma, sino que han montado á los infantes con el objeto de hacer igualmente rápida la marcha de todo el contingente. Ha sido ésta una invasión al

galope en que la velocidad de la carrera ha cohonestado los riesgos de la empresa».

Este criterio prueba el error general; la invasión no era una conquista; era la señal que un pueblo ya trabajado esperaba para alzarse, y cási siempre lo hacía con anticipación.

Cuando el contingente oriental estaba aún en Camagüey, había en todo el país hasta Matanzas, partidas insurrectas y en Vuelta Abajo habían dado el grito de libertad dos grupos, y como información véase este resúmen.

Después del desembarco de Roloff y Serafín Sánchez en las Villas que aseguró la sublevación total del territorio en Sancti-Spíritus, en Remedios y en Villa Clara; puestos Castillo y Zayas á las órdenes del General Manuel Suarez, habían sublevado la región; por órden de éste estaba Cortiña en la jurisdicción de Sagua, Francisco Pérez se sostenía en territorio de Cienfuegos; Matagás estaba en la Cienaga y el mes de Octubre el General Lacret, después de pasar milagrosamente por la Habana, se unía en Sagua á aquellas fuerzas y puesto al frente de una parte de ellas, unida á la de las Villas al mando de Núñez y Bermudez, invadía á Matanzas y derrotaba al Jefe Español Molina en Cayo Espino, derrota que vengó después esta fiera asesinando á 27 infelices, entre ellos mujeres y niños: además en ésta jurisdicción se sostuvieron hasta la llegada de las

fuerzas. En Colón, Secundino García, Regino Alfonso en San José de los Ramos y José Roque en Camarioca. El deseo del Gobierno Español de ocultar el progreso de la revolución ha hecho formar la creencia de que el país estaba en paz hasta la llegada de la invasión, lo que es inexacto.

Concretándonos, pués, á los movimientos generales, único medio de que se vea con claridad la marcha total de los sucesos, diremos que una vez desembarcados Gómez, Martí y Maceo en Cuba el propósito del general Martínez Campos fué circunscribir la revolución á Oriente, mientras que evitaba la revolución en Camagüey ganando los jefes principales y ofreciendo mejoras materiales al pueblo. Concentró fuerzas en Bayamo y, aprovechando la cuenca del Cauto, colocó desde su vuelta á la costa norte en Holguin y Tunas, á los generales Suarez Valdés y Echagüe, formando dos líneas y la tercera sobre el Jobabo, en los límites de Camagüey, á las órdenes de Serrano Altamira.

Una vez muerto Martí, los generales Gómez y Maceo se ven casi en el centro del departamento Oriental y mientras Gómez emprende su marcha á Occidente, Maceo hace rumbo al sur, se bate en Peralejo, llamando la atención sobre él, marcha después hacia el Este y batiéndose en Cuba y Guantánamo se hace sentir en ese territorio para cambiar de rumbo al Norte y pasar á sangre y fuego las ju-

risdicciones de Holguín y Gibara, obligando al enemigo á correr en socorro de aquella fértil comarca.

Mientras tanto el general Gómez pasa por entre las líneas españolas que vienen á sentirlo cuando, tomando á Altagracia y San Gerónimo, subleva el Camagüey y dá lugar á la constitución del Gobierno de la República.

El primer fracaso del general Campos fué manifiesto y el éxito alcanzado por Gómez fué de buen augurio, y precursor del segundo que debía ser mayor por sus proporciones y consecuencias.

Constituido el Gobierno de la nueva República se pensó en organizar el contingente de Oriente que debía completar la invasion y llevar la bandera de la revolución por toda la Isla. Las fuerzas españolas estaban concentradas en Oriente, el trabajo del general Maceo era difícil sino se distraía la atención del enemigo.

A la vez que el nuevo Gobierno marcha á Oriente á impulsar el contingente invasor; el general Gómez, para llamar la atención del enemigo, se mueve hacia las Villas haciendo una marcha ostentosa y ostensible dejando amplio rastro de su paso por la Trocha.

El general Martínez Campos cayó en el lazo tendido hábilmente por el general Gómez y vió los ingenios en peligro y la zafra próxima perdida. Para

acallar á los codiciosos de la Habana era preciso dejarlos hacer azúcar tranquilos, había que dejar á un lado las reglas militares y la táctica. Lo único necesario era resguardar los ingenios, Gómez en las Villas era un peligro inmediato y á él fué, abandonando casi á Oriente; concentró las fuerzas recien llegadas en ese territorio, llamó el resto de sus columnas y trató de aplastar al que creía el invasor, llamando en su ayuda sus mejores generales. El general Gómez, á su vez, imprimiendo actividad á las fuerzas de las Villas y moviéndose según su costumbre, engaña mejor al jefe contrario y nadie se explica la realidad de los heohos; dejando casi olvidado á Oriente, donde Maceo se preparaba con su habitual inteligencia y actividad.

El objeto estaba conseguido. Maceo, que sólo encuentra ligera resistencia en Tunas, burla á Serrano Altamira en el Jobabo y pasa este rio por delante del general Mella, que nada hace por oponersele. Emplea bien el mes de Noviembre, llega á territorio de las Villas en Diciembre y se incorpora á Gómez, sorprendiendo á los españoles que no esperaban ver realizado lo que creían un sueño. Como confirmación de ello vease lo que por entonces publicaban los periódicos en la Habana.

«Respecto á la táctica empleada para el avance, ya hemos visto el procedimiento. Máximo Gómez después del paso de la Trocha, atraviesa el Jatibo-

nico del Norte, se interna en la Jurisdicción de Remedios, y por el Zaza penetra en Sancti-Spíritus á raíz con los encuentros con Oliver, Zubia y Luque. De Sancti-Spíritus retrocede con rumbo á Ciego de Avila. Luego aparece en la Reforma y desfila hácia Trilladeras y á poco se presenta en Iguará donde se verifica el choque con el coronel Segura. De Iguará toma la dirección del Norte por Taguasco, Tibicial y alrededores de Placetas. De allí tuerce al Sur por Guaracabulla, Maria Rodríguez, Manicaragua y Mabujina, en donde lo esperaba el General Oliver. Es batido en Alberich perdiéndose su rastro hasta que surge por los alrededores de Cruces y las Lajas. Tiene efecto entonces la acción de Maltiempo, hace un rodeo para dejar en Paez la columde Arizón, se dirije á Camarones y penetra en la provincia de Matanzas».

El General Gómez después de Maltiempo sigue su movimiento de avance, numerosas comisiones que se desprenden del cuerpo principal llenan el territorio llevando la alarma por todas partes; el pueblo entero se une á los invasores creando nuevas partidas y dejan sin norte á los jefes españoles que por todas partes sienten el enemigo cuya presencia les avisan los incendios de cañaverales que por todas partes los rodea. Gómez que desde Cienfuegos había hecho rumbo al Noroeste, cambia de dirección el 21 y camina al Sur Oeste pasa por el Roque,

descansa y, cruzando al Sur de Jovellanos, toma la vía férrea y marcha por ella por Tosca y Sumidero á Coliseo, incorporado ya á Maceo en Sumidero.

Desde el día 20 el general Maceo había despachado á Lacret para que con fuerzas de Sagua que mandaba Robau, levantara gente y avanzara á la provincia de Matanzas por San José de los Ramos, insurreccionando y arrasando el territorio

El general Gómez el día 23 desde Tosça despacha á Rafael de Cárdenas para que reclute gente en Matanzas y llegue si puede hasta la Habana.

El general Martínez Campos que se hallaba en Cienfuegos el día 15 al ver el progreso de la Revolución comprende su nuevo fracaso, vá por Batabanó á la Habana y desde este punto por Jovellanos á Colón para ponerse al frente de las tropas y escalona sus fuerzas para evitar la invasión de Matanzas.

Aturdido ante la invasión, viendo arder los ingenios á sus flancos y hasta á su retaguardia, marcha á Coliseo donde encuentra á Gómez y Maceo; envuelto entre el humo de los cañaverales y el de la pólvora, se vé obligado á retroceder, y casi loco, sin poderse dar idea exacta de la posición de sus contrarios, vuelve á la Habana; donde la politica por una parte y la realidad de la Revolución victoriosa por otra, habían dado al traste con su prestigio militar.

Después de Coliseo, la situación de la columna

cubana era comprometida; rodeada de columnas españolas, que allí se habían concentrado, é imposibilitada con enorme impedimenta de cargas y de heridos de los combates anteriores, que no tenían, donde dejar; con un porvenir incierto; sin seguridad de que el país seguiría contestando, como hasta entonces, al movimiento, y agobiados por la enorme responsabilidad, tuvo sin embargo un momento de inspiración.

Ostensiblemente la columna invasora contramarcha rumbo al Sur Oeste y las columnas españolas la siguen tenazmente apresurándose á ocupar posiciones hacia Cienfuegos; respiran por primera vez creyendo que la ola revolucionaria retrocedía acobardada ante el obstáculo.

Se baten el 26 en la Entrada y siguen á Calimete, donde descansan dos días; el dia 29 se combate en ese punto en el central *Maná*, en el Paradero de la Isabela, y el día siguiente, 30, en el Embarcadedo de Molina, y cuando los españoles creían cortarlos en Cienfuegos, ven con asombro que Gómez y Maceo habían contramarchado de nuevo y entrando por Jagüey Grande, al Sur de Matánzas, se batían el 1º de Enero de 1896 en el Estante y estaban á las puertas de la jurisdicción de la Habana. Siguen por Nueva Paz, quemando las fincas á su paso; entran por la jurisdicción de Güines, cruzan el dia 3 de Enero el *Mayabeque* casi á la vista de la co-

lumna de Bernal acampada en el central *Teresa* de Arango, y ocupan la jurisdicción de la Habana, que ya el día 5 ardía en todas direcciones, llegando hasta las puertas de la capital, Marianao y Punta Brava.

El General Martínez Campos dá el día 2 un bando declarando en estado de Guerra á la Habana y Pinar del Río: la alarma fué extraordinaria y el General Arderíus tomó todas las precauciones como si la población estuviera sitiada.

Las partidas cubanas invadían todo el territorio y las fuerzas españolas no acertaban á hacerles frente. Casi todas ellas estaban sobre las Villas engañados por el movimiento del General Gómez y la rapidéz conque había contramarchado hácia Occidente.

El pequeño territorio que comprende la provincia de la Habana fué recorrido en todas direcciones y el genio de la destrucción se sentía en todas partes. Una vez en la Habana, sale el General Maceo para Pinar del Río; el General Gómez permanece en la Habana y el General Lacret debía asolar la provincia de Matanzas.

Maceo pasa como una tromba por el territorio occidental, Mariel, Cabañas, Bahía Honda, San Diego de Núñez, Paso Real, San Cristobal, Los Palacios, Santa Cruz de los Pinos, San Juan y Martínez, Consolación del Norte y del Sur, Guane, La Palma, Taironas; todos éstos pueblos son asaltados.

y quemados, totalmente los unos, en parte los otros; y el día 23 de Enero estaba Maceo en Mantua que puede decirse que es el punto final de la invasión.

El pueblo entero de Vuelta Abajo que no se había sublevado antes esperando órdenes, se une como un sólo hombre á los invasores y la revolución pasea triunfante su bandera de un extremo á otro de la Isla.

El enemigo atónito aún, no había podido reponerse de su sorpresa; el General Martínez Campos deja el mando y lo sustituye el General Marín que pretende, poniéndose á su frente dar fuerza al ejército español que parecía galvanizado. Mueve sus tropas sobre Vuelta Abajo para aniquilar á Gómez que se sostiene en la Habana é impedir su reunión con Maceo que retorna de Pinar del Río y Lacret que avanza de Matanzas.

Maceo descansa en Mantua y emprende la vuelta á la Habana por el camino real donde derrota á García Navarro. Entra en Paso Real donde espera al general Luque con quien sostiene reñida acción; en que sale herido el general español; el día 5 ataca á Candelaria que incendia en parte. El día 7 derrota al coronel Segura en Rio Hondo; y los días 9 y 11 se bate en San Cristobal y Lahorí penetrando en la jurisdicción de la Habana.

El General Gómez se movía sin cesar en el pequeño espacio á que se había concretado. El Ga-

briel y Güira de Melena, son quemados. Se bate el día 7 en Regalado, el 11 en Mi Rosa y entra en Bejucal los días 13 y 14.

Como si las fuerzas cubanas hubieran pretendido recibir dignamente á Weyler, el fuego se sentía incesante desde la llegada de este general. Maceo, con su acometividad acostumbrada, se batía en Melena, en Quivicán, en San Antonio de los Baños, los días 13, 14 y 16, y el 18 atacaba y quemaba á Jaruco; reuniéndose el dia 19 al general Gómez en Moralito, donde derrotan al enemigo en las primeras horas del día, dirigiéndose á la Catalina de Güines donde se baten nuevamente.

Gómez y Maceo se separan de nuevo. El primero se dirige hacia el Hanábana y el segundo á Matánzas, donde se bate el día 25 en La Perla y retrocede de nuevo á la jurisdicción de la Habana, batiendose en Ibarra, Bainoa, Nazareno, Rio Bayamo, Dolores y Hácana, haciendo rumbo otra vez á la jurisdicción de Matánzas el 5 de Marzo.

El 7 de Marzo acude el general Maceo á dar auxilio á las fuerzas del general Lacret que se estaba batiendo en el ingenio Diana de Soler, el día 8 nuevo combate en Rio de Auras y se contramarcha hácia Güira de Macurijes y Corral Falso, y el día 8 acampa en Galeón. Se reune de nuevo el general Gómez que traía las fuerzas del general Quintín

Bandera que habían quedado en Siguanea y que se incorporan á las fuerzas del general Maceo.

Aquí puede decirse que termina la invasión y la guerra adquiere en toda la isla un carácter estable y local.

Gómez toma desde aquí rumbo á Oriente, y Maceo, retrocediendo, se bate el 11 de Marzo en Nueva Paz, ataca el día 14 á Batabanó y se interna en Vuelta Abajo, dejando hecho cargo del mando de la Habana al general José María Aguirre que se había incorporado el 23 de Febrero, y al general Lacret al frente de las fuerzas de Matanzas que mandaba anteriormente.

La importancia de las operaciones llevadas á cabo por la columna invasora desde el mes de Diciembre, había obligado á concentrar las mayores fuerzas del Ejército Español sobre la parte Occidental de la Isla, y Camagüey y Oriente habían quedado en relativa tranquilidad, concretándose los españoles á permanecer á la espectativa.

El Consejo de Gobierno que había acompañado al general Antonio Maceo hasta las Villas, retrocedió desde Sancti-Spíritus y deteniéndose poco en Camagüey, siguió viaje á Oriente donde su permanencia se hacía necesaria.

Al salir Antonio Maceo de Oriente había quedado éste dividido en dos departamentos en que operaba el 1er. Cuerpo del Ejército Cubano á las ór-

denes de José Maceo, compuesto de los territorios de Cuba, Guantánamo, Baracoa y Sagua de Tánamo y el del 2º Cuerpo á las órdenes del Mayor General Jesús Rabí en la zona de Jiguaní, Holguín, Tunas, Bayamo y Manzanillo; ambos independientes y á las órdenes directas del General en Jefe.

El general José Maceo pretendía quedar en el puesto de Antonio con el mando de los dos cuerpos.

No tenía José Maceo condiciones para poder mandar el vasto territorio que pretendía; pues si es verdad que le sobraba valor, en cambio su falta de inteligencia é instrucción, así como también su carácter violento y sus costumbres lo imposibilitaban para la administración de ese territorio: el estado en que se encontraban las cosas obligó al Gobierno á acudir á él.

El general Francisco Carrillo que con una expedición había desembarcado en la Costa Sur de Cuba, había permanecido allí esperando órdenes del Gobierno.

Los españoles, limitándose á llevar convoyes, habían tenido algunos encuentros en Bayamo y Manzanillo y en éste último punto le habían amacheteado una guerrilla que venía de Cuba.

En el Ramón de las Yaguas, José Maceo había batido varias veces las columnas que en combinación desde Guantánamo y Cuba, salían á atacarlo; y Pedro Pérez con fuerzas de Guantánamo, había

incendiado los campos de caña de algunos ingenios; así como en la de Cuba se les había hecho lo mismo á los ingenios San Luis, Santa Ana y Hatillo.

El 5 de Diciembre los generales Rabí y Carrillo con dos piezas de Artillería de pequeño calibre habían atacado el fuerte de las Ventas de Casanova con poco éxito, retirándose después de sostener el fuego unas seis horas.

En el Camagüey el general Mayía Rodríguez poco podía emprender, limitándose á hostilizar los convoyes á Guáymaro y la línea férrea de Nuevitas; el 9 de Diciembre se macheteaba una guerrilla en los cañaverales del ingenio Congreso, en que desgraciadamente perdimos á Oscar Primelles, jóven de esperanzas y muy querido por los camagüeyanos.

El Gobierno á fines de Diciembre llegaba á Oriente y en Canastas encuentra á José Maceo sosteniéndose un combate en este punto en los primeros días de Enero y en el Potrero Guasabacoa.

El Gobierno acampó luego en Maibio donde se sostiene un nuevo combate: el general Carrillo que se había incorporado al Gobierno, es nombrado Jefe de los dos Cuerpos de Ejército á la vez que José Maceo era nombrado Jefe del 1er. Cuerpo.

Se comunican las órdenes á Maceo, que contestó al Gobierno que no recibía como Jefe á Carrillo, y que no aceptaba sino el mando de los dos cuerpos, y apoyado por las fuerzas á sus órdenes desa-

cata las recibidas, dejando mal parado el prestigio del Gobierno que aplazó la resolución del asunto hasta ponerlo el conocimiento del General en Jefe.

Con el buen propósito el Gobierno de activar las operaciones, pretendió dar impulso personalmente á la guerra y concertó el ataque á Sagua de Tánamo, para lo cual tenía que hacer una penosísima marcha á través de un territorio accidentadísimo y al que las lluvias de aquellos días habían puesto en peores condiciones; siendo causa de que la columna cubana sufriera extraordinariamente en el trayecto.

Atacado Sagua, no pudieron los cubanos lograr nada; debido no tan sólo á las deficiencias del ataque, sino también á la mala voluntad de José Maceo cuya conducta desatenta é irrespetuosa, llamaba la atención y disgustaba á todos.

Después, retiráronse José Maceo hácia Santiago de Cuba y el Gobierno hácia la Ensenada (Mayarí) donde permaneció hasta fines de Febrero en que emprendió marcha hácia el 2º Cuerpo, incorporándose á Rabí, con quien siguió más tarde su viaje hasta el Camagüey, verificando á su paso el ataque á las Ventas de Casanova de que hemos hablado anteriormente.

La actitud de José Maceo había creado al Gobierno una situación embarazosa y desairada; pues las condiciones especialísimas de la Revolución lo obligaban tal vez á no demostrar la energía necesa-

ria, evitando provocar un conflicto que pudo traernos malas consecuencias.

En su marcha á Camagüey, custodiados por el general Rabí con fuerzas de Bayamo y Tunas combina el Gobierno á su llegada á aquella provincia el ataque del fuerte de la Zanja; reuniendo la fuerza que llevaba y gente del Camagüey á las órdenes del general José María Rodríguez.

Formada una bonita columna de infantería y llevando las dos piezas de 2 libras que trajo el Gobierno de Oriente, inician el ataque; se sostuvo con poco éxito durante tres días.

El fuego de nuestra artillería era poco efectivo por el pequeño calibre de las piezas, cuya fuerza de penetración dada por el proyectil hacía en las estacadas de la trinchera poco estrago apesar de que á veces atravesaba los dos frentes, mientras que la guarnición española, se defendió bravamente, rechazando las proposiciones que se les hicieron para su rendición.

Las fuerzas destacadas sobre el Estero, rechazaron por dos veces las embarcaciones de poco calado que, transportando tropas, venían en auxilio del fuerte.

Convencidos de lo inútil del ataque se dió la órden de retirada, sin que se hostilizara el refuerzo que el general González Muñoz, condujo desde Manzanillo en ausilio de los sitiados.

Poco más de un año tenía la Revolución y ya en el mes de Marzo, podía decirse que había llenado su primer cometido con sorprendente e inesperado éxito y confirmaban la creencia de que las esperanzas de triunfo tenían alguna base.

La guerra iba á cambiar de aspecto desde esta fecha, dadas las condiciones en que se encontraban las fuerzas beligerantes. El ejército cubano había empezado sin recursos, pero se encontraba hoy duplicado en número; con armamento que no tenía y que en su mayor parte habia arrancado á su contrario en el campo de batalla; enardecido con las victorias adquiridas y habiendo realizado el portentoso trabajo de pasear su bandera de un extremo á otro de la Isla, revolucionando el país entero y viendo derrotado al poderoso ejército español.

En cambio éste se veía maltrecho y acorralado apesar de su número y ventaja, abatido su orgullo militar con sus continuadas derrotas; poblados sus hospitales de enfermos y heridos y perdido el prestigio de su mejor general.

Los cubanos que, contra lo que podía esperarse, habían tomado la ofensiva, vuelven á su primer papel, dando principio á una nueva organización local para poder conservar los lugares conquistados al ejército español.

Véamos ahora lo que en éste intervalo de tiempo ha sucedido en el exterior.

VIII

La emigración

Ya anteriormente en la relación general de los sucesos de la guerra, hemos dado noticias, aunque ligeras, del estado de la emigración cubana, y sus esfuerzos hasta el envío de la expedición, que á bordo del «Woodal» desembarcaron los generales Roloff, Serafín Sánchez y Mayía Rodríguez.

Al iniciarse la guerra, las emigraciones no formaban más que una sola entidad «El Partido Revolucionario Cubano» personificado en Martí que lo movía de una manera absoluta sin dar cuenta á nadie y con el beneplácito de todos.

La mayoría de las personas que lo componían eran trabajadores, y el directorio único, compuesto de Martí, Guerra y Gonzalo de Quesada, no era discutido, sino por el contrario, obedecido ciegamente y sin que á nadie se le ocurriera pedirle cuenta de sus actos.

Dos sucesos habían hecho en el mes de Julio variar notablemente estas circunstancias; en primer

lugar, la muerte de Martí y en segundo su sustitución por Tomás Estrada Palma, cuyas condiciones personales eran muy inferiores á las del primero que, además de sus dotes de inteligencia era el fundador de la Revolución de 1895.

La emigración había variado mucho; al iniciarse la guerra, cuando casi todos dudaban del éxito y se oponían á ella, no había quién discutiera puestos entre los emigrados, y la forma absovente y absolutista del Partido á nadie chocaba.

Pero los sucesos de la guerra, la marcha rápida de la invasión y la apariencia de triunfo de los revolucionarios hizo se les unieran muchos tímidos, y que personalidades salientes, que hasta entonces habían estado al lado de los españoles empezaran á emigrar huyendo de la quema, y se transformaran al llegar á New York en más revolucionarios que Martí y en republicanos celosos á cuya vigilancia querían estuviese la cosa pública.

Pero se encontraban conque había pocos puestos en que hacer papel, y esos estaban ya ocupados, y no podían comprender como ellos, sabios y notables iban á ser dirijidos por aquellas masas de trabajadores y de hombres de poca talla política. Necesitaban una junta como la de 1868 en que todos ellos tomaran puestos y entorpecieran la acción del Partido Revolucionario. Como consecuencia empezó la guerra á la Delegación aprovechando las muchas

torpezas que esta cometía á diario, y que la ponían en evidencia, rebajando el prestigio de que hasta entonces había gozado.

Los esfuerzos realizados para mandar recursos á los que estaban en el campo resultaban infructuosos á la vez que caros, unas veces por la incompetencia de los Delegados y otras por la excesiva vigilancia de la policía bien pagada por el gobierno español ó la enemistad manifiesta conque el Presidente Cleveland con pretexto de neutralidad, perseguía la Revolución y á los revolucionarios cubanos.

Tomás Estrada pretendió ser y hacer lo que Martí, y las consecuencias de este error las hemos sufrido y pagado caro. Con un sentimiento de economía que le es característico, á veces nos hacía gastar grandes sumas por ahorrar una pequeñez. Indebidamente se apropiaron los delegados el derecho de comprar ellos los barcos y elementos de guerra, tratando á los jefes de las expediciones como meros instrumentos á sus órdenes, no dejándoles iniciativa alguna y sirviendo solo para asumir ante la opinión pública la responsabilidad de las faltas ó torpezas de los Delegados.

En la compra de barcos su gestión ha sido tan fatal que hoy debe ser para ellos un verdadero remordimiento, y el dinero gastado y las vidas de los expedicionarios ahogados miserablemente, deben caer sobre sus conciencias.

La desgraciada compra del «Childs» que costó cerca de 23000 pesos para no prestar servicio alguno, debió haberles servido de escarmiento; pero desgraciadamente no fué así. El «Woodal» comprado más tarde para llevar felizmente la expedición de Roloff y Sánchez, se inutilizó para otros viajes por desobediencia del capitán que, procediendo de mala fé y conociendo las malas condiciones en que se había hecho la compra, pensó apropiárselo; aquel buque, costó á la Delegación cerca de 26000 pesos.

Pasaba el tiempo y desde el campo se pedían armamento y cartuchos que no llegaban. Verdaderamente Cleveland hacía la salida de expediciones difícil y costosa. En esta época no estaba aun pujante la revolución y el tesoro revolucionario tenía pocos auxiliares ricos. Las emigraciones de Tampa y Key West eran las mayores contribuyentes, así que á duras penas podía la Delegación hacer frente á los contratiempos que á cada paso se presentaban.

Javier Cisneros y Rafael Quesada, que llegaron á New York á ponerse á disposición de los Delegados, no consiguieron nada y se retiraron.

Con mucho trabajo habían conseguido despachar unas pequeñas expediciones á cargo de Cárlos Manuel de Céspedes y de Francisco Sánchez Hechevarría, que habían desembarcado en la costa norte en la jurisdicción de Baracoa.

La Delegación, no escarmentada aún con sus fra-

casos anteriores, compraba el "Comodoro" reunía su cargamento y en el mes de Septiembre daba órdenes á Florida para que el comandante E. Collazo, tuviera 100 hombres preparados para salir en Pine Key, Florida, á donde iría á recogerlos un vapor el 19 de Septiembre.

Dede esa fecha empezaron aquellos desgraciados expedicionarios á sufrir los mayores suplicios á que podían ser sometidos, y así como Cristo padeció bajo el poder de Poncio Pilatos; ellos, mártires también, padecieron 93 dias de torturas, bajo la dirección de José Dolores Payo y Angelo Figueredo.

Al salir el "Comodoro" de Baltimore fué denunciado y detenido por las autoridades americanas. La Delegación empezó sus reclamaciones y los expedicionarios su martirio; otro grupo de expedicionarios á los órdenes del general Carrillo, era detenido y preso en las Antillas inglesas (Nassau).

Los esfuerzos hechos por la Delegación resultaban infructuosos y la salida de las expediciones se hacía imposible.

En el mes de Noviembre despacharon á los Generales Carrillo y José Mª Aguirre, á los que debía trasladar el vapor de travesía que los llevaba, á cinco botes y á poca distancia de la costa sur de Santiago de Cuba.

El vapor cumplió mal su cometido y en vez de soltar los botes á poca distancia los dejó á 30 millas

de la costa. Los expedicionarios se vieron expuestos á perecer; parte del cargamento tuvo que ser echado al agua, y Carrillo y Aguirre lograron á duras penas desembarcar é incorporarse á las fuerzas de Cuba.

Mientras tanto los mártires de Pine Key esperaban el barco que no llegaba nunca y que sin cesar anunciaba la Delegación para un corto plazo.

Benjamin Guerra fué á Florida para despachar á aquellos pobres desterrados á principios de Noviembre en que fué preciso, por haberse hecho muy pública su estancia, trasladarlos de Pine Key á Culloc Key y más tarde á Cabo Sable.

Los trabajos hechos en Key West por Benjamin Guerra no pudieron ser más torpes, ya que no pueden considerarse mal intencionados. A las doce del dia se embarcaban las cajas de parque y armas para Cabo Sable y el *Key West Herald* anunciaba la salida de las goletas con armas para los cubanos; estas goletas que cobraron fletes excesivos, fueron sin ningún cubano á bordo y los cargamentos echados en la playa de Cabo Sable, contra la voluntad de Collazo, y á la vista de tres cruceros americanos, que á la mañana siguiente desembarcaron gente á reconocer.

Los expedicionarios durante la noche enterraron el cargamento en la arena y los americanos retornaron á bordo sin heber encontrado nada.

En el mes de Diciembre llegaba á la una de la noche un bote á Cabo Sable, llevando la noticia de que Emilio Nuñez en el vapor *Horsa* iba á buscarlos; pero que no podía llegar porque en veinte millas á la redonda no había más que doce piés de agua y el *Horsa* calaba 15 y medio piés; además, no habia botes, ni aunque los hubiera habido era posible hacer el embarque á tan larga distancia y cruzando entre los barcos americanos.

Falta injustificable que prolongó el martirio de los expedicionarios y costó á Cuba un dinero gastado tan torpemente que parece criminal.

Collazo, en vista de esto, determinó reembarcar los expedicionarios cuya existencia allí era imposible prolongar más tiempo.

La inícua conducta de los delegados, no tiene igual, por que acusa mala fé, negligencia y falta de patriotismo; aquellos expedicionarios que componían un grupo en que había desde los más ricos á los más pobres, se les sometió á un régimen imposible; desnudos, descalzos, sin luz, comiendo víveres averiados, de desecho, que eran los que se les remitían, sin medicinas, sin que les llegara el tabaco que generosamente daban los tabaqueros de Key West; viviendo rodeados por el humo de los pinos que les ennegrecían, para poder soportar los mosquitos; entre fieras y culebras, y obligados á vivir en un terreno donde á los animales no les es posible la vida;

llevaron una existencia solo soportable cuando existe una dosis de patriotismo tan extraordinaria como la que ellos demostraron tener; primero, para soportar las fatigas; más tarde para callarse y no quitar la careta á tanto bribón.

Desde el mes de Diciembre en adelante, el movimiento emprendido por el ejército cubano y sus victorias diarias, habían llamado la atención del mundo entero y el sentimiento del pueblo americano que siempre les había sido favorable, adquirió un ascendiente extraordinario, cohibiendo en parte á su gobierno, y favoreciendo á los revolucionarios en cuanto le era posible.

En las Cámaras habían tomado la iniciativa los senadores Call, Sherman, Morgan Cameron y otros, y la opinión contra los españoles se había exaltado de tal manera que se llegó á creer en el reconocimiento de la beligerancia de los cubanos y hasta, como caso probable, se habló de la guerra con España.

Pero realmente los trabajos diplomáticos hechos por nuestros representantes tuvieron poco éxito, apesar de la ayuda eficáz é inteligente que les prestara el americano de nacimiento y cubano por el sentimiento, abogado Horacio H. Rubens.

Detenidas ó disueltas las expediciones cubanas que se estaban organizando en la Florida tanto por la fuerza de los sucesos, como por la mala gestión

de los Delegados que á veces parecía que las hacían fracasar de intento; contrariando muchas veces las órdenes que recibieran del General Máximo Gómez, haciendo en otras la gestión tan torpe que tal parecia una traición, pusieron en grave riesgo á la revolución por falta de recursos.

Y para que esta observación no parezca una opinión parcial citaremos un hecho que toca de cerca al autor de este libro.

El comandante E. Collazo había recibido órden del General Gómez de desembarcar en Vuelta Abajo y en cumplir la órden puso su empeño todo. Detenido por impedimentos que parecían casuales, al fin fué llamado á New-York por la delegación, se le dió la órden de que se le prohibía ir á Vuelta Abajo y en caso de desobediencia se le privaría de toda clase de recursos. Ante tamaña disposición no había réplica y el interesado sólo pidió un comprobante por escrito que justificase algún día la falta de cumplimiento de la órden recibida y es el que publicamos á continuación.

PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO:—DELEGACION

New-York 20 Agosto de 1895.

Ciudadano Mayor General Máximo Gómez,
General en Jefe del Ejército Libertador.
Camagüey.

Ciudadano General:

Investido con la más alta representación del Par-

tido Revolucionario Cubano, organizado para fomentar la guerra por la independencia de nuestra patria y para mantenerla sin reparar en sacrificios, me hallé, al tomar posesión del cargo de Delegado, conque era indispensable, para emprender nuevos trabajos, conocer el éxito de la expedición confiada á los generales Roloff, Sánchez y J. Mª Rodríguez. El costo de esta expedición había embargado todos los ingresos de la Tesorería del Partido y afectado también recursos futuros. Cuando ya quedó expeditada de modo definitivo, lo que vino á resultar despues de allanar no pocas dificultades de que ya estará usted informado, puse toda mi atención en la que organizaba en la Florida el Comandante Enrique Collazo, tratando de hacer todos los esfuerzos imaginables á fin de que no tardase en salir para su destino.

El Comandante Collazo basándose en las instrucciones que usted le diera, había puesto la mira en Vuelta Abajo, comarca que desde luego pensaba invadir, para aumentar el campo de acción de nuestras armas, distraer la atención del enemigo y revolucionar la región refractaria por excelencia á todo movimiento por la independencia. Mucho antes del levantamiento de 24 de Febrero, en el periodo de la conspiración, el Comandante Collazo, había logrado remover la opinión pública en Vuelta Abajo, organizar partidarios, enviar elementos de guerra, creándose en virtud de esta labor inteligente y tenaz, sérios y solemnes compromisos para lo futuro. Como yo no compartía el punto de vista en que se había colocado el Comandante Collazo, tan luego como, según llevo dicho, pude consagrar

con desembarazo toda mi atención á su empresa le llamé á esta ciudad para cambiar impresiones y exponerle con fraqueza y lealtad mi parecer, al que debía dar—y dí en efecto—carácter de disposición, que el señor Collazo acataría, asumiendo yo en absoluto la responsabilidad en lo que hacía al cambio de destino de la expedición.

En las entrevistas celebradas con el Comandante Collazo, este fundándose en la órden de usted, insistía con pertinacia de soldado disciplinado en encaminar su expedición hácia el Occidente de la Isla, apoyando sus propósitos en razones muy atendibles. La Delegación, á su vez, combatió los argumentos del Comandante Collazo, estableciendo las siguientes conclusiones:

1ª Que la orden de usted, con ser muy lata había perdido el carácter apremiante que tuviera, en lo que hacía á la comarca que debía ser invadida, después de los diversos sucesos ocurridos después del 24 de Febrero.—2ª Que atendiendo á los planes del Gobierno Español, á la necesidad de armas y municiones que sentía nuestro Ejército, á que la región en que usted había fijado su Cuartel General era la más desprovista de elementos de guerra, era un bien para la revolución y un deber que se imponía á todo propósito y á todo compromiso anteriores, aplazar la invasión de Vuelta Abajo y precipitar el auxilio al Camagüey, máxime cuando las Villas acababan de ser reforzadas.—3ª Que en esta decisión pesaban tanto las razones de índole puramente material, robustecer la guerra en el Centro, como las razones de índole puramente moral.—4ª Que la Delegación, que había seguido paso á paso

el desenvolvimiento de la Revolución, tenía la seguridad plena de que usted daría su aprobación á estas medidas, asumiendo ella sóla la responsabilidad de las mismas. Y acatando el Comandante Collazo, disciplinado ya que no convencido, mis razonamientos y disposiciones, puso todo su empeño desde entonces en secundarlas con toda diligencia y eficacia. Yo á mi vez, he llegado hasta el sacrificio, dado los recursos del Partido, para mejor dotar la expedición que se le ha confiado, y que él mismo ha trabajado con tesón, poniendo en juego sus simpatías personales, y siempre con su provervial honradez. Si como espero y deseo con toda mi pasión por la Patria, llega felizmente á su destino esta expedición, por si mismo se persuadirá usted que es la más valiosa de las que se han enviado hasta ahora, concurriendo á su formación, tanto la iniciativa inteligente y obstinada del Comandante Collazo, como el decidido propósito de esta Delegación en no escatimar sacrificio.

El acuerdo que va á ejecutarse no implica que la Delegación sea hostil al plan de invasión de Vuelta Abajo, antes al contrario, vería con gusto, salvo el parecer y decisión de esa Jefatura, que el Comandante Collazo, cuando así lo exijan las necesidades de la Revolución, regrese á este país para reanudar sus trabajos y llevar la guerra á aquella región donde, según los síntomas más visibles, hay un nucleo de gente animosa ávida de alzarse en armas. Pero como la Delegación entiende que esa invasión será refuerzo y auxilio eficaz cuando la guerra haya alcanzado su pleno desarrollo en las Villas Occidentales ó cuando una campaña enérgica iniciada por

los españoles haga necesario llamar su atención, dividiéndola, hácia el extremo Occidental de la Isla, —no solo ha obtado por el cambio de destino sino que ha pedido al Comandante Collazo que deje en Tampa el grupo de Vueltabajeros que allí le rodeaba y estimulaba en sus planes, y que estos procuren cultivar relaciones constantes y cordiales con los residentes en la comarca, manteniendo el entusiasmo y alentando la fé de los iniciados. Acaso para esto en el supuesto de que usted abunde en estas ideas sería lo más aportuno el inmediato regreso á Tampa del Comandante Collazo, así que haya desempeñado la misión que le ha sido encomendada. En la época que se señala como la más oportuna podría ser esta á que aludo decisiva campaña de auxilio, en tanto que ahora podría quizás ser contraproducente para los más vitales intereses del P. R. C., que acaso tendría que arrostrar una crisis gravísima una vez revolucionada la comarca productora del tabaco.

El hecho de no haberse podido utilizar, por capacidad deficiente y haber corrido peligro, ya conjurados por fortuna el buque que trasladó á Mayía á los cayos; el subsiguiente que condujo á costas de Sancti-Spíritus la expedición confiada al General Roloff y al Brigadier Sánchez, tampoco ha podido utilizarse enseguida, porque la prensa Norteamericana, que aunque adicta en su mayoría más respetable á nuestra causa, es sobremanera indiscreta, lo puso casi al descubierto, aunque sin consecuencias; y las naturales exigencias, en fin, de la mayor cuantía é importancia de la expedición del Comandante Collazo,han obligado á la Delegación á

adquirir un tercer buque, en propiedad como los ya citados, para que todo vaya como es debido y con la mayor suma de garantías.

Al llegar aquí me sorprende, con el fracaso del General Carrillo de que hablo en otro lugar, la noticia de que ha sido descubierto por las autoridades federales el depósito de armas y municiones de la expedición del Comandante Collazo. Confío fundadamente en que recuperaremos íntegramente todo el depósito, pero habida cuenta del tiempo que ha de transcurrir para ello, de la prudencia y sigilo con que una vez libre, ha de trasladarse á otro lugar, y de la urgencia que me obliga á poner en Camagüey con toda prisa, elementos de guerra, no he vacilado, haciendo un esfuerzo supremo, en organizar un nuevo envío de armas y municiones, y ponerlo al cuidado del Comandante Collazo para que salga sin pérdida de tiempo para el Centro. Como este nuevo plan, verdaderamente improvisado, dé el resultado apetecido, ha de hacer más útil y conveniente el pronto regreso del Comandante Collazo para mover el depósito que queda en la Florida y lo más de que podamos disponer con destino al Centro y á las Villas.

Releída esta comunicación la ratifico en todas sus partes, y como documento justificativo, lo pongo en manos del Comandante Enrique Collazo, para que haga de ella el uso que juzgue más conveniente.

Reitera á usted su consideración más distinguida y afectuosa en Patria y Libertad.

El Delegado.
T. Estrada Palma.

En sólo dos líneas se vislumbra un hecho real que tal vez fuera la norma de conducta seguida.

Había que sacrificar los intereses de la Revolución *á la industria del tabaco.* Huelgan los comentarios; la lectura de la comunicación es bastante·

El interesado creyó más conveniente conservar la comunicación que entregarla al General Gómez y hoy se alegra pues le sirve de comprobante.

Volvamos á los asuntos generales: la Delegación había concentrado sus esfuerzos para embarcar al general Calixto García; pero apesar de las exigencias de éste, no quisieron desprenderse los Delegados de sus malos hábitos y por su cuenta y riesgo buscaron un barco y compraron el armamento y el parque; llegando á reunir la expedición mas poderosa que hasta entónces se hubiera conseguido.

La condición del general García como Jefe expedicionario y su impaciencia por llegar al teatro de la guerra, le hicieron pasar por todo lo que quisieron con tal de verse despachado y listo; como lo perseguía la policía, solo de noche cási á vista de pájaro y desde el muelle se le enseñó el barco en que debía irse.

Aquella misma noche el general García recibió de José Ramón Villalón una carta en que le decía que no tomara el barco que era inservible; que había sido abandonado hacía tiempo y que no estaba en condiciones de hacerse á la mar; que no

tenía casco por estar podrido y que las máquinas eran inservibles.

Los de la Delegación le aseguraron que ellos habían reconocido el barco, cuyo estado era bueno y su máquinaria útil para el viaje; que ellos se encargarían de surtirlo de todo lo necesario y que lo dicho por Villalón, era falso y no tenía otro objeto que impedír lo comprara él, pues de esa manera se le escapaba á Villalón la utilidad del corretage. ¡Cuánta infamia y cuánta miseria!

Por fin el 24 de Enero el general García se encontraba á bordo del barco tan deseado y camino de Cuba con sus bodegas repletas de armas, municiones, medicinas y artillería; el sueño realizado!

Desde su camarote donde estaba completamente mareado casi desde su llegada, el general no pudo darse cuenta exacta de lo que era el cascarón en que infamemente lo habían metido.

Los expedicionarios no tardaron mucho tiempo en comprender donde estaban.

Ni siquiera estaba limpio el barco, pues se sentía el mal olor del pescado que había cargado anteriormente. Las bombas no funcionaban bien. La máquina se movía como caballo cansado; dando estridentes chirridos; el barco parecía que se desvencijaba al verse de nuevo en alta mar.

El desengaño llegó pronto; el vapor era el "J. W. Hawkins". No habían transcurrido 24 horas,

estando frente á Montok Point cuando se vió que el barco hacía agua por sus costuras; pero en tanta abundancia que la catástrofe era inminente; las bombas no funcionaban: José Rodríguez intentó arreglarlas pero tuvo que desistir, el agua entraba á chorros; se buscaron cubos, pero los pocos que había se inutilizaron enseguida: los expedicionarios trabajaban sin cesar en órden y con calma; el momento era supremo, el frío y la obscuridad hacían más penosa la situación. Se esperó á última hora pero fué preciso aligerar el barco y empezóse á echar la carga al agua: se pensó hacer señales de auxilio, pero no había con qué; el gallego Ríos se acordó que era marinero y trepó á los palos para hacer señales.

Todo iba siendo inútil, era preciso esperar el día. El general García creyó llegada la hora de morir y aconsejaba á sus soldados calma.—Por la Patria se muere de cualquier modo, decía.

Llega por fin el día y se ven por fin barcos que responden á las señales y van en su auxilio; en órden admirable, sin apresuramientos hasta con exceso de cortesía, cediéndose los puestos unos á otros se embarcan todos, dando un ejemplo de serenidad y órden poco comunes en casos semejantes y que honran al Jefe y á los expedicionarios.

Los botes son recogidos por los barcos que estaban á la vista; uno de los botes naufraga contra el barco y perecen ocho expedicionarios, entre ellos el

pobre químico francés Mr. Fallais una de las víctimas de Pine Key.

Entre las emigraciones, el suceso produjo un efecto extraordinario; no de desaliento sino de rabia y descontento contra la Delegación, cuya conducta se condenaba de una manera dura. Ella á la vez, quería descargar su responsabilidad en el general Calixto García.

Reunido un gran número de emigrados en Astor House presididos por Tomás Estrada Palma, oyó éste las más acerbas censuras y justificados cargos, los que no pudo destruir ofreciendo dimitir su cargo.

La concurrencia no aprobó lo último pero su actitud sirvió de correctivo por algún tiempo é hizo variar un poco las prácticas de los hombres de la Delegación para lo sucesivo.

El naufragio del *Hawkins* hizo adoptar al general García la resolución de ir á Cuba con un pequeño número de hombres, y en un bote, toda vez que veía los inconvenientes con que se tropezaba y no quería empezar la lucha con la Delegación.

Estrada Palma creía que esa resolución perjudicaba pues daba á entender pobreza de recursos por parte de los revolucionarios, y estaba dispuesto á poner á disposición del general García los recursos de que disponía la Delegación, que podían ascender á unos cincuenta mil pesos.

Vencida la resistencia del general García, se convino por fin en que se pondría á la disposición de éste los recursos convenidos, dejándole absoluta libertad para su preparación; compromiso no cumplido, en su última parte, á Collazo, que había venido á New York. Se le autorizó también, de acuerdo con el general García, para que dispusiese de los recursos que le pudiera proporcionar la emigración de Tampa y preparar su salida con absoluta libertad, y Estrada organizaría la del *Comodoro* que desde el mes de Septiembre había estado detenido.

El mes de Febrero se pasó en preparativos; Calixto García, que pretendió salir de New York en el *Laurada* fué detenido y conducido preso por las autoridades americanas, que después de un ligero juicio y mediante una fianza pecuniaria, fué puesto en libertad.

Del campo insurrecto habían llegado, mandados por el Gobierno, el general Roloff y Joaquin Castillo y verdaderamente desde la intervención de este último en los asuntos de la Delegación las cosas variaron favorablemente para la marcha pronta y feliz de las expediciones; bien sea casual, bien debido á la mayor práctica y conocimientos de Castillo. Así como en el mes de Marzo de 1896 la Revolución en Cuba cambió de aspecto y ya posesionado el ejército cubano del territorio todo, se establece y organiza en cada localidad, trocando

la ofensiva por la defensiva; tal vez obedeciendo, no solo á sus necesidades, sino al cambio de táctica y de política efectuado en el ejército contrario, con la marcha de Martínez Campos y la llegada del feroz Weyler.

En el extrangero cambian también las cosas y se nota en el Gobierno americano menos tirantez y vigilancia; hecho tal vez explicable ante la actitud del pueblo americano, que de todos modos significaba, tanto en los lugares públicos como en las cámaras por sus representantes y senadores, la repugnancia y el desprecio que le inspiraba la asquerosa figura de Weyler cuyos crímenes y bajezas de la guerra anterior circulaban por todo el territorio americano haciéndolo repulsivo y odioso.

Las expediciones, que habían sido infructuosas desde hacía nueve meses, cambian en éxito sus fracasos, ayudando de esta manera en el exterior á dar mayor vida á la ya potente revolución.

Después de varios tropiezos que parcialmente van teniendo los jefes expedicionarios, que se movían por su cuenta y riesgo, empiezan á llegar á Cuba hombres y auxilios.

En la noche del 17 de Marzo desembarca Collazo en el fuerte del Varadero de Cárdenas, á bordo del *Three Friends*, dejando en tierra más de 100.000 tiros y armamentos que salvan las fuerzas del general Lacret.

El día 19 del mismo mes desembarca Braulio Peña del *Comodoro* en Nuevas Grandes (Puerto Príncipe) y salva totalmente su expedición.

El dia 24 lo verifica el General García en Maraví (Baracoa) salvando la mejor expedición que hasta entonces llegara á Cuba.

Igual favorable cambio se hizo sentir en los asuntos interiores de la Revolución, la que parecía que después de sufrir una época de prueba para su desarrollo, comenzaba á obtener el resultado de sus ímprobos esfuerzos asegurando su porvenir y prosperidad futura.

Una ojeada á vuela pluma por el territorio de la Isla puede darnos un estado completo de sus fuerzas, de sus hombres, y sus recursos.

El ejército español pensaba reaccionar de sus derrotas y sus contínuos descalabros, demostrados no solo por la actitud á que los hechos lo habían condenado, sino por el cambio operado en sus jefes que ambos tenían ideas claras y definidas y cada cual una historia que aparecían como antípodas una de otra.

Con Martínez Campos se iba de Cuba lo que representaba la parte honrada del ejército español; la guerra noble y humana, los sentimientos caballerescos de la España de los tiempos gloriosos.

Con Weyler llegaba la infamia y la maldad; la guerra cobarde y ruin; el robo como base de la ad-

ministración; la corrupción moral y material, como arma, como venganza y como necesidad inherente al caracter y condiciones morales del jefe: el asesinato, la violación, el incendio, el terror con todos sus atributos; el exterminio del pueblo, combatido por el fuego, por el hambre y por el plomo como único sistema de guerra.

La llegada de Weyler era la confesión, por parte de España, de la completa derrota de Martínez Campos como militar y como político.

Veamos, en cambio, el estado real de la Revolución en la misma fecha.

Se encontraba extendida por toda la isla.

Antonio Maceo al que se proponía Weyler encerrrar entre la trocha de Mariel y Cabo de San Antonio recorría todo el campo y podía contar con seis ó siete mil hombres, mandados por Jefes como los hermanos Ducasse, Varona, Bermudez, Lorente, Socarrás y Manuel Laso; teniendo de Jefe de E. M. á Miró y un conjunto de oficiales y Jefes á sus órdenes, notables por sus condiciones.

En la Habana José Mª Aguirre podía contar con cerca de dos mil hombres en sus brigadas; algunas de ellas con organización y una juventud notable de la cual saldrían excelentes jefes.

Lacret tenía en Matanzas en sus tres brigadas cerca de tres mil hombres, que se batían diariamente.

Francisco Pérez, entre Matanzas y Colón se movía con una columna de 800 hombres armados.

En Cienfuegos, Rego sostenía unos quinientos hombres y en Trinidad se hallaba una fuerza igual.

En Sagua, donde en esta fecha estaba el General Gómez de paso para Oriente, dejaba al general Mariano Torres al frente de una brigada que sostenía ochocientos hombres armados.

En Villaclara, Zayas tenía la jurisdicción entera en su poder y su brigada constaba de cerca de mil hombres.

Serafín Sánchez en Sancti-Spíritus tenía organizados quizás los mejores regimientos de caballería del Ejército de Occidente y Francisco Carrillo en Remedios, pudiendo asegurarse que entre ambos movían dos mil hombres armados.

Haciendo un total en el ejército de Occidente de 16.600 hombres; al que podía aumentársele como refuerzo una gran masa de pueblo desarmado que cubría los bajas y auxiliaba eficazmente al ejército.

En Camagüey, sostenía el general José María Rodríguez uno mil doscientos hombres de caballería con soberbios caballos y abundancia de éstos, con facilidad de obtener equipos y comida; las familias vivían en sus fincas con sus casas en los caminos reales.

El 2º Cuerpo á las órdenes de Rabí compuesto

de Tunas con setecientos hombres y el territorio por suyo.

La línea Occidental de Holguín con mil doscientos hombres y la línea Oriental de Mayarí con dos mil quinientos.

Entre Bayamo y Manzanillo, sostendrían mil quinientos hombres y ochocientos Jiguaní.

El 1er. Cuerpo á las órdenes de José Maceo tendría entre Cuba y Ságua de Tánamo dos mil hombres y en Guantánamo y Baracoa unos dos mil quinientos á las órdenes de Pedro Pérez: haciendo un total de cuatro mil quinientos hombres.

Los tres cuerpos de ejército de Oriente, desde esa fecha adquirieron mucha mayor fuerza debido á los armamentos conducidos por Peña y Calixto García.

Como eran dueños del territorio, extenso, quebrado y de facil defensa, encerraban dentro de sus bosques numerosas familias y podían triplicar sus fuerzas en caso necesario, pues lo que sobraban eran hombres, que en su mayor parte estaban dedicados á la agricultura para poder atender á las necesidades del ejército.

El ejército de Oriente podía disponer, pues, de unos 10900 hombres, sin contar un contingente de 3000 hombres, que acababa de alistar para la Invasión y que permanecía aún en el ejército de Oriente.

Constaba, pues, el ejército cubano de 27.500 hombres poco más ó menos; á los cuales si se les agrega

los que pudieran llamarse cuerpos auxiliares, compuestos de los trabajadores y jefes tanto de talleres de carpintería, talabartería, curtido, etc., y los predios militares y guerrillas á las órdenes de las autoridades civiles; bien puede duplicarse su número.

Calcúlese ahora los reemplazos que durante una guerra como la nuestra ha sido preciso hacer, y se verá claramente que Cuba ha necesitado el servicio de más de 80.000 hombres en su ejército para llegar al estado actual.

El desembarco de Calixto García acabaría de cambiar la faz de Oriente; pues además de la fuerza material, le llevó á aquel ejército el gran contingente moral de su prestigio, dándole organización y disciplina, de que carecía, y acostumbrándolo á moverse en grandes masas, atacando y tomando totalmente pueblos fortificados y moviendo sus tropas en todo su departamento, como veremos más tarde si tenemos la suerte de continuar este trabajo.

FIN

SALVEDAD

En la página 41, y por error de caja, al finalizar el último párrafo, faltó el siguiente:

«No se les pedía compromiso de ninguna clase, sino su conformidad al silencio y la esperanza de que al estallar la Revolución estaria disuelto ó próximo á disolverse el partido Liberal. Govin dijo que no podía dar contestación alguna de momento.» (N. del A.)

izar

se,
de
o ó
lijo
en-

HISTORIA

DE LA

GUERRA DE CUBA

POR

Juan Arnaó

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

DUE APR 23 1929

DEC 10 1971 ILL

3578-428